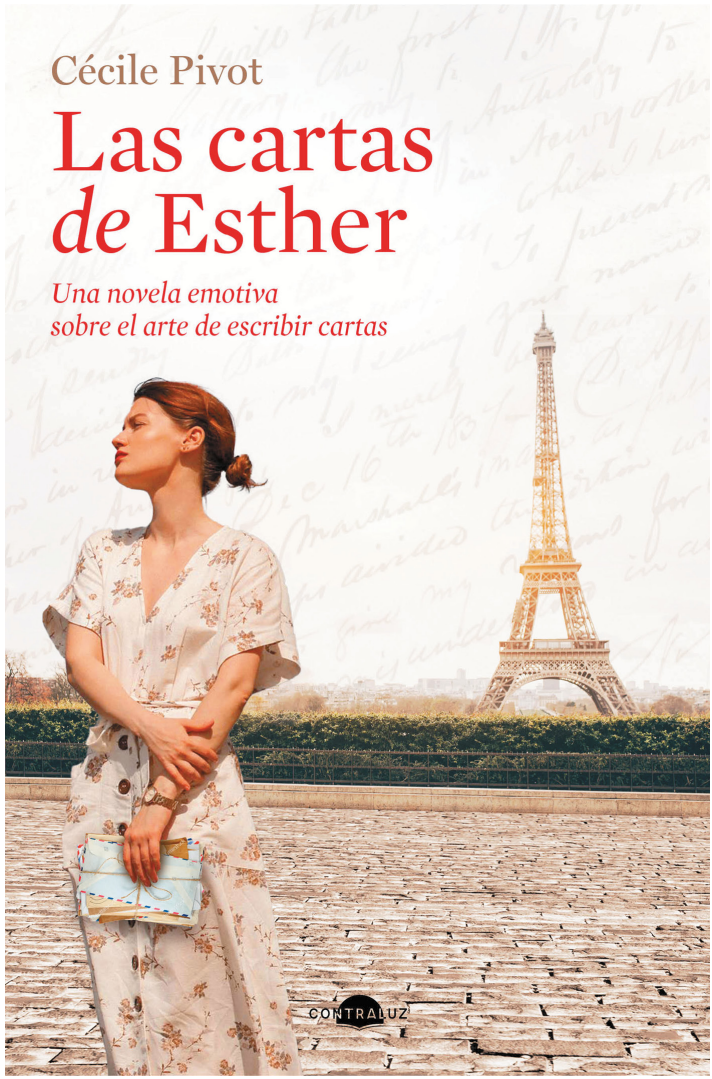
Cécile Pivot

Las cartas *de* Esther

Una novela emotiva sobre el arte de escribir cartas



CONTRALUZ

CÉCILE PIVOT

Las cartas de Esther

Traducido del francés por M.ª Dolores Torres París

CONTRALUZ

Para mis padres

Esther

Nada pasó como yo lo había previsto. Podría habérmelo figurado después de nuestra reunión en París, la única vez que nos vimos. No se habían inscrito en mi taller de escritura epistolar con la intención que les propuse: hacer progresos en la escritura. No solo por eso, en todo caso. El taller era su salvavidas. Iba a salvarlos de la incomprensión, de un duelo no resuelto, de una vida en punto muerto, de un amor en peligro. Cuando me di cuenta, ya era tarde, estaba inmersa en la intimidad y la historia de cada uno de ellos. Pero, al fin y al cabo, ¿el taller no era para mí también una tabla de salvación a la que agarrarme a raíz de la muerte de mi padre?

Me sobreestimé. Pensé que todos estarían deseando escribirse conmigo, y solo Jean expresó ese deseo; supuse que sabría mostrarme firme, y no fue así con Samuel, que rehusó un segundo corresponsal con quien cartearse; tenía la certeza de que estarían ávidos de mis consejos, y lo que les decía les entraba por un oído y por el otro les salía.

No recuerdo el momento exacto en que me decidí a recopilar nuestra correspondencia para hacer un libro. Creo que fue tras el ejercicio de los monólogos. Salvo Juliette, que había dudado antes de aceptar, Jeanne, Samuel, Jean y Nicolas me dieron carta blanca, siempre y cuando se cambiaran sus nombres. Samuel insistió en que conservase el suyo.

Con vistas a su publicación, corregí las cartas, las pulí, por así decirlo, procurando respetar el estilo. Samuel pasa de las repeticiones; Juliette tiene problemas con los elementos de relación (un reflejo, tal vez, de los problemas que encontraba para conjugar el pasado con el presente); Nicolas, con su franqueza (la misma que en la vida); Jeanne abusa de las interjecciones; Jean, de los adverbios.

En aras de la legibilidad, he especificado en la parte superior de cada una de las cartas los nombres de los

remitentes y su destinatario.

Quise que este libro se cerrase con el más joven de todos nosotros, Samuel. Que el chico tuviese la última palabra. En primer lugar, porque valoro su inteligencia intuitiva y su sensibilidad, que se reflejan en su escritura. Luego, porque él y yo nos parecemos en algunos aspectos. No llegamos a hacer el duelo de nuestros deudos y llevábamos a cuestas un absurdo sentimiento de culpa. Finalmente, porque nadie podría haber imaginado que iba a evolucionar tanto en tan pocos meses, que tomaría las riendas de su vida con tanta determinación, espontaneidad y generosidad. Igual que Jean, que también puso los medios para cambiar el curso de su existencia. Me agrada pensar que el taller de escritura fue su mejor aliado. Que llegó en el momento oportuno.

Me llamo Esther Urbain y tengo cuarenta y dos años.

Anuncio por palabras

Yo no era ni escritora ni profesora. Iba a tener que tranquilizar a los solicitantes sobre mi solvencia. Pensaba recurrir a mi experiencia como documentalista de recopilaciones epistolares, citándoles mis favoritas, *Correspondencia,* de François Truffaut, y *Cartas a Lou,* de Guillaume Apollinaire; hablarles, también, de los talleres de escritura que organizaba por la tarde en Lille, en mi librería, C'est à Lire, después de cerrar, impartidos por escritores del norte. Con un tema como el de la correspondencia epistolar, tenía miedo de atraer solo a viejos solitarios, que aprovecharían la ocasión para desempolvar de sus cajones el papel de cartas amarillento y dar rienda suelta a sus recuerdos, sin preocuparse del otro y de la conversación.

Tenía una idea bastante precisa de cómo quería que funcionase mi taller. El 5 de enero de 2019, mi anuncio, que había publicado unos días antes en la web de mi librería, apareció en cuatro periódicos regionales. Para un mayor impacto, me habían propuesto una «oferta combinada» cuando llamé al departamento de publicidad de *La Voix du Nord:* «Aprenda a dar forma a sus pensamientos, a contar una historia y a hablar de sus emociones inscribiéndose en un taller de escritura dedicado al género epistolar. Posibilidad de participar sea cual sea su lugar de residencia. Del 4 de febrero al 13 de mayo de 2019».

Recibí una veintena de solicitudes. Los candidatos eran de todas las edades y había más hombres que mujeres. Les respondí con el mismo discurso a todos: Esther Urbain, librera de Lille, documentalista y correctora editorial, especializada en el género epistolar. Les advertí de que dirigía un taller de escritura por primera vez y que mi papel consistiría, respetando su personalidad, en trabajar los textos con ellos, ayudándolos, sobre todo, a encontrar la palabra adecuada y a dar ritmo a sus frases. Para ello necesitaría tener acceso a sus

correos. Había previsto una reunión en París el mes siguiente, que probablemente sería la única, puesto que contaba con responder por teléfono o por correo electrónico a cada nueva carta.

La solicitud más insólita me llegó de una psiquiatra de París, Adeline Montgermon. Tras someterme a un tercer grado acerca del funcionamiento del taller y pedirme mis referencias, me habló de una paciente.

—Tiene depresión posparto. ¿Sabe lo que es?

—Pues no exactamente, ¿es cómo…?

Hablaba muy rápido. Había preguntado por preguntar y lo que yo le decía apenas le interesaba. Siempre se comportó así conmigo.

—Bueno, se lo explicaré en pocas palabras. Si le interesa, puedo recomendarle algunos libros sobre el tema. ¡Ah, es verdad, es usted librera! Se conoce también como depresión posnatal. Se trata de una depresión grave, cuyas causas son múltiples. Interfiere en el adecuado desarrollo del vínculo entre la madre y el bebé. A mi paciente, que tiene treinta y ocho años, le sobrevino cuando su bebé tenía cinco meses. Primero tuvo que ser internada en un hospital psiquiátrico. Luego volvió a casa, pero el regreso fue prematuro. Ahora le hacen un seguimiento en la maternidad, con su hija, varios días a la semana. Yo paso ahí consulta y es allí donde la conocí. El bebé tiene ahora ocho meses y medio y el estado de la madre sigue siendo preocupante.

Noté un punto de irritación en la voz de Adeline Montgermon. Probablemente se había opuesto al alta hospitalaria.

—Cree que su marido no la apoyó a su regreso. Ha vuelto a un estado de fragilidad extrema, como después del nacimiento del bebé, y sus miedos han reaparecido. Los recibí a los dos hace unos días. Mi paciente expresó el deseo de dejar la vivienda familiar para vivir sola, durante un tiempo indefinido. Sin su marido y sin su hija. Obviamente, él no se lo esperaba.

—¿No habían hablado entre ellos antes de ir a verla?

—No. Ella quería comunicárselo en mi consulta. A mi paciente le cuesta encontrar las palabras para decir lo que

piensa. Es muy vulnerable. Él sobrelleva los ataques de ansiedad y pánico de su esposa desde hace meses. Hace lo que puede. Le resulta difícil ayudarla. Le cuesta aceptar lo que le ocurre a su mujer. Le he sugerido consultar a uno de mis colegas y se ha negado en redondo. Es una lástima, pero no me preocupa demasiado. Tiene que afrontarlo. El futuro dirá si su separación es temporal o definitiva. A pesar de su dificultad para comunicarse, es una pareja muy sólida. Les propuse que aprovechasen la separación para escribirse. Si le soy sincera, lo hice sin saber muy bien si serviría de algo, pero pensando que se escucharían de manera diferente. En fin, que se escucharían sin más, cosa que hoy son incapaces de hacer. Y entonces fue cuando vi su anuncio…

—Pero usted no me necesita para…

—Me venía de perlas, imagínese. Porque me temo que mi paciente interrumpirá el diálogo a la mínima dificultad o contrariedad. Yo estaría mucho más tranquila si ella escribiese en el marco de un taller, que, además, está dirigido por una mujer.

—¿Qué espera de mí exactamente?

—Que los acepte en su taller.

—No sé qué decir. Es muy delicado, yo no soy psiquiatra y…

—Lo sé muy bien. Procederá con ellos como con los demás. Y yo continuaré con el seguimiento de mi paciente.

—Voy a inmiscuirme en su privacidad…

—Como en la de los otros participantes en el taller. Pero eso no será un problema. Tanto usted como ellos pueden estar tranquilos a ese respecto. Soy muy consciente de que a veces será delicado.

—Y además les importarán un bledo los consejos de escritura que se supone que debo darles…

—Yo creo que vale la pena intentarlo, intentarlo todo.

Insistió hasta que tiré la toalla y dije que sí a la doctora Montgermon.

Me enteré de sus nombres en el momento de su inscripción unos días después. Juliette y Nicolas Esthover me enviaron un

correo electrónico cada uno por su cuenta con unas pocas horas de diferencia. Aludían a la recomendación de la doctora Montgermon y poco más. A continuación, otras cuatro personas: Jean Beaumont, un hombre de negocios que se pasaba la vida viajando; Alice Panquerolles, hipnoterapeuta de Lyon; Samuel Djian, un chico joven que se limitó a un «¿Que por qué me apunto a su taller? Pues por hacer algo»; y, por último, Jeanne Dupuis, la más entusiasta, de cuya voz se deducía que ya no era joven. Pensé que íbamos a ser bastantes más. Para mi sorpresa, ninguno aspiraba a escribir un libro ni tenía un manuscrito guardado en un cajón. ¿No era esa la principal motivación de los participantes en un taller de escritura? Quizá el mío, en torno a la correspondencia, generaba expectativas diferentes. Me preguntaba cuáles.

Concertar una fecha, una hora y un lugar donde encontrarnos en París no fue fácil. La única que no impuso ninguna condición fue Jeanne Dupuis. Era libre como el viento, me dijo, riendo por teléfono. Jean Beaumont me había advertido de que estaría de viaje y no podría reunirse con nosotros. Acordamos finalmente una cita el 31 de enero a las 18:30 en el Hoxton, un gastrohotel de moda en la calle Sentier, con un patio interior, un jardín de invierno y elegantes bares, que me había recomendado mi primo Raphaël. Aproveché la ocasión para pasar dos días con él, ya que vivía muy cerca de allí.

Antes de nuestra reunión, envié un correo electrónico a los seis participantes, pidiéndoles que pensaran en la siguiente pregunta: «¿Contra qué lucho?». Si estaban de acuerdo, deberían enunciar una breve respuesta en voz alta ante los demás. Me encanta esta pregunta porque estoy convencida de que todos luchamos contra algo. Y también porque deja una gran libertad al que contesta. Se puede ser evasivo, responder con un tópico o, por el contrario, revelar una parte más íntima de quien se es.

¿Contra qué lucho?

nico-esthover@free.fr, juju-esthover@free.fr, jeanne.dupuis5@laposte.net, jean.beaumont2@orange.com, samsam-cahen@free.fr

Asunto: Prolegómenos de nuestro taller

Buenos días a todos:

Fue un placer reunirme con ustedes el viernes pasado. En este tipo de reuniones que se celebran para conocerse, es difícil encontrarse a gusto inmediatamente. Por eso les agradezco el haber contestado a la pregunta: «¿Contra qué lucho?». Sus respuestas fueron muy sinceras. A continuación, encontrarán un resumen de lo que acordamos y, en un documento adjunto, la fotografía de Jean Beaumont, que, como saben, no podía reunirse con nosotros. Jean, a su vez, recibirá las fotografías de los demás participantes.

A lo largo de este taller, cada uno de ustedes tendrá dos corresponsales. Si lo desean, pueden enviar su solicitud a uno o a dos destinatarios. O esperar a que alguien les escriba, en cuyo caso, corren el riesgo de quedarse solos.

Si reciben una solicitud y desean responder negativamente, por favor, comuníquenlo cuanto antes.

Les aconsejo que se dirijan unos a otros por su nombre de pila. Eso los ayudará a romper el hielo.

Durante el taller, solo se comunicarán entre sí por medio de las cartas.

Si es posible, envíenlas regularmente. Procuren que no pasen demasiados días antes de responder.

Les recuerdo que deben incluir en su primer correo la respuesta a la pregunta que expresaron en nuestra reunión: «¿Contra qué lucho?» (Por partida doble, puesto que tienen dos corresponsales.)

Cualquiera de ustedes puede elegirme como destinataria.

Con la finalidad de acompañarlos y ayudarlos a progresar en la escritura, me enviarán una copia de cada una de sus cartas. Tomo nota de que Juliette, Jean y Samuel fotografiarán sus cartas y me enviarán sus capturas de pantalla por correo electrónico, mientras que Nicolas y Jeanne harán fotocopias que recibiré por correo postal. Una vez recibidos sus correos, los llamaré por teléfono (Jeanne, Juliette, Nicolas y Samuel) o les enviaré un correo electrónico (Jean) para hacerlos partícipes de mis comentarios.

Más adelante, les plantearé tres ejercicios.

No olviden que no estoy aquí para juzgar sus sentimientos y sus opiniones, sino para hacerles avanzar en la escritura.

Para cualquier pregunta, estoy a su entera disposición. Tienen mi teléfono, mi correo electrónico y mi dirección.

Nuestro taller finalizará la semana del 13 de mayo de 2019.

Señoras y señores, a lunes 4 de febrero de 2019, declaro inaugurado nuestro taller de escritura.

Hasta pronto,

Esther Urbain

Jeanne a Samuel

Verjus-sur-Saône, 6 de febrero de 2019

Hola, Samuel:

Espero que no se sienta decepcionado al recibir mi carta. Lo he elegido como destinatario porque añoro la compañía de los jóvenes. Si decide no responderme, lo entenderé perfectamente. A su edad, escribirle a una persona mayor no es algo que haga mucha ilusión.

Cuando era profesora de piano, me pasaba buena parte del día entre jóvenes. Por desgracia, ya no doy clases. Si hubiera tenido nietos, mi vida habría sido diferente. No se preocupe, no tengo la intención de convertirlo en un nieto postizo. Es así y lo acepto. Por otra parte, es extraño, la gente que dice ese tipo de frases fatalistas, «Hay que resignarse» o «Es tu sino», me exaspera, pero yo también hablo así a veces, aunque no me crea ni una palabra. No he tenido nietos, creo que es injusto, me hubiera gustado tenerlos. Y ya está. Claro, ahora no va a creerme si le digo que no sufro de soledad. Y, sin embargo, es cierto. Tengo amigos, un montón de animales, soy muy activa y vivir sola, se lo aseguro, no siempre tiene inconvenientes.

¿Qué opina de nuestra reunión? A mí me pareció que no nos sentíamos muy cómodos. Apenas nos atrevíamos a mirarnos o a sonreírnos. Me recordó el primer día de clase, cuando los estudiantes nos mirábamos a hurtadillas, curiosos y recelosos al mismo tiempo. Para mi sorpresa, cuando Esther nos pidió que respondiésemos en voz alta a la pregunta «¿Contra qué lucho?», todos expresamos sentimientos muy personales. Usted, por ejemplo, dijo que luchaba «contra las ganas de romperlo todo». ¡Caramba! Tiene toda la vida por delante, parece inteligente, se le ve en plenas facultades físicas y mentales y, encima, es guapo. ¿A qué obedece esa respuesta?, me pregunté. Llegó tarde a la reunión, arrastrando los pies, como si viniese a regañadientes. No despegó los ojos del teléfono, dudo de que nos hubiese visto siquiera. No

me lo tome como un reproche. Así que llegué a la conclusión de que lo hacía porque no tenía elección. Por mi parte, es probable que no lo recuerde, respondí que luchaba «contra la ira». Temí caerles mal al mostrarme tan franca. Pero, como todos dimos respuestas similares, a cuál más siniestra y preocupante (¡ja, ja! Pensándolo bien, tiene mucha gracia), me fundí en el marasmo reinante.

Espero que me escriba. Estaré encantada de que lo haga.

Cordialmente,
Jeanne

Jeanne deja el lápiz. Pasará a limpio la carta más tarde. Se pregunta si no habrá sido demasiado directa, si no debería matizar. Está convencida de que Samuel abandonará el taller al primer contratiempo o si le representa un esfuerzo. Quizá incluso haya dejado la reunión convencido de que no pintaba nada allí. En el Hoxton, lo vio llegar de lejos. Al principio, no se imaginó que era el joven que estaban esperando. Ellos se habían instalado ya al fondo del primer bar, cerca de la barra. Una vez pasada la pérgola acristalada de la entrada, el chico frenó en seco. Llevaba vaqueros, deportivas blancas y se cubría la cabeza con la capucha de la sudadera. Se podía leer en él como en un libro abierto. Se encontraba como un pulpo en un garaje. Abrumado por el ceremonial, se puso a la defensiva y no se atrevía a mirar resueltamente a su alrededor. El hotel, un palacete del siglo XVIII, catalogado como monumento histórico, dotado de un ameno jardín de invierno tapizado con una pared vegetal, con sus patios interiores, impresiona a cualquiera. Como la fauna que lo frecuenta. Mujeres y hombres de negocios se dan cita allí para hablar de cultura digital, medios de comunicación y desarrollo sostenible; parisinos y turistas enterados acuden allí a tomar cócteles, luciendo sus riñoneras, el último complemento de moda, con las iniciales de Prada, Dior, Vuitton o Gucci. El mundillo de la farándula se encontraba allí a sus anchas.

Si no fuese por su amigo Luc, el dueño del bar del pueblo al

que va todas las mañanas a tomar un café, no se habría enterado del anuncio de Esther en *Le Progrès*. A él le pareció «*strange*» la idea de un taller de escritura epistolar. Olía a timo a leguas. Aquella mañana, Jeanne se abstuvo de hacer ningún comentario sobre la dichosa manía de su amigo de usar anglicismos. Con lo susceptible que es Luc, ha aprendido a morderse la lengua cuando es necesario. Cuando Jeanne copió el anuncio en su agenda, Luc le aconsejó que desconfiase. Pero sabe que Jeanne no le hará caso, es terca como una mula. Que se lo pregunten al montón de promotores y agentes inmobiliarios que tienen su casa en el punto de mira hace mucho tiempo. Por el doble del precio habitual en la región, «es una oportunidad que no hay que dejar pasar, señora Dupuis». La ayudarán a realojarse, muy cerca, si lo desea, pero en un pisito más moderno, más confortable. Un día, uno le ponderó las ventajas de un «pisito *cosy*». La cólera de Jeanne fue de proporciones homéricas. «Joven, va usted por muy mal camino, yo detesto lo *cosy*. En lo mullido, lo confortable, tengo la sensación de asfixiarme. Me gusta lo vacío, lo rudo, los grandes espacios, ¿entiende? —No, no entendía—. Deje de pensar que a la gente de cierta edad nos gusta, como dice usted, lo *cosy*.» El tipo se había ido sin insistir. Ella no ceja. Su casa resiste y hace de barrera de contención a los progresos de la urbanización Grandes Praderas. Superado el asombro, el pomposo nombre había provocado la hilaridad de Jeanne. Se había tomado la molestia de preguntarle con socarronería al alcalde, adscrito a la Derecha Diversa, dónde diablos estaban esas «grandes praderas». Pierre Darguemarche le había respondido que no tenía arte ni parte en la elección de los nombres con los que se bautizaban las urbanizaciones. Jeanne deploró su desidia arquitectónica y estética. En unas pocas semanas, vio que brotaban como setas ocho edificios de yeso blanco, alineados al borde de la carretera; a continuación, una segunda fila, similar a la primera. Arrasar su casa permitiría trazar la tercera. Las hileras estaban separadas por un caminito de grava blanca, adornado, cada cinco metros, con altas jardineras de plástico gris. Una vez terminada la obra, plantaron laureles en las jardineras, que murieron entre la

indiferencia general. Los ficus que los sucedieron no tuvieron mejor suerte. Hoy, las jardineras sirven de punto de encuentro y de ceniceros para los adolescentes. «La estrella del espectáculo», la gran sensación, según Jeanne, eran los portales de PVC, adornados con volutas y pretenciosos medallones, que uno esperaría encontrar en la entrada de una mansión y no en la de aquellos adosados. No quedaba nada de las viñas de Martine y Jacques Bazoche, vendidas al promotor. Suspirando, el individuo les había dejado caer que habían tenido muchísima suerte por haberlo encontrado en su camino. Después de la transacción, los Bazoche se habían mudado al sudeste. Cada vez que llueve a cántaros en la región de la Provenza-Alpes-Costa Azul, Jeanne no puede evitar regodearse. «¡Les está bien empleado! ¡Y esto no ha hecho más que empezar!», vaticina, imaginando a la pareja de exviticultores con el agua hasta el cuello y diciendo a quien quiera oírla que han huido, que no hay otra palabra para calificar su marcha. Si hubiesen tenido arrestos, habrían asistido al desastre, habrían visto las retroexcavadoras arrancando sus cepas de raíz. Jeanne las lloró y ni siquiera eran sus tierras. Ella no piensa vender las suyas a nadie. Lo primero que harían sería arrancarlas y demoler su casa de piedra. Al menos, algunos habitantes de las Grandes Praderas disfrutan de la vista de su jardín y sus viñedos. Es contra el alcalde contra quien está resentida Jeanne, no contra ellos. En sus rostros se refleja la satisfacción de ser propietarios. El garaje, el jardín, la fachada, las persianas idénticas, les dan tranquilidad. El alcalde, que va por su segundo mandato, no ve dónde está el problema mientras su municipio gane habitantes y ningún aula de primaria esté amenazada de cierre. Si todavía hay tiendas de barrio en Verjus, es gracias a él. Jeanne escucha sus argumentos. ¿Y para eso es necesario contribuir al feísmo arquitectónico? A Jeanne se le revuelven las tripas pensando en la ley de 1977 sobre la construcción o la rehabilitación de los edificios de menos de ciento setenta metros cuadrados, que hizo opcional la firma de un arquitecto. Contra la ley, no puede hacer nada.

Las áreas industriales y comerciales son su segundo caballo de batalla. Cuando habla de «esos edificios sin alma que hacen

quebrar las tiendas de pueblos y ciudades ante la mayor indiferencia», no tiene pelos en la lengua. Son feos y tristes hasta decir basta. Prácticos, eso sí, con todo tipo de actividades agrupadas en el mismo lugar. Siempre y cuando tengas un coche para acceder a restaurantes, hipermercados, centros de jardinería, tiendas de muebles, de deportes y bricolaje reunidos. Para ganar tiempo, se lamenta Jeanne, estamos dispuestos a toda clase de concesiones, a actuar como borregos. La división de la vida en áreas, comerciales, residenciales, industriales y lúdicas le parece aterradora.

Hace una fotocopia de la carta y la lleva a correos. Se la envía a Samuel, Av. des Platanes, en Villejuif, y la copia a Esther, calle Saint-André, en Lille.

Samuel le prometió a Ben que se pasaría temprano por el Nationale para devolverle su mochila. Cuando abre el buzón para coger el correo y encuentra la carta de Jeanne, ya se había olvidado de la reunión del taller de la semana pasada. La lee mientras camina por la calle. Se dice que va a tener que contestar porque él no se acordó de elegir a nadie. Si abandona ahora, su madre se pondrá furiosa. Se le ha acabado la paciencia. Hubiera preferido una carta del empresario. En su fuero interno se había imaginado que Jean Beaumont lo cobijaría bajo su ala y acabaría ofreciéndole un curro. Pero no hizo nada para que su fantasía se hiciese realidad. «Te está bien empleado —rezonga, empujando la puerta de la cervecería—. Y, además, vete tú a saber cuál es el curro de ese tipo.» No es demasiado tarde para escribirle, pero Samuel no lo hace. Desde hace año y medio, se toma las cosas como vienen. No tiene control sobre ellas, no tiene planes, no espera nada, o espera poco. No se siente con derecho a pedir nada a nadie. Le parecería estar ocupando el lugar de otro que lo merecería mucho más que él. Su amigo Ben está pelando patatas.

—Lo que es yo, no pienso apalancarme aquí —le dice a Samuel con aire sombrío—. ¿Quieres un café?

—Sí, por favor. Aquí tienes la mochila.

—Gracias. ¿En qué andas?

—En nada especial. Tengo que ir al súper, recados para mi

madre. ¿Puedo pillar uno de esos manteles de papel?

—Sí, claro… ¿Para qué?

—Tengo que escribir una carta.

—¿Una carta? ¿Y por qué no mandas un correo electrónico?

—No es posible. Ya te contaré.

—Bueno, sigo con las patatas antes de que venga el otro.

—¿Pasas mañana por la noche y vemos un capítulo de *Juego de tronos*?

—Vale. Chao.

Samuel a Jeanne

15 de febrero

Hola, Jeanne:

Me parece bien que nos escribamos, aunque no sé muy bien lo que nos vamos a contar. Primero, perdón por el papel de cartas, que es un mantel individual. Pensaba comprar un bloc de notas, pero entonces me dije que si no le contestaba enseguida ya no lo haría.

Es verdad que meterme en esto no me molaba. Mi madre me dio la brasa. O encontraba algo que hacer o ya estaba yendo a trabajar al súper de la esquina, que buscaban gente. Y, yo, eso sí que no. Vi el anuncio en *Le Parisien*, que mi padre compra a veces, y le dije a mi madre que me gustaría participar. Por ella, encantada. Opina que escribo bien (bueno, que tengo buena ortografía) y que decir por escrito todo lo que no rula en mi vida a lo mejor me alivia.

El año pasado me mandó a un psicólogo, pero no aguanté mucho. El tipo era agradable, ese no era el problema, pero nada de lo que le contaba le sorprendía. En plan ya me lo sé todo. Como si estuviera de vuelta y media. Me raya. Acabé por no contarle nada. Y ni así cambió de actitud, como si supiera también que algún día dejaría de hablar. Así que me abrí. Mi madre se subía por las paredes. Vivo con mis padres en Villejuif. Mi madre es enfermera en la prisión de Fresnes. Le encanta su trabajo. Mi

padre es profesor de dibujo en el colegio. Francamente, mis padres son muy enrollados, ese no es el problema.

Entre usted, que lucha contra la ira, y yo, contra las ganas de romperlo todo, deberíamos entendernos. Yo también pensé, en vista de las respuestas de los demás, que todos estábamos superdeprimidos. ¿Y dice que está airada? Francamente, esa no es la impresión que da. Fue la única que le sonrió a Esther. La única que tomó notas. Cuando Esther me hizo la pregunta de marras por correo electrónico, contra qué lucho, no me paré a pensar. Creo que no la entendí. O más bien me dije que era una idiotez. Pero en la reunión, lo que me vino a la cabeza fue eso: «Contra las ganas de romperlo todo». Incluso a mí me sorprendió. Esther me inspira confianza, tiene una sonrisa que tranquiliza. De hecho, mi respuesta pedía eso, salir de mí de una vez. Y también se lo digo francamente: yo no la encuentro vieja. Para mí, un viejo no es como usted.

Hasta luego, entonces,
Samuel

Jean a Esther

París-Nueva York, 6 de febrero de 2019

Hola, Esther:

¿Está de acuerdo en que nos escribamos? También he elegido cartearme con Nicolas Esthover. Sabrá el porqué cuando reciba, según lo acordado, una copia de la carta que probablemente le escribiré durante mi regreso de Nueva York. Aprovecharé mis viajes en avión. Soy el director general de Telefonía y Digital, y, desde hace unos años, me muevo mucho. Me ocupo esencialmente de grandes proyectos de reestructuración y prospección de nuevos mercados en el extranjero.

Me pregunto qué mosca me habrá picado para inscribirme en su taller. ¿Qué necesidad tenía yo de complicar mi agenda todavía más? Ninguna, desde luego. Cuando leí su anuncio, me acordé de las cartas

que mi abuela materna, Manine, me enviaba al internado de Dijon, poniéndome al día de las novedades de París y de sus clientes favoritos. Le encantaba contarme las partidas de *belote*, que terminaban en una pelea si ella iba de pareja con José, o Linda con Sylvie. Esas veladas daban lugar a un acta detallada de varias páginas que me llenaban de alegría: «No vas a creerlo, pero, entonces, el muy imbécil, va y tira el rey de espadas con aires de marqués, como diciéndome: "No estás jugando con cualquiera, ¿eh?"», «Sabes que la Sylvie no tiene nada que hacer, discurre tanto como el que asó la manteca». Mi abuela tenía muy mal perder, incluso conmigo. Mis cartas, en cambio, eran pobres en anécdotas. Pero me aplicaba y encontré un verdadero placer en ello. Durante mis ocho años de internado, se cuentan con los dedos de una mano las semanas en las que no recibí una carta suya. Era feliz al visitarla cuando volvía a París, dos fines de semana al mes. No conocí a mi abuelo materno, murió antes de que yo naciera. Manine hablaba poco de él, excepto para recordar que había sido un hombre valiente y amable, pero de los de «nones han de ser y no doy mi brazo a torcer». Mi abuela era una mina de expresiones de este tipo. A ver si un día encuentro tiempo para recordarlas y escribirlas.

Yo era un buen estudiante. Huelga decir que mis padres daban por hecho que iría a la HEC, la Escuela de Estudios Superiores de Comercio. Y, por supuesto, fui a la HEC. Tuvieron suerte, ni yo ni mis hermanos y hermanas les dimos mucha guerra. Yo era un joven obediente. Una vez finalizados los estudios, me contrataron en una empresa de telefonía, luego en otra, especializada en nuevas tecnologías, y por último en Telefonía y Digital. Era un as de los planes de negocio, las metodologías, los balances financieros, la masa salarial, la productividad de costes… Ascendí rápidamente. Me divertía. Como en el casino cuando estás en racha. Tiraba los billetes en cualquier mesa y ganaba todas las apuestas. Arnaud y Pascal, los dos fundadores de la empresa, confiaban en mí ciegamente. Por entonces, la competencia no era tan dura como hoy e invertían mucho dinero. Conmigo eran muy generosos. Yo era un vendedor nato y,

probablemente, había nacido con buena estrella. El dinero me excitaba, el éxito me daba aplomo, las mujeres me adulaban, los hombres me respetaban. Todo este circo, debo admitirlo, me embriagaba. Por mucho que me dijese cada noche al acostarme que no me dejaba engañar por el dinero, era falso. Salté a la charca de cabeza y me revolqué en el barro con alegría. La empresa prosperó rápidamente. Y a mí —sarna con gusto no pica— me endosaban todo el trabajo sucio. Yo mismo me había puesto el yugo. Contaban conmigo, no paraban de decírmelo y yo de sentirme halagado. Respondía con aire falsamente modesto: «Nadie es imprescindible», pero hacía todo lo posible para que así fuese. Lo necesitaba para sentirme vivo.

La mayor traición que podía haberle hecho a mi abuela es convertirme en la persona que soy ahora. Los años se han ido en un soplo y algo, no sé exactamente qué, se me ha escapado. Soy cada vez más indiferente a la gente y a los acontecimientos, aunque luche contra ello. Me gustaría recobrar el placer de escribir. Me digo que las palabras pueden ayudarme a sentirme mejor. En todo caso, a saber lo que quiero, a comprender lo que espero de mí.

¿Qué más puedo decirle, Esther? Que fumo demasiado, bebo demasiado, mis analíticas son pésimas, pero me da igual. O hago como que me da igual.

A la espera de su respuesta,
Cordialmente,
Jean Beaumont

En el aeropuerto JFK, un chófer espera a Jean para llevarlo al Hyatt. No tiene ni un minuto que perder. Una vez en su habitación del vigésimo piso, apaga el aire acondicionado, abre la maleta, se ducha y se pone una camisa limpia, mientras revisa su agenda en el teléfono móvil. Anotó sus reuniones en el avión unas horas antes, pero las ha olvidado. Ya no memoriza. Se pregunta si es debido a la edad, a su motivación, que mengua día a día, a su memoria, que flaquea —¡venga ya!, a los cincuenta y tres años no se es viejo, se dice para tranquilizarse—. Echa un vistazo al espectáculo que se le

ofrece desde la ventana, Central Park en todo su esplendor. Es hora de irse. Jean cierra tras él la puerta de la habitación. Si pudiera, nadaría unos largos en la piscina. Fuera, enciende un cigarrillo; ve a su chófer, que lo espera a unos metros de distancia.

Para Jean Beaumont, todas las grandes metrópolis se parecen. Aceras de asfalto gris, tráfico denso, paneles que indican los picos de polución, las precauciones que hay que tomar, la temperatura, cada vez más pantallas publicitarias en las calles y en los escaparates, el ulular de sirenas y los árboles preguntándose qué diablos pintan allí. Igual que sus habitantes, que también son intercambiables, exactamente iguales en todas las ciudades. Todos con prisa, sin despegar los ojos de los teléfonos móviles, que sostienen en la palma de la mano como una excrecencia de su cuerpo, con los auriculares en las orejas. Surgen arracimados de las bocas de metro y de las oficinas para precipitarse en tiendas y grandes almacenes. Por la noche, recorren el camino inverso. Jean ha perdido la costumbre de caminar. El chófer lo sigue como su sombra. El coche desfila frente a las mismas señales que en las otras ciudades del siglo XXI. Esta noche, sus socios lo llevarán a cenar al último restaurante de moda presumiendo de haber podido reservar allí una mesa. Antes, con ocasión de sus primeros viajes de negocios, se prometía prolongar su estancia de cuarenta y ocho horas para visitar la ciudad. Solo. Iría a pie, utilizaría el transporte público, se detendría en un café al azar. Jamás lo hizo. Cuando era joven, tenía recursos, ahora es otra historia. Jean Beaumont se ha convertido en un dependiente.

Se dirige hacia su coche; de pronto, gira sobre sus pasos y entra en el hotel. Saca un sobre del bolsillo interior de la chaqueta y se lo entrega al conserje. Para Esther Urbain, en Francia. Urgente.

Esther a Jean

Lille, 11 de febrero de 2019

Hola, Jean:

El retrato que ha bosquejado de usted no es muy halagüeño. No dudo de que esté siendo sincero, pero ¿no cree que ha cargado un poco las tintas?

Confía en que la escritura lo ayudará a poner palabras a sus emociones, a luchar contra la indiferencia. Creo que, en efecto, podemos reconstruirnos con la escritura. Y me atrevo a decir que lo logrará.

Vayamos a su infancia, por ejemplo. Si le parezco indiscreta, no tenga reparos en indicármelo. No me lo tomaré a mal, porque sé que a veces peco de ser demasiado directa. Es una de las ventajas (¿o inconvenientes?) de la correspondencia: no vemos la irritación, el aburrimiento o la ira en el destinatario.

¿Por qué estudió en un internado de Dijon? No cuenta nada sobre sus padres. ¿Acaso es porque fue criado por su abuela?

No sé si conoce los Altos de Francia. Es una región muy interesante y atractiva, que está haciendo grandes esfuerzos, a pesar de sus dificultades económicas, para renovarse e innovar. Lille es una ciudad estupenda para vivir. La amabilidad y la calidez de la gente del norte no son un tópico. Me encanta mi región tanto en otoño como en invierno. La lluvia y la niebla, al contrario de muchas otras regiones francesas, le sientan de maravilla. Basta con un casi nada —un cielo gris plomizo y unas capas de niebla venidas a posarse en los tejados de la ciudad— para imprimirle un aire melancólico que despierta mi admiración una y otra vez. Entonces, si puedo, me siento a leer en un café. En verano, disfruto de la naturaleza circundante, que es bellísima y, afortunadamente, poco turística —¡ojalá dure!—. Mis amigos parisinos siempre se sorprenden cuando les encarezco las bellezas de esta campiña. Pero esa es la pura verdad.

Hasta pronto. Cordialmente,
Esther

P. S.: Espero que haya entendido, en el correo electrónico que le envié, mis comentarios sobre su primer correo. Dígame si le ha parecido confuso.

Sería deseable que tanto usted como yo separásemos nuestra conversación de lo que concierne *stricto sensu* a la escritura.

Después de la reunión en el Hoxton, no volví directamente a Lille. Dormí en casa de mi primo Raphaël, en el bulevar Sebastopol. Para mí es mucho más que un primo. Es un hermano, un amigo, mi apoyo inquebrantable. Ambos somos hijos únicos y nos llevamos solo unos meses. Él vive en París, yo en Lille, pero hemos pasado muchísimas vacaciones juntos. Él con sus padres, yo con mi padre.

Raphaël me había advertido de que llegaría tarde a casa y dejaría las llaves bajo el felpudo. Me prometí a mí misma que tendría cuidado de no desordenar nada en su casa, pero en pocas horas estaba todo patas arriba. No me di cuenta hasta la mañana siguiente, cuando me lo hizo notar, fingiendo estrangularme y añadiendo que semejante desorden no se lo habría consentido a nadie en este mundo.

Raphaël había preparado el desayuno y había bajado a comprar los periódicos. Quise hacerle huevos revueltos, pero prefirió que me sentase, que él se encargaba de todo. Le hablé de mi taller. De cuánto añoraba recibir correspondencia. Ya no nos escribimos cartas. Consideramos que nos hacen perder el tiempo y nos privan de la imagen y el sonido. Sin embargo, yo sabía mejor que nadie, después de haberme carteado con mi padre durante veintidós años, que no se dicen las mismas cosas por escrito que oralmente. Usamos otras palabras y expresiones, cuidamos nuestro estilo. Nuestros pensamientos se internan por otros vericuetos, por caminos de más difícil acceso, más tortuosos, más impredecibles. Más estimulantes, también. Nos entregamos, nos exponemos, nos arriesgamos. Escribir una carta, echarla al buzón y esperar una respuesta a vuelta de correo da otro valor a los días, un peso mayor, en mi opinión, al mensaje que va en el sobre, que se toma su tiempo y traza su camino. Estaba decepcionada por no tener más participantes en el taller. Alice Panquerolles, que por teléfono parecía muy interesada, no había acudido a la cita, ni siquiera se había molestado en disculparse. Había tratado de

comunicarme con ella inútilmente. El más joven parecía aburrido y temía que abandonase incluso antes de empezar. Había decidido que cada uno de ellos debía escribir a dos interlocutores diferentes, pero, con cinco participantes, me sentí obligada a entrar en el juego. Ahora lo lamentaba y me reprochaba no haber reflexionado antes de tomar una decisión así, temiendo que todos se apresurarían a cartearse conmigo, la creadora del proyecto.

«Hay que estar como una cabra para organizar algo así, ¿no?», le pregunté a Raphaël. Se mostró evasivo y se encogió de hombros. Pero yo sabía lo que estaba pensando. Que era atolondrada y agotadora. Él era el sensato de la familia. El alumno modélico. La persona con la que siempre se podía contar, que no daba problemas, tenía un trabajo seguro y muy bien pagado en el sector financiero. Una novia encantadora, que era su clon. Un apartamento que las revistas de decoración habrían pagado por fotografiar. Ah, y el coche eléctrico…

Mi primo no entendía qué necesidad tenía de liarme con otros proyectos cuando me pasaba seis de los siete días de la semana en la librería. Le encantaba imitarme cuando me quejaba. Se mesaba el cabello, se mordía los labios, trituraba las gafas: «¿Cómo voy a hacer para dar abasto? Es demasiado trabajo para mí sola. ¡No te imaginas lo angustioso que es! ¿Tienes algo para dormir?». Estaba segura de que le preocupaba mi proyecto y de que pensaba que me había metido en camisas de once varas. Nada más lejos de la realidad. Con el tiempo, me habló de ese día que pasamos juntos. Pensó que por fin había vuelto a ser la que era, con la misma marcha y el entusiasmo de siempre. No me había dicho nada, temeroso de que un comentario, por anodino que fuese, me recordase la desaparición de mi padre. En su opinión, desde ese día aciago, yo estaba distraída, melancólica. Le daba rabia verme así, temía que nunca más volviese a ser la misma. Él también estaba resentido con mi padre.

Jean a Nicolas

Nueva York-París, 9 de febrero de 2019

Hola, Nicolas:

Formo parte del taller de escritura de Esther, pero no pude asistir a la reunión. Mi trabajo me obliga a viajar bastante y tengo intención de escribir durante el vuelo. Por la noche. Es mi momento favorito, cuando se apagan las luces y dan la señal de que es hora de dormir. El bullicio da paso a un silencio imperfecto. No más conversaciones, carritos en los pasillos, ruidos de envoltorios, tabletas que se abren y cierran. Me encanta este ambiente, cuando los viajeros se adormecen acurrucados en sus sillones, escondidos bajo una manta con un antifaz tapándoles los ojos. Otros encadenando una película con otra, con los auriculares en los oídos. Hace mucho tiempo que yo no las veo.

Dos razones me han impulsado a elegirlo. La primera: usted es el chef del Camélia, en la calle Colbert. Fui allí hace unos diez años, con mis hijos. Acababa de abrir. Cenamos muy bien. En fin, sobre todo yo. Recuerdo que mis hijos, por entonces adolescentes, querían ir a un Joe Allen a comer una hamburguesa con patatas fritas y yo me negué en redondo. Como resultado, estuvieron de morros toda la velada. Era la época en que me preocupaba por su educación gastronómica. Tiré la toalla rápidamente. En aquel momento, se los hubiera vendido al primero que quisiese quedárselos.

Al grano con la segunda razón. En el informe remitido, Esther me indicó que su esposa también participa en el taller y que, por razones personales, se cartearían entre ustedes. Estoy intrigado. Ha logrado despertar el interés en alguien como yo, que tengo que hacer verdaderos esfuerzos para luchar contra la indiferencia que me invade frente a todo o casi todo. No le daré ningún consejo. Soy incapaz de ayudarlo. No es mi estilo y mi vida personal es un desastre. Como marido, como amante, como padre, cero redondo. Pero si usted ha llegado al extremo de escribir a su esposa participando ambos en un taller de escritura, será porque se preocupa por ella. Es usted perseverante, una cualidad que admiro. Tiene todo mi respeto. Se lo dice un tipo que dejó irse a su esposa y a sus hijos sin mover un dedo.

¿Está de acuerdo en que nos escribamos? En principio, no parece que tengamos mucho en común, ya que mi campo profesional, la telefonía, está a años luz del suyo, pero ¿por qué no intentarlo? Podemos hablar de cocina, de restaurantes, de hoteles…

Cordialmente,
Jean Beaumont

El avión de Jean aterrizará en Roissy en un par de horas. Cierra el sobre dirigido a Nicolas. Escribirle le ha recordado el piso familiar de la avenida Victor Hugo, en el que nunca piensa, pero del que recuerda todos los detalles. Los motivos y colores de las alfombras, las cortinas, los cuadros, el artesonado, la disposición de los muebles y hasta de la más pequeña baratija, dónde los compraron… Podría rehabilitarlo y redecorarlo de manera idéntica. Cuando su mujer y sus hijos se fueron, se lo quedó él. Solo en ciento ochenta metros cuadrados y habitaciones medio vacías. Sus amigos le aconsejaron que se mudase. Pretextó que sería menos traumático para sus hijos —cuya custodia le correspondía cada dos fines de semana—. En realidad, era incapaz de ponerse a buscar otra vivienda. En esta o en cualquier otra, no veía qué iba a cambiar, aparte de perder el tiempo. Cuando su exmujer se enteró de que Jean había dicho que lo hacía por Boris y Emma, se echó a reír. Estaba convencida de que no cambiaría su ritmo de trabajo por ellos y que seguiría viéndolos esporádicamente. El tiempo le dio la razón.

Hace tres años, un amigo le ofreció a Jean su piso, más pequeño, pero con magníficas vistas al jardín de las Tullerías. Aceptó sin dudarlo. No se llevó ni un solo mueble de la avenida Victor Hugo. Lo compró todo nuevo. Una forma simbólica de levantar acta de su nuevo comienzo. Está bien allí. Podría pasar el resto de su existencia en el balcón, sin regresar a tierra firme, observando París desde lo alto, sus monumentos, sus árboles, la polvareda en días ventosos, el flujo incesante de coches en la calle Rívoli, la plaza de la Concordia, ruidosa y frenética, los asiduos del parque.

Nicolas a Jean

París, 15 de febrero de 2019

Hola, Jean:

Es sorprendente, en la foto que Esther nos envió me pareció un tipo simpático. Un guaperas que peina canas, sin ánimo de ofender. No tengo nada en contra de escribirle, faltaría más, pero ha dado en el clavo: su trabajo está a años luz de mi mundo, así que ni siquiera sabría qué preguntarle si decidiese hacer el paripé de interesarme por él. Espero que no sea susceptible. Por mí que no quede. De todas formas, puede hablarme de sus viajes.

Por supuesto, entre mi restaurante y un Joe Allen no hay color, pero entiendo a sus hijos. Cuando uno es joven, es mucho más apetecible comer una buena hamburguesa con patatas fritas en una cantina americana que aburrirse en un restaurante de dos estrellas con sus sofisticados platos.

La cocina es el único oficio que quería ejercer. Mi abuela tenía una cervecería en Bourg-en-Bresse, de la que luego se hicieron cargo mis padres. No había un lugar mejor para disfrutar de las especialidades de la región: el pastel de higadillos de ave, las ancas de rana, el capón de Bresse, las quenefas de lucio, las tortas de azúcar bresanas… Seguí los pasos de la familia. Bueno, no exactamente. Después de terminar mis estudios en el Instituto Paul Bocuse, quería experimentar, hacer una cocina más moderna que la de mis padres, aunque nadie mejor que yo para saber que los platos tradicionales requieren una extraordinaria competencia profesional y mucha mano.

De buena gana me habría instalado en Bourg-en-Bresse al acabar mis estudios, pero Juliette, mi mujer, quería ir a París. La seguiría al fin del mundo. La conocí en Madrid, donde estaba haciendo un cursillo de seis meses con mi flamante título en el bolsillo. Alta de talle, ancha de hombros y piernas estilizadas, la piel mate, los ojos color de azabache y el pelo negro como el carbón. Acababa de aprobar el CAP en panadería y repostería y había ido a celebrar su graduación con dos compañeras. Me enamoré de ella

nada más verla. ¡Y qué coco el suyo! Antes de elegir panadería, había estudiado Literatura en la Facultad de Caen. Cuando la conocí, no paraba de hablar de Jean Echenoz y de Philip Roth. Aquella chica era un portento, lo mismo te hablaba de variedades desaparecidas de trigo antiguo como de novelas contemporáneas al minuto siguiente. Yo me las daba de enterado, como si estuviese de vuelta y media, pero no le llegaba a la suela de los zapatos. Hoy tiene dos panaderías, una en el distrito XI de París y la otra en Malakoff, en la barriada sur. Pero, ¡cuidadito!, no es una panadera cualquiera: hay que probar sus panes, son una obra de arte. Si quiere que le diga la verdad, no hay nada mejor en el mundo que su pan de pueblo con mantequilla semisalada de Beillevaire y mermelada casera de fresas o clementinas.

Hemos vivido juntos dieciséis años. En este momento estamos separados. No sé si temporal o definitivamente. Desde entonces, lucho contra los remordimientos. Me cuesta hablar de ello, incluso con mis amigos. Un día de estos le contaré más. Me dice que le hable de mi vida privada, porque la suya es desastrosa. Qué panorama. Para troncharse de risa… Ahora en serio, no le veo interés a escribirse para quedar en la superficie de las cosas y no hablar con franqueza. Nos aburriríamos como ostras.

Desde que Juliette se fue, no cocino igual que antes. No consigo trabajar lo gelatinoso, lo untuoso, lo meloso. Me molesta la nata, el chocolate me deja frío, los frutos rojos me exasperan, me repugna el azúcar. Solo me inspira la acidez, quizá demasiado. Uso y abuso de los maravillosos limones de Sicilia, los calamansis, los tangelos, las manos de Buda y los *chadeks* de la Guayana. Debe picar, como todo lo que me pasa, supongo. A este ritmo, mis dos estrellas no van a brillar mucho. Juliette y yo tenemos una hija. Se llama Adèle. Acaba de cumplir nueve meses. Para celebrar su nacimiento, horneé una tarta de chuparse los dedos, una pavlova. La he puesto en la carta. ¿Cuántos años tienen sus hijos? ¿Qué hacen?

Nicolas

P. S.: Usted me escribe desde un avión, yo le escribo desde mi casa, en la calle Oberkampf. Vivo aquí con mi hija y mi madre, que ha venido a echarme una mano con la niña. ¡Menudo trío!…

Nicolas a Juliette

París, 11 de febrero de 2019

Juliette:

¡Es que no doy crédito! Que no hayas tenido el valor de decirme que querías irte, que tuvieses que decírmelo delante de tu psiquiatra. ¿Qué pasa? ¿Te doy miedo? ¿Te has cansado de mí? Me tendiste una trampa. Me pusiste ante un hecho consumado y sabes que no lo soporto. La cita con tu terapeuta no fue para discutir, porque tu decisión estaba tomada. Por lo visto, soy un cero a la izquierda. ¿Para qué me preguntó qué me parecía si, cuando dije «mal», ni tú ni ella os inmutasteis? Te darías cuenta de que no me alteré. ¡Para qué! Me importa un bledo que ella lea esta carta. Así podrá decirte: «Parece que ha hecho bien distanciándose de su marido, señora Esthover». Se me ha puesto en cuarentena, como un hombre violento que no debe acercarse a su mujer. ¡Conque debemos limitarnos a escribirnos! Repito una vez más: ¿tengo elección? Quiero ayudarte, no soy tu enemigo, pero necesito entenderlo. Y no lo entiendo.

N.

Juliette a Nicolas

Malakoff, 14 de febrero de 2019

Hola, Nicolas:

Tienes razón, me faltó valor. Mis ataques de ansiedad repuntaron unos días después de volver a casa. No quería que te dieras cuenta, que me vieses en aquel estado. Sé muy bien cómo me pongo en esos casos. Como

una lunática. Cuando dejé la maternidad, pensé que iba mejor. No que estuviera curada, pero que las crisis quedaban atrás. Nada de eso. Me derrumbé de nuevo. Bastaron solo unos días para que me encontrase otra vez en el fondo del pozo. El llanto de Adèle me angustiaba como antes de mi hospitalización. No era capaz de ver qué le pasaba, me aterraba. Tenía miedo de hacerle daño, la convicción de ser incapaz de ocuparme de ella resurgió. «Más vale que no tenga una madre a que tenga una como yo», me repetía como un mantra. Entraba en pánico tan pronto como tú te ibas a trabajar.

Miedo a dormirse, miedo a despertar, no puedes ni imaginar lo que es eso. Todo volvió. Muy rápido. Como si la bestia inmunda se hubiese agazapado dentro de mí el tiempo justo para recobrar fuerzas. Para atacarme con más ferocidad todavía. Mis estancias en el hospital y en la maternidad han sido inútiles. No habría encontrado las palabras para explicártelo. Lo que temía más que nada era ver reflejado el cansancio en tu rostro.

Juliette

Jeanne a Juliette

Verjus-sur-Saône, 12 de febrero

Hola, Juliette:

Soy Jeanne, nos conocimos en el taller. ¿Qué le parece si intentamos escribirnos? Ya sé que me he acordado un poco tarde. Después de escribirle al joven Samuel, esperé en vano a que uno de ustedes quisiese cartearse conmigo. Me preguntaba (le hablo con el corazón en la mano) si el problema no sería mi edad. ¿Qué quiere esta mujer de nosotros? Contarnos su batallita, sus achaques, su soledad… Probablemente es lo que se han dicho. Para más inri, en la reunión, yo sonreía estúpidamente, ¿no? Le parecerá una tontería, pero estaba nerviosa.

Me gusta escribir cartas y no tengo ocasión de hacerlo. Estoy encantada de poder cartearme de nuevo.

Con los amigos que no viven en la región, me comunico como todo el mundo, nos llamamos por teléfono o nos enviamos correos electrónicos. Hoy es lo que se estila. Lo lamento, porque Esther tiene razón: uno no se confía de la misma forma oralmente que por escrito. En un correo electrónico atendemos a lo más urgente, no nos preocupamos del estilo. Nuestra letra también dice cosas sobre nosotros, así como nuestro papel de cartas. Lo que más me gusta de la correspondencia es la idea de que el tiempo se toma su tiempo. Que la carta viaja hasta el otro. Y las preguntas que nos hacemos al respecto. ¿Cuándo la leerá? ¿Cuándo nos responderá? ¿Es una carta bonita? ¿Lo habré convencido? ¿Habré empleado las palabras precisas? Esther podría haber bautizado su taller: «Elogio de la paciencia y la lentitud»…

Vivo en el campo desde hace doce años, a treinta kilómetros de Lyon. Verjus era un pueblo precioso cuando me instalé aquí, antes de que las urbanizaciones lo mutilasen, lenta pero inexorablemente. Cubos de yeso blanco, persianas de color amarillo pajizo y jardines neurasténicos. Antes vivía en Lyon, en la Presqu'île. Era profesora de piano. Me vi obligada a dejarlo por la artritis. Luché, ignoré la enfermedad, pero llega un día en que es más fuerte que tú y te pide que te rindas. Sigo tocando para mí, cuando mis dedos quieren obedecerme. He disfrutado mucho con mi trabajo. Después del conservatorio, podría haber elegido una carrera como concertista, pero opté por dar clases particulares. El timbre de casa sonaba a cualquier hora del día. Prefería dar clase a niños que a adultos. Mi piano se lanzaba al galope, saltaba, corveteaba, hacía cabriolas… Todo era bullicio y alegría. Así es como quería que fuese. Cuando notaba que a mis alumnos les faltaba motivación, los dejaba tranquilos y tocaba para ellos. O les contaba historias. Tocar el piano no es solo conocer las piezas, sino también la historia de la música clásica, la vida de los compositores. Algunos padres me reprochaban mi falta de autoridad. Les daba la razón, pero mi respuesta era firme: lo toma o lo deja. Lo malo era cuando mis alumnos abandonaban. Solían hacerlo en el despertar de la adolescencia o cuando llegaban a la

universidad. Yo lo vivía como un fracaso personal.

Hadrien murió hace nueve años. Un ataque al corazón. A los cincuenta y nueve años se es joven para morir. Era un tipo estupendo. Me dio una buena vida y yo traté de estar a la altura. Tuve suerte de conocerlo.

¡Vaya! Aquí estoy contándole mis aburridas historias. Tendrá mejores cosas que hacer. A lo mejor, su intención es cartearse solo con su marido. Durante la reunión, se sentaron a cierta distancia, lo que me hizo pensar que las cosas no debían de ir muy bien entre ustedes. No la conocía, era la primera vez que la veía, pero me atrevería a decir que estaba cansada. No quiero ser indiscreta, pero, si necesita hablar, aquí me tiene. A veces es más fácil hacerlo con una persona que no conocemos.

Sinceramente suya,
Jeanne

P. S.: Aunque no lo parezca, lucho contra la ira. La forma en que destrozamos nuestros paisajes y maltratamos a los animales me pone enferma.

A Jeanne le costó escribir a Juliette. Los tres primeros borradores fueron a parar a la papelera. Es consciente de su propensión a lanzarse, a desatar sus emociones tal cual. No quiere ofenderla ni parecer un inquisidor, pero no puede fingir que no había notado su tristeza. Juliette debe de ser guapa, pero se nota que se ha abandonado. Su cabello negro, que le cae hasta la mitad de la espalda, está apagado, se muerde las uñas, su jersey no tenía forma y el pantalón de pana de canutillo, demasiado grande para ella, era un pingajo. Su cuerpo atlético, de hombros anchos y piernas largas tiene algo de tranquilizador, de solidez. Pero no hay que fiarse de eso. Jeanne ha visto montones de veces ese abandono y esa fragilidad. Entre los adultos a los que daba clase había una mayoría de mujeres y, algunas de ellas, almas atormentadas. Años de experiencia le han enseñado a detectarlas. Había ciertas señales que las delataban: las manos inseguras o temblorosas posándose en el teclado, los hombros metidos

hacia dentro, la respiración corta e irregular, la sonrisa forzada, la mirada ausente, las piezas tristes que elegían interpretar. La paciencia de la que Jeanne hacía gala, la dulzura de su voz, su espontaneidad y su risa fácil suscitaban las confidencias. Había oído de todo: divorcios conflictivos, adulterios, hijos problemáticos, adolescentes mudos, el primer golpe, luego el segundo, del que el marido se arrepiente a continuación, el paro, los padres que se han vuelto viejos y se les mete en una residencia con el consiguiente sentimiento de traición.

Jeanne ha visto en Juliette la vida atribulada.

Juliette a Jeanne

Malakoff, 16 de febrero

Jeanne:

Dice usted que ha intentado estar a la altura de su marido. No lo diría si pensara que no lo había logrado. Es afortunada. Yo también lo intenté, pero he fracasado. Me he visto sobrepasada. Me he venido abajo. Me he hundido hasta el fondo y no sé qué hacer para salir adelante ni si tengo el valor y el deseo de hacerlo. No me juzgue.

Soy panadera y repostera. Tengo dos panaderías, una en París en el distrito XI, en la calle Montreuil, y otra en Malakoff, en la calle Salvador Allende. Trabajo con harinas tradicionales, primando el amasado lento y los largos tiempos de fermentación. Proveo de panes especiales a los chefs con estrellas Michelin. Mis *best-seller* son mis *baguettes* al jengibre y carbón y mi pan de centeno. Conocí a Nicolas en Madrid, en un albergue juvenil, recién acabados nuestros estudios. Fue amor a primera vista, me gustó todo de él. Había algo irresistible en aquel chico de un metro noventa, fuerte como un oso, ojos azules y pelo largo y rizado. ¿Cómo definirlo? Era de una inocencia arrebatadora. Sabía a lo que se iba a dedicar, a la cocina. Triunfaría, no había duda. Lo expresó así, sin la más mínima pretensión, con un

candor que te arrancaba una sonrisa. Su fuerza de carácter, su confianza en sí mismo, me han impulsado todos estos años. «Eres tú», me dijo con seguridad la mañana siguiente de nuestra primera noche. «¿Soy qué?», le pregunté absurdamente. «La mujer de mi vida. Eres tú.» Debí haberme largado con viento fresco, pero me quedé. En los brazos de aquel chico se sentía una lo mejor del mundo. Volvimos a Francia, a Bourg-en-Bresse, donde creció. Sus padres tenían una próspera cervecería en el centro de la ciudad. Fui muy bien recibida, eran muy amables, pero la vida familiar me asfixiaba. Quería vivir en París, hacerla mi ciudad, conocer algo más que la vida provinciana. Había crecido en Trouville. «¿Por qué no?», aceptó Nicolas. Seis meses más tarde, nos mudamos a un estudio, muy cerca de plaza Maurice-Chevalier, en el distrito XX. Encontramos trabajo, él en el restaurante L'Astrance, yo en Landemaine, una excelente panadería. En estos oficios, el trabajo no falta.

En París no conseguimos ahorrar como esperábamos. Cinco años después, afortunadamente, sus padres nos prestaron dinero. Nicolas pudo abrir su restaurante, el primero, en la calle Oberkampf. Doce cubiertos, minúsculo, casi de juguete. Una mano de pintura, la cocina reformada, mesas, sillas de madera compradas en el rastro de Vanves y todo el talento de Nicolas en los platos. Rápidamente, colgó el cartel de completo, salieron artículos en la prensa y apareció en las guías gastronómicas. Habíamos arrancado.

Yo cogí el traspaso de una panadería en Malakoff. El contrato de arrendamiento no era caro. ¡Qué nervios!, Jeanne, ¡qué emoción!, cuando levanté la persiana de hierro de MI panadería por primera vez, lista para dar la bienvenida a mis primeros clientes. Sé que esos segundos deslumbrantes permanecerán grabados en mi memoria para siempre. Cierro los ojos y están ahí, cerca, como la brisa cuando te acaricia el rostro. Abrir una panadería es mucho más que hacer y vender pan y cruasanes. La panadería es el lugar aglutinador por excelencia, donde se codean el empresario y el obrero, la *wonder woman* y el ama de casa, por donde todo el mundo pasa casi todos los días. Aquí es también donde se envía a un hijo a la

compra solo por primera vez. Junto con el bar, la panadería es el corazón del pueblo. Un lugar esencial, feliz. Cuando aprobé el CAP, me di cuenta de que muchos de los estudiantes habían elegido panadería por descarte. Para mí, en cambio, era el paraíso.

Para llegar a mi panadería, salía en mitad de la noche en motocicleta. El ruido de los camiones de la basura me acompañaba en el París dormido, a lo largo de sus aceras desiertas, en donde las ratas reinaban todavía un rato más. Me veo de nuevo en pleno invierno, temblando bajo una lluvia helada, muerta de cansancio porque no había dormido lo suficiente, pero feliz de llegar a mi panadería, contra viento y marea. «Me enamoré de una masoquista», bromeaba Nicolas. Él volvía tarde a casa, de noche. Una vida extraña para una pareja joven. Nos decían: «A ese ritmo, se os va a pasar el arroz». No veíamos qué problema había, y teníamos razón. Queríamos disfrutar el uno del otro, triunfar en nuestra vida profesional antes de tener hijos. No vimos pasar el tiempo. Resultado: yo tenía treinta y ocho años cuando me quedé embarazada. Y nació Adèle. Ya nada fue igual. Pero no puedo hablar de ello con usted. Solo puedo decirle que tuve la sensación de haber sido enterrada viva. Desde entonces, lucho contra el hundimiento. La niña tiene nueve meses.

Solo me siento bien con las manos en la masa, con el calor de mis hornos, los olores de la cocción, la visión de mis panes hinchándose y elevándose esponjosos. Mi último pan se llama *la belle brune,* elaborado a base de cerveza negra, pasas y aromas de sésamo tostado. Tengo algunas especialidades de chuparse los dedos, como mis *crispy chocolate* con dulce de leche, mi *brioche* del domingo, con galletas de miel y cacao de Chuao. Nicolas y yo nos tiramos noches enteras discutiendo sobre productos, creaciones culinarias, restaurantes, ultramarinos, buscando nombres para sus platos, mis pasteles y mis panes. ¿Le gustan las hogazas de pan de pueblo de corteza dorada y crujiente, miga nacarada y aromas tostados?

Juliette

Los orígenes

Jeanne a Juliette

Verjus-sur-Saône, 20 de febrero de 2019

Hola, Juliette:

Gracias a usted, esta mañana he saboreado un placer inusual: encontrar en mi buzón, entre desagradables facturas y molestos prospectos, un sobre con la dirección manuscrita. Este tipo de cortesía despierta de inmediato mi interés, como el de mucha otra gente.

Me conmovió su carta. Habla en pasado de su felicidad con Nicolas, pero también habla de su marido con amor y ternura. ¿Qué pasó? Leyéndola, todo apunta a que eran una pareja muy unida. Como le había dicho, Hadrien fue el gran amor de mi vida. Yo estudiaba todavía en el conservatorio cuando lo conocí en una fiesta en París. Recuerdo el piso en la colina de Montmartre. Enorme, con vistas al Sagrado Corazón. Insistió en llevarme Beatriz, una de mis mejores amigas. Había varios invitados que celebraban su título de Medicina esa noche, entre ellos, Hadrien. «Ya verás —me prometió—, los estudiantes de Medicina son muy juerguistas.» Tenía razón. Hadrien y yo terminamos a las cinco de la mañana en el Pied de Cochon, un restaurante que no cierra nunca. Se iba a Freetown, en Sierra Leona, unos días más tarde. Había visitado el país con sus padres cuando era un adolescente y soñaba con regresar. Planeaba trabajar allí ejerciendo su especialidad de médico de familia durante un tiempo, antes de volver a Francia. No tenía ni idea de cuánto tiempo exactamente, sobre todo no quería comprometerse a nada. No nos separamos hasta que se fue. No estoy segura de que hubiésemos vivido esos pocos días juntos de una manera tan intensa —diría incluso que desinhibida— si no tuviésemos su marcha en el punto de mira cada

segundo. No teníamos tiempo que perder. Lo acompañé al aeropuerto. Vi cómo despegaba su avión. Me sentía feliz por él. Pensé que lo normal era que no volviésemos a vernos. No había considerado ni por un segundo que me escribiera. Me escribió a su llegada. Y siguió haciéndolo durante los catorce meses que pasó en el extranjero. Es difícil no ceder ante un hombre encantador y enamorado.

A su regreso fui a buscarlo a Roissy. Cuando lo vi a través de la ventanilla, me pareció tan guapo que estuve a punto de echar a correr. Estaba bronceado, vestía una camisa africana multicolor y collares con cuentas de madera. Su cabello, que había dejado crecer hasta los hombros, se había aclarado. Había ganado aplomo.

Todavía hoy me gusta releer sus cartas. Están ahí para recordarme lo mucho que nos hemos querido. Después de leerlas estoy triste, pero no es desagradable. Es la dichosa nostalgia, que va y viene…

No tardamos en trasladarnos a Lyon porque no queríamos vivir en París. Abrió su consulta en el barrio de la Croix-Rousse. Era un médico muy querido en el que se podía confiar. Ejercía como voluntario dos medias jornadas a la semana en un centro de acogida para indigentes. Ayudaba a sus pacientes y hacía las veces de asistente social cuando las circunstancias lo requerían. Por ellos, se enfrentaba a la burocracia, a la indiferencia, al desprecio. Jamás se enfadaba, nunca cejaba en su empeño y acababa consiguiendo lo que les había prometido.

Todos los veranos hacíamos un largo viaje. Nuestras únicas vacaciones del año. Fuimos no sé cuántas veces a África: Mozambique, Sierra Leona, Costa de Marfil. Sospechaba que visitaba esas zonas remotas para realizar consultas gratuitas. El paisaje le daba igual.

Con el tiempo, nuestros amigos se divorciaron. Cada nueva separación nos entristecía. Hadrien y yo éramos dos supervivientes en medio del paisaje después de la batalla. No sufrimos la traición ni el cansancio, los golpes bajos o los celos. ¿Por qué solo nosotros? ¿Qué nos diferenciaba de ellos? Nada. No queríamos hijos, cosa que intrigaba a nuestros allegados. Nos

sentíamos bien los dos. Lo asumimos, aunque no siempre era fácil, especialmente para mí. Para los demás, una mujer que no desea procrear está incompleta, necesariamente traumatizada o neurótica. Yo me pasaba el día con niños, me gustaban. ¿Por qué no quería?, me preguntaban. Respondía que no veía la relación entre dar clases de piano y la maternidad. No convencía a casi nadie. También había quienes evitaban el tema, convencidos de que uno de nosotros tenía un problema fisiológico. ¿Ha cambiado la forma en que miramos a las mujeres que no quieren tener hijos? Juraría que no.

Tenía treinta y siete años cuando me quedé embarazada. Fue un accidente. Dudamos si proseguir con el embarazo. Fue mi edad la que nos hizo decidir. Probablemente no se nos presentaría otra oportunidad. Tuvimos una hija, Aurélie, que nos hizo muy felices. Acaba de cumplir treinta años.

Hadrien sufrió un infarto hace diez años, mientras estábamos de vacaciones en Tanzania. La víspera de su muerte, caminábamos por las montañas de Lushoto. Se volvió hacia mí, me sonrió y me dijo: «No me encuentro muy bien. Le preguntaré al guía si mañana puede llevarme al hospital». Le sugerí que fuésemos inmediatamente. «¿Por qué esperar?», insistí. Un dolor en el costado y la dificultad para respirar no deben tomarse a la ligera. Se rio: «¿Quién es el médico aquí? Deja de preocuparte, estoy bien, solo es cansancio. Me acuesto temprano y vamos tranquilamente después del desayuno». Pasó muy mala noche. Nos levantamos al amanecer. Parecía una figura de cartón piedra. Estuve unos veinte minutos en el cuarto de baño, frente a nuestro bungaló. Luego fui directamente a las cocinas, al otro lado del parque, para recoger una bandeja con nuestro desayuno. Quería hacerlo lo antes posible. Cuando regresé, Hadrien estaba muerto al pie de la cama. Ya ve, querida Juliette, la vida a veces da un giro inesperado. Un inmenso y vertiginoso absurdo. Pero tal vez usted ya lo haya experimentado. ¡Oh!, si supiera cuánto he lamentado no haber insistido.

Hadrien está enterrado en el cementerio del pueblo, pero nunca voy allí. ¿Qué sentido tiene? Evito pasar por delante. Su tumba debe de estar muy abandonada y

a mí me es indiferente. Prefiero hablarle aquí, en nuestra casa. ¿Es más irracional que hacerlo de pie frente a una lápida? El silencio que resuena es el mismo. Ese cuerpo encerrado en un ataúd, que se entierra, se pudre y se convierte en polvo, ya no es él.

Como ve, me confío a usted con gran libertad. No crea que es fácil para mí. Procure, a su vez, hablarme de lo que le preocupa.

Afectuosamente,
Jeanne

Juliette a Jeanne

Malakoff, 24 de febrero de 2019

Hola, Jeanne:

¿Sabe lo que es la depresión posparto? Afecta a las mujeres que acaban de tener un hijo. A los hombres también, pero más raramente. La dificultad de ser madre, la cara oculta de la maternidad, de la que se habla muy poco. Es el mal que me aquejó cuando tuve a mi hija. Aún no soy capaz de contarlo. Si hago el esfuerzo de recordar los hechos, de recomponerlos cronológicamente, de describir mi larga caída, tengo miedo de acercarme demasiado al precipicio, de hacerme daño. En cambio, puedo tratar de hablarle de la enfermedad manteniendo cierta distancia; no en primera persona, sino en nombre de todas las mujeres que la sufren, aunque cada historia sea diferente. Tal vez después pueda contarle lo que me pasó. Si lo consigo, es porque habré logrado superar un poco la vergüenza que me paraliza. Sería una gran victoria, pero, de momento, no estoy en ese punto.

Debe saber, Jeanne, que antes de ser víctima de ella, no hubiera podido decirle qué era la depresión posparto.

La gran mayoría de las mujeres que acaban de dar a luz se encuentran en un estado de agotamiento y de vulnerabilidad absolutos, lo que puede reabrir heridas mal cicatrizadas, preguntas sin respuesta,

traumas enterrados, a menudo ligados a la infancia, sentimientos atávicos que no siempre son bienvenidos. Un embarazo mal vivido, un parto complicado, una episiotomía dolorosa, una cesárea de urgencia, el fracaso de la lactancia, comadronas poco comprensivas, enfermeras que no responden (o lo hacen de malos modos) a nuestras preguntas, discrepancias en nuestras familias acentúan nuestra inseguridad. Son los posibles desencadenantes de la depresión posparto. Para madres particularmente frágiles, preceden al hundimiento psíquico, que se atribuye en primer lugar a la fatiga, a la falta de sueño y a la *baby blues*.

De vuelta a casa, se sienten incompetentes, están paralizadas por el miedo a hacerle daño a su bebé. No tienen el decodificador. Se preguntan, asustadas, por qué carecen de ese instinto maternal con el que les machacaron los oídos desde que nacieron. Las mujeres crecemos con este dogma irrefutable: no hay mayor felicidad que tener un hijo. ¡Si supiera cómo me enfurece hoy esa frase! De modo que, abrumadas, callan ante lo que soportan. Para estas mamás primerizas, las visitas de familiares y amigos, que miran extasiados al bebé y felicitan a los padres, son momentos agotadores. Están en vilo, tratando de poner buena cara. Si rompen a llorar, se les aconseja que reposen, se saca a colación la *baby blues*, banal, casi inevitable, que se pasa en un santiamén y sin consecuencias. Todas las víctimas de la depresión posparto experimentan vergüenza y culpa. En el llanto de su bebé, escuchan su propio desamparo, un grito de socorro al que no logran responder. Les devuelve una imagen monstruosa de sí mismas. La verdadera soledad está ahí: cuando dan a luz a un niño, se encuentran a solas con él, incapaces de satisfacer sus necesidades, de ofrecerle ternura, amor. El nacimiento abrió una brecha que no sospechaban. Pasan los días, la ansiedad aumenta, se sienten una nulidad, se hunden en la desolación y acaban dejándose ir. A veces aborrecen a ese pequeño ser que envenena sus días y sus noches. No dramatizo. ¿Cuántas de estas mujeres han experimentado el impulso furioso y demencial de arrojar a su bebé por la ventana o de asfixiarlo con una almohada? ¿Cuántas

se han imaginado haciéndolo? Yo la primera. Les es imposible ser madres. Convirtiéndose en madres, dejan de ser ellas. Es su hijo o ellas. «Yo soy el cascarón que se rompió en mil pedazos para dejar salir al polluelo», dijo una de las mujeres de la maternidad donde me tratan. Esto describe perfectamente lo que sienten todas, convencidas de que no están a la altura. Por otra parte, no lo están. Y, sin embargo, sin su bebé, ya no son del todo ellas, porque les es imposible volver atrás, vivir sin él. Todas las mujeres que sufren de depresión posparto hacen el mismo comentario: han descendido a los infiernos.

Juliette

Cuando no está en la unidad de maternidad, Juliette intenta, como le han aconsejado, «vivir el momento». Los antidepresivos y los ansiolíticos la sumen en un estado lenitivo, que mantiene el dolor a raya. Le ha bastado escribir sobre la depresión posparto para sentirse mal otra vez. Escribir en nombre de todas las que son víctimas de la depresión para protegerse de ello era ilusorio. Le da vueltas la cabeza, el pánico se apodera de ella, pronto delirará. Por favor, que no se haya quedado embarazada, que no haya dado a luz, que todo vuelva a ser como antes de su nacimiento, que lo ha destrozado todo. Sí, quiere a su bebé, pero no desea hacerle daño, sobre todo, no hacerle daño. Es Adèle, la encarnación de la inocencia, a quien hay que proteger, quien tiene derecho a la felicidad. El monstruo es ella. Juliette se acurruca en el colchón. Respira lenta y regularmente. Tiene las píldoras a mano. Hundirse en el sueño.

Jeanne a Samuel

Verjus-sur-Saône, 21 de febrero de 2019

Estimado Samuel:

Si le gusta escribir en mantelitos de papel, por mí no se preocupe. Su letra es legible. Participar en un

taller de escritura en lugar de trabajar en un supermercado demuestra mucho sentido común. ¿Cuántos años tiene, Samuel? Me pareció entender que no estudia ni trabaja. ¿No se aburre? Cuando era niña pasaba las vacaciones de verano en Corrèze, donde mis padres habían heredado una casita. Pasábamos allí cuatro semanas, en plena naturaleza. ¡No puede imaginarse qué pejiguera! Menos mal que tenía la música. Era hija única, no tenía amigos, aparte de mi prima, que vivía al otro lado del pueblo. Mi prima se entretenía con lo primero que encontraba: lápices, rotuladores, cuentas de vidrio, de arcilla, cachos de azulejos… ¡Qué envidia me daba! Era muy mañosa. En comparación, yo era una nulidad. Quería que me admirase tanto como yo a ella y para eso solo tenía el piano. Así que, cuando venía a casa, tocaba alguna pieza. Una pérdida de tiempo. Casi siempre salía de la habitación al cabo de unos minutos, ¡plam!, dando un portazo. Una vez fuera, trepaba a los árboles con agilidad y, si jugábamos al escondite, ya se sabía quién iba a perder; se metía en escondrijos en los que a mí me daba miedo aventurarme. No me necesitaba para divertirse y me lo dejaba claro. Por más que quisiese lucirme ante mi prima, ella nunca me siguió el juego. Harta de no tener nada que hacer, decidí ir a la biblioteca del pueblo y empecé a leer. *Bel Ami,* de Maupassant, fue mi primer flechazo literario.

Si me hubieran dicho que algún día viviría en el campo, me habría reído. Vivo en una casa rodeada de viñedos. Me gustaría poder escribir «perdida entre viñedos», pero sería una exageración, dado el número de urbanizaciones que me rodean. Hadrien, mi marido, era médico de familia. Después de nuestros estudios en París, lo seguí a Lyon, donde abrió su consulta en el barrio de la Croix-Rousse. Durante años, di clases de música en nuestro piso. Luego Hadrien quiso instalarse en el campo, donde faltaban médicos (hoy siguen escaseando). Temía esta nueva vida, pero había una compensación: prados para acoger animales. Justo lo que quería. Nos instalamos en Verjus, un pueblecito de mil trescientos habitantes. Abrió su consulta. El sincero agradecimiento de los habitantes a nuestra llegada me consoló de haber tenido que marchar de Lyon. Seguí yendo varias veces por semana

para dar clase a domicilio y en el conservatorio. En Verjus también daba clases particulares.

Mi marido falleció hace casi diez años. Tenía cincuenta y nueve años. Era joven para morir. Yo tengo sesenta y siete. Me pregunta por qué hablé de ira en la reunión. Porque soy de esas a las que les gusta abanderar cruzadas. Es lo que me impulsa a levantarme por la mañana. Bueno, emprendo guerras muy pequeñas y mis victorias se cuentan con los dedos de una mano. Sin embargo, gracias a ellas, me siento viva, me siento —cómo decirlo sin que parezca utópico o ingenuo— inscrita en el mundo y la sociedad. Comprendo que los que me rodean me consideren una pesada de tomo y lomo, pero, en mi descargo, soy una guerrillera de alma sensible. Tengo pasión por los animales. Me gustaría que les diésemos el lugar que merecen entre nosotros, que los respetásemos. ¿Le gustan los documentales de animales, Samuel? En la televisión dan algunos estupendos. Todos los animales, desde los más pequeños hasta los más grandes, poseen una inteligencia particular, capacidades únicas, intuiciones geniales. No voy a hacerle una lista de todos los males que el hombre les ha infligido. Desconfío de los extremistas que les encuentran más virtudes que a los humanos, pero rindámonos a la evidencia: en cuestión de crueldad hacia los animales, para explotarlos al máximo, nuestros recursos y nuestra imaginación son inagotables. Me entristece. Ayer, sin ir más lejos, descubrí la Fiesta de la Sangre en Perú. Los toros se debaten bajo los picotazos de los cóndores cuyas patas están cosidas a la carne de su lomo. Tratan de desatarse, en una especie de rodeo insoportable. El cóndor hace sufrir al toro, el toro hace sufrir al cóndor. Un ritual entre otros muchos miles cuyo secreto solo conoce el hombre. Protejamos a los animales, respetemos la naturaleza o, tarde o temprano, lo pagaremos muy caro.

Lucho contra la cría intensiva de los toros de lidia, para que cesen los espectáculos de animales en Francia, contra la caza con visco y el sacrificio de los animales sin aturdimiento previo. Firmo peticiones, ayudo a las asociaciones a conseguir que las reciban, me reúno con políticos, directores de

organismos y fundaciones para tratar de sensibilizarlos en causas que les conciernen directamente. También echo una mano en verano en los refugios de mi región que recogen animales abandonados. Me es difícil seguir motivada al cabo de tantos años, cuando la mayoría de las veces la cosa termina en fracaso. Y, luego, obtengo una pequeña victoria y ¡úpala!, gano el impulso necesario para volver de nuevo al ataque.

Si le apetece, puedo hablarle de mis animales. ¿Tiene alguno?

También brego contra las urbanizaciones, que proliferan como setas en mi región. Soy muy consciente de que cada vez somos más en la Tierra, de que necesitamos construir viviendas y de que cada uno de nosotros debe tener un techo bajo el que cobijarse. Por esta razón, destruimos paisajes e invadimos la naturaleza un poco más cada día. Vale. No queda más remedio. Pero ¿es esa una razón para ignorar la estética? ¿Alinear cubos de hormigón idénticos? Me responden que para mí es muy fácil hablar, viviendo en una bonita casa de piedra. «¡Bah! ¡Estos de la ciudad!», piensan. No, a mí no me la dan con queso. Se puede construir algo hermoso y no necesariamente más caro. Algunos arquitectos o promotores cuentan desde el principio con los futuros propietarios. Tienen voz y voto en los exteriores y en el interior de los pisos, la distribución de las habitaciones, la decoración… Incluso hay piezas comunes, como la lavandería, un apartamento para invitados, una sala para organizar reuniones y fiestas. Me embalo, me acelero… Discúlpeme, Samuel.

Y, usted, por cierto, ¿por qué lucha contra las ganas de romperlo todo?

Afectuosamente,
Jeanne

Samuel a Jeanne

1 de marzo

Hola, Jeanne:

Como veo que no le molesta, seguiré escribiéndole en manteles de papel. Se me da bien escribir en ellos. Mi madre me dice lo mismo que usted (solo que ella en modo histérico): «Pero ¿no te aburres sin hacer nada?». Cuando mi hermano estaba en el hospital e iba a hacerle compañía por la tarde, el tiempo pasaba muy lento. No me atrevía a jugar con el móvil. Se suponía que debía hablar con él, pero no sabía qué decirle. Creo que se daba cuenta y le hacía gracia. Julien era tres años mayor que yo. Tenía un cáncer desde hacía tiempo. Murió el 25 de octubre de 2017, a los veintiún años. Bueno, estaba a punto de cumplirlos la semana siguiente. Hace poco me di cuenta de que no sabía desde cuándo estaba enfermo. Me da la impresión de que siempre lo estuvo, de haberlo conocido así, pero a lo mejor me equivoco. Un cáncer tras otro. A lo mejor nació con buena salud, normal. Un niño como los demás. Como yo. Estas son preguntas que empecé a hacerme después de su muerte. Antes no. Para mí era como si siempre hubiera estado enfermo y lo estaría toda su vida. No pensé que un día pudiera sanar o morir. No tengo las respuestas. No puedo hablar de esto con mis padres. Ya no hablamos nunca de él, se ha convertido en tabú. Me pregunto cómo hemos llegado a esto. En parte, me conviene. No sé qué hacer con la pena de mi madre. No tengo nada que la consuele. Ni las palabras ni los gestos, y me siento como una mierda. La oigo llorar en la cama, antes de que mi padre vaya para la habitación. Solían irse a la cama al mismo tiempo. Trata de no hacer ruido, pero la oigo. Nuestros tabiques son como papel de fumar. Reconozco ese ruido, el de los sollozos que se ahogan y mueren contra una almohada. De hecho, he crecido con ellos. A veces me entran ganas de romperlo todo, a veces me entran ganas de llorar. Desde que murió Julien, la llorera de mi madre todas las noches ya es

una manía. Mi padre se encerró en sí mismo. Toma medicamentos para aguantar. Él y mi madre se dicen lo mínimo. Intento recordar cómo eran antes de la muerte de Julien. De hecho, solo hablaban de eso: las últimas quimios, el nuevo protocolo, cuál de los dos podía librar para acompañarlo al fisioterapeuta, a la resonancia magnética… Julien ocupaba todo el espacio entre mis padres y yo, pero ahora me doy cuenta de que también entre mi padre y mi madre.

Mi padre ya no es capaz de dibujar. Yo no soy capaz de llorar. Es como si todo se hubiera bloqueado el día que mis padres me dijeron que se había acabado. Pensé que, de todos modos, no habría nadie para consolarme. No quería cargar a mis padres con otra pena. Los tres hicimos lo mismo. Llorar cada uno por su lado, para ahorrarnos la pena unos a otros. Fui al bosque para gritar. No salió nada. Una noche me emborraché, imagínese, ni siquiera pude vomitar. Estuve pedo dos días. Mi cuerpo es como una fortaleza. Me duele tanto que estoy tenso, en guardia constantemente. Me da la impresión de que, si lo libero, podría hacer una estupidez, romperlo todo. No sé por qué le cuento esto, no es su problema, pero como me preguntaba por mis ganas de romperlo todo…

No, no tengo animales. Me gustaría tener un perro. ¿Cuál es su mascota? ¿De qué murió su marido? De todas formas, no quiero tener hijos.

Me pregunta qué hago durante el día. Eso depende. Quedo con mi colega Ben, vemos juntos *Juego de tronos*, pero ahora mismo está trabajando en un restaurante y no es fácil quedar. Soy bastante friki, chateo en internet, le hago compras, pero no lo hago mal, le hago compras a mi madre, hago los recados cuando me lo pide. No leo. Veo un montón de series, es verdad. Me enganché con *Engrenages*, pero eso fue hace mucho tiempo. Cuando mi padre trae *Le Parisien*, le echo un vistazo. Francamente, los libros no son mi rollo. No me veo en una librería o en una biblioteca, me impresionan ese tipo de lugares. No sabría qué hacer ni qué elegir.

Los estudios no son lo mío. Era malísimo. Cuando Julien murió, la cosa fue a peor. Me expulsaron al acabar cuarto. Mi madre quiso matricularme en un colegio privado, pero le pedí que me dejara en paz

hasta final de año. Estuvo de acuerdo. De todos modos, ella pasa. Total, cuando mis padres volvieron sobre el tema, les dije que no, que me la sudan los estudios, que mejor tiraba por la formación profesional y me buscaba un curro. Pero la verdad es que no lo busqué. De eso hace un año y medio y sigo en las mismas.

Samuel

Jean a Nicolas

Bruselas-París, 22 de febrero de 2019

Hola, Nicolas:

Usted no está totalmente solo. Cuando mi mujer se fue, no podía hablar de ello. No podía reconocer que no sentía nada. Ni alegría ni tristeza ni consuelo.

Macha es rusa. Creció en Moscú. La conocí con ocasión de una serie de conferencias en París sobre tecnología de macrodatos y retos sociales. Intervenía en calidad de mánager de una gran cadena de cosméticos rusos. Salimos juntos y, después de unas cuantas idas y venidas entre París y Moscú, se vino a vivir conmigo. Macha era una mujer brillante y ambiciosa —lo sigue siendo—. Quiero aclararlo, porque el tópico de la mujer del Este que se casa con un europeo rico por su dinero es eso, un tópico que me pone enfermo. Por lo que respecta a nosotros, era absurdo. Hizo cursos intensivos de francés y encontró un puesto de directora general, también en el campo de la cosmética.

Seis meses después de conocernos, ya me estaba hablando de niños. A mí me parecía que teníamos mucho tiempo, toda la vida por delante. Estaba enamorado, quería disfrutar de ella, de nosotros. ¿A qué venía tanta prisa? Su deseo de tener un hijo me sentó como un jarro de agua fría. Es repugnante, pero recé para que no se quedase embarazada. Pero fue lo que pasó tres meses después. Tras el nacimiento de Boris, no encontré mi lugar. Supuso el fin de mi felicidad conyugal. Sentí que estorbaba. No era culpa de Macha.

Me habían cortado las alas. Emma nació dos años más tarde. No cambié nada en mi vida por haberme convertido en padre. Al contrario, me refugié en el trabajo.

Macha se enamoró de otro. No sentí dolor ni celos ni alegría ni ira ni alivio ni un ataque de ego. Boris tenía once años cuando nos separamos; Emma, nueve. Mi mujer y mis hijos hicieron las maletas y se fueron. Yo permanecí imperturbable, fiel a mi rutina, al ritmo que regía mis semanas, a mis reuniones, a mis comidas de negocios, a las llamadas telefónicas del extranjero a horas intempestivas. No se preocupe, enseguida me ocupo.

Nos divorciamos civilizadamente. No libramos ninguna batalla por el dinero, la custodia de los hijos o el piso. Le di lo que quería y me pareció justo. Se volvió a casar unos años más tarde, con un pintor francés de cierto renombre. No era por él por quien me había dejado.

En cuanto a las relaciones con mis hijos, son casi inexistentes. Tampoco es culpa suya. Yo soy el único culpable.

Hasta pronto,
Jean

Nicolas a Jean

París, 4 de marzo de 2019

¡Venga, Jean!

¡Espabile! La vida es corta. ¿A qué viene ese tono desengañado? ¿Siempre está así? Eso no puede ser, hombre. Detesto ese papel de víctima con el que parece regodearse. Su esposa, sus hijos…, ¿cómo que todo es culpa suya? Además, se queja de vicio. Por lo menos reconozca que ha hecho una carrera brillante. No pienso hablar con un tipo deprimido. No tengo ninguna necesidad, se lo aseguro, porque, si es por mierdas, a mí me ha tocado el gordo.

Algo de marcha debe tener y creer mínimamente en lo que está haciendo para motivar a sus equipos, ¿no? Lo

he buscado en Google y en *Les Échos* lo ponen por las nubes. Menudo retrato: mirada de acero, mandíbula de tiburón, traje negro con clase, ¡guau! Vamos a ver, los viajes, vale, parece que ya no le ponen. ¿No puede delegar y quedarse en París o en otro sitio? Personalmente, si no voy todos los días al Camélia con ánimo para batirme el cobre y dar lo mejor de mí mismo, mi equipo y mis clientes me lo hacen pagar caro. Estoy seguro de que usted tampoco tiene elección.

Me dice que las relaciones con sus hijos «son casi inexistentes». Bueno. ¿Y eso por qué?

Lo envidio por vivir en la calle Rívoli, aunque sea ruidosa. ¿Su piso tiene vistas a las Tullerías?

Esta mañana estoy pagando la jornada de ayer. No éramos suficientes en la cocina y, cuando es así, la presión se multiplica por diez. Tenemos que trabajar a destajo, improvisar, que todo esté atendido. Hasta ahí llego, pero no puedo hacer milagros. Detesto las soluciones de urgencia. Quiero que mis platos sean perfectos, sin excepción. Cuando eres chef, aprendes a vivir con estrés. Es intenso durante los turnos del mediodía y de la noche. Supongo que cuando envejezca lo gestionaré mejor.

¿Usted cocina, Jean? Sé que usted, sí, Esther, porque hemos hablado de ello. Por cierto, he estado mirando las especialidades del norte y voy a probar con el *waterzoï* y la *carbonade*. También con los gofres, cuando me reconcilie con el azúcar (pequeño paréntesis para Esther).

Mire, Jean, ahora voy a hablarle de mi esposa y de mi hija. Desde que nació Adèle, no sé en qué planeta vivo. He descubierto la inmensa dicha de ser padre. Lástima que usted haya pasado de largo. Para Juliette, su madre, ha sido todo lo contrario. Odiaba estar embarazada. Tenía pesadillas, se sentía fea, no soportaba caminar despacio, se quejaba sin parar. Un auténtico coñazo. Yo me comía el marrón; daba igual lo que hiciera o dijera, siempre la tomaba conmigo. Hasta entonces, Juliette no era ni caprichosa ni temperamental. No entendía lo que le pasaba, pero no me preocupaba. Simplemente estaba sorprendido y enojado. Eché la culpa de su actitud al embarazo. Capeaba el temporal como podía. Pensé que todo iría

mejor cuando naciese el bebé. Escondía la cabeza bajo el ala. Qué equivocado estaba. Había, qué sé yo, una actitud de cobardía en mi negación. No estaría mal un plato que se llamase «un qué sé yo», ¿no le parece? Tiene un toque evanescente y misterioso que me gusta…

Cuando volvió de la clínica, Juliette lloraba por cualquier cosa. Recuerdo que pensé: «¿Así que el dichoso *baby blues* era esto? ¡Pues sí que tarda en pasársele!». Le costaba ocuparse de Adèle, nada iba como Dios manda. Le daba el biberón cuando tocaba, la cambiaba a su hora, la cogía cinco minutos en brazos, pero estaba ausente. Actuaba como un robot. Cada vez más a menudo, cuando volvía del restaurante, encontraba a Juliette en nuestra habitación, con la puerta cerrada, tumbada en la cama, con los ojos abiertos como platos. Adèle lloraba en su cuna, pero no la oía. O no quería oírla. Era incapaz de decirme lo que le pasaba. Yo no entendía ni jota. Lo que amaba de mi mujer, toda su alegría, su energía, había desaparecido. Me dije que había que dar tiempo al tiempo con la esperanza de que mejoraría. En el restaurante, estaba tenso. A medida que pasaban los días, pensaba cada vez más que era una locura dejarlas solas a las dos. Desconfiaba de las reacciones de Juliette, pero no podía ver más allá de mis narices. Acabé por tirar la toalla. El drama, el verdadero drama, es que yo me negaba a hacerle frente. Iba y venía de casa al Camélia y del Camélia a casa. Ahora, cuando pienso en ello, me doy cuenta de que no me maté de milagro con la moto más de una vez. Quería que Juliette me hablara, pero no había manera. Francamente, la hubiera mandado a la mierda mil veces.

Hoy tengo un auténtico problema: no consigo borrar la imagen de Juliette en esa época. La de una mujer totalmente ida y ese ramalazo en la mirada. Estaba celosa de Adèle. ¿Se lo imagina? De su propia hija. Yo ni siquiera sabía que eso era posible. Me gustaría hacer desaparecer de mi memoria a esa mujer extraviada a la que no podía soportar. Algunos días me las vi y me las deseé para no empujarla fuera de la cama y que se moviese. Pero ojalá pudiera hacer desaparecer también al hombre que era entonces, incapaz de acudir en su ayuda, de tranquilizarla.

Desde entonces, soy consciente de que la depresión es una enfermedad que no entiendo. No puedo sentir compasión por los que la sufren. Me dan ganas de decirles: «¡Deja de quejarte y muévete de una puñetera vez! Pero ¿qué te crees, que puedes quedarte tirado a la bartola todo el día?». Ni se moleste en decirme que pierdo el oremus, ¡si lo sabré yo! Compréndalo, estaba hecho un lío. En esos casos, puedo ser un auténtico gilipollas. No digo nada y pongo mala cara, pero es para disimular.

La Juliette que tanto quería, la que creía conocer como la palma de la mano, mi amante, mi mujer, mi amiga, había desaparecido. La paciencia no es mi fuerte. Fui odioso con ella. Solo puedo decir en mi defensa que estaba cansado como una mula. Ella seguía levantándose a las horas que le tocaba para ocuparse de Adèle, luego volvía a acostarse o se sentaba en el sofá con una revista. El día en que me di cuenta de que no leía ni una línea, que solo miraba fijamente un punto en la página, me asusté. La obligué a pedir una cita con nuestro médico de cabecera. Pensé que se pondría furiosa, que se negaría en redondo. Aceptó sin decir ni mu, como si no esperase otra cosa. El muy imbécil le recetó vitaminas y reposo. Se despertará una mañana y el *baby blues* habrá desaparecido, le aseguró. ¡Qué majadería! Perdimos dos meses. Su estado se deterioró. En realidad, tenía una depresión posparto. Era la primera vez que oía hablar de esa enfermedad. Luego, pasaron muchas cosas. Fue internada en un hospital psiquiátrico antes de ser trasladada a la maternidad. Después volvió a casa y luego nos dejó a Adèle y a mí. Hoy nos escribimos. Mi madre ha venido a echarme una mano. Mis horarios son algo chungos para contratar una canguro.

¡Si me hubieran dicho que algún día le contaría todo esto a un tipo que nunca he visto delante… y a usted, Esther!

Venga, como dice un amigo mío, hasta luego, Lucas.
Nicolas

Jean a Esther

París-Bruselas, 22 de febrero de 2019

Hola, Esther:

Por una vez y sin que sirva de precedente, viajo en el tren. Como parece muy interesada por la meteorología, le gustará saber que está lloviendo. La campiña bajo el cielo gris me da morriña.

He releído la primera carta que le envié. Es la carta de un individuo sombrío, aburrido y quejica donde los haya. Yo que usted mandaría a tomar viento a un tipo tan irritante como yo.

París es mi ciudad, donde he nacido y vivido. Soy el segundo de los cuatro hijos que tuvieron mis padres. Todos fuimos a un internado hasta llegar a la universidad. Después de sus estudios en la Politécnica, mi padre desarrolló una exitosa carrera en el sector privado; mi madre estudió Empresariales. Vaya usted a saber por qué, no creo que ni ella misma lo sepa. Da igual, porque, una vez casada, decidió no trabajar. Se casaron por la iglesia. Mi madre se volvió muy practicante, mi padre no lo era especialmente. Vivíamos en la avenida Foch. Nuestros padres eran estrictos, muy puntillosos con los buenos modales, pendientes del qué dirán, pero no eran malos. Tenían una cosa en común: no estaban hechos para tener hijos. Pero ya sabe, «los que Dios quiera…». A diferencia de mi padre, mi madre procedía de un entorno muy modesto. Mi abuela materna, Manine, a quien mencioné en mi carta anterior, trabajaba en los grandes almacenes Étoile en el distrito XVII. Creo que ahora es una Fnac. En aquellos pequeños grandes almacenes me sentía como en mi casa. Eran de dimensiones humanas, no como las Galerías Lafayette y los almacenes Printemps, adonde mi madre me arrastraba para vestirme. Manine era remalladora, un oficio que prácticamente desapareció con ella. Tengo entendido que la última remalladora trabajaba en la calle Tronchet. Cuando escribo esto, me da la impresión de haber nacido en el siglo xix. En fin, mi abuela era cariñosa, divertida, y no tenía pelos en la lengua. De sus nietos, yo era su preferido y no lo

ocultaba. Mantenía una relación distante con su única hija. Desde su matrimonio, supongo. «¡Ay, mi rey! Lo de tu madre es demasiado para mí, qué quieres que te diga, meapilas y nueva rica», me decía. Lo que más la mortificaba no era que su hija se las diese de burguesa, sino que se avergonzase de la profesión de su madre, hasta el punto de pedirle que dejara el trabajo de remalladora, argumentando que ella se podía ocupar de satisfacer todas sus necesidades. Manine ni siquiera quería oír hablar de ello. Lo que mi madre no podía concebir era la satisfacción que sentía mi abuela yendo a su trabajo cada mañana. Manine había nacido para los trabajos meticulosos, que requerían destreza y concentración. Se sentía a gusto con sus clientas, la mayor parte de clase media, tan modestas como ella, que le confiaban sus medias y sus leotardos. Remallaba el nailon, disimulaba los rayones, camuflaba los enganches, cogía los puntos a las medias, detenía las carreras. «Me gano las habichuelas», me decía orgullosa.

Mis padres me dejaban quedarme a dormir en su casa los sábados por la noche. Con una condición: que mi abuela me llevase a misa al día siguiente, a Levallois, cerca de su casa. Lo prometido es deuda: fuimos allí una vez, para aprender el nombre del sacerdote y ver el lugar, por si acaso. Manine temía que mi madre apareciese de improviso, así que nos pasábamos la hora de la misa en un café, justo enfrente de la iglesia. Yo pedía un refresco de granadina, ella una cerveza, y jugábamos a las cartas mientras vigilábamos las idas y venidas. Teníamos un plan: si uno de los dos veía a mi madre, teníamos que salir disparados del café y entrar en la iglesia por una puertecita lateral que permanecía abierta durante la ceremonia. Nunca se dejó caer por allí. A menudo me he preguntado si nuestra estrategia habría funcionado. Hoy estoy convencido de que mi madre no se chupaba el dedo.

Iba a ver a mi abuela a los Almacenes Étoile siempre que podía. Me encantaba verla trabajar, sentada detrás de su mesita de madera, con la cara concentrada sobre su labor iluminada por un flexo. Yo hacía tiempo en el departamento de libros hasta que ella terminaba. Podría pasarme horas y horas entre

los estantes de la colección Bibliothèque Rosse et Verte. Tan pronto como aparecía un libro del Club de los Cinco o de Los Siete Secretos, me lo regalaba. Tenían más valor que los que mis padres me compraban, o yo con mi paga. Luego nos íbamos a su casa, en autobús, a Levallois-Perret. Me hacía las mejores patatas fritas del mundo y un gratinado de calabacines con bechamel de chuparse los dedos. Me mimaba, me llevaba a merendar al bosque de Boulogne, al parque de atracciones del Jardín de Aclimatación, o íbamos al cine en los Campos Elíseos. Qué felicidad. La quería y estaba pendiente de ella. Con ella di lo mejor de mí mismo.

Manine pasaba la fiesta de Navidad en casa; mis abuelos paternos, también. Eran muy amables con nosotros, pero un poco distantes. O tal vez era yo quien lo estaba con ellos. Solo los veía dos veces al año, apenas los conocía. La velada era un verdadero suplicio. En casa, en nuestro gran piso haussmaniano, Manine era otra. Apenas se atrevía a mirarme. Enterrada en un profundo sillón de cuero negro, se convertía en una cosa muy pequeña. Se sentía fuera de lugar, desplazada, en aquel frío ambiente de diseño. No decía ni una palabra. Sostenía su copa de cristal de Baccarat con muchísimo cuidado. No le gustaba el champán; hubiera preferido una Leffe, su cerveza favorita, algo naturalmente impensable. La observaba, incómoda, a disgusto. No podía hacer nada por ella, excepto dirigirle sonrisas, que no veía o fingía no ver. Nuestro salón era tres veces más grande que su piso. El lujo en el que vivíamos la intimidaba. Me hubiera gustado cogerla de la mano y escaparnos a su casa para atracarnos de patatas fritas, apoltronados en su viejo sofá desfondado delante de la tele. De nuevo cómplices. Nunca hablábamos entre nosotros de aquellas Navidades atroces. A la semana siguiente, actuábamos como si no hubieran existido.

La relación entre madre e hija era simple y triste a la vez. Para impresionar a la primera, la segunda tiraba la casa por la ventana, en un despliegue de ostentación, cuando debería haber sido discreta, sacrificar el boato a la dulzura y la simplicidad. Vivir en el lujo tranquilizaba a mi madre. La manera en que había negociado con el más allá aquella

debilidad culpable es un misterio. La cuestión es que era incapaz de imaginar que alguien pudiese pensar de otra forma. En cuanto a mi abuela, no hacía ningún esfuerzo por acercarse a su hija. Criticaba y rechazaba sistemáticamente todo lo que venía de ella. Yo no lograba imaginármelas jóvenes, madre e hija bajo el mismo techo. Manine decía de su yerno, con mucha retranca, que era «feliz como una perdiz». Estoy seguro de que le daba pena.

Esa fue mi infancia, tanto lo bueno como lo malo. No odiaba el internado ni me gustaba. Lidié con él. El lugar era agradable, la mayoría de los profesores eran simpáticos y había un buen ambiente. Hice muy buenos amigos allí.

Pero hábleme de usted, Esther. Solo sé que vive en Lille, que es librera y organiza talleres de escritura. Cuénteme más.

Cordialmente,
Jean

P. S.: Por cierto, creía que en nuestra primera carta estábamos obligados a decir contra qué luchamos. ¿La profe está exenta?

Esther a Jean

Lille, 28 de febrero de 2019

Jean:

Sin el derrame cerebral que mató a mi madre, no creo que mi padre, dotado de un carácter independiente, que pasó su juventud recorriendo de mochilero los cuatro puntos cardinales de la Tierra, hubiese sido el que fue conmigo, preocupado, pendiente de mis menores deseos, dedicado a mí en cuerpo y alma. Hay un antes y un después en la vida de François Urbain. Si le gustan las novelas policíacas, quizá haya leído a François Perceval. Era su seudónimo.

Era profesor de lengua en el instituto, pero pidió la excedencia a los cuarenta y tres años para dedicarse a escribir. Con el rigor de un metrónomo,

publicaba una novela cada dos años, que tenían cierto éxito. Novelas negras y desesperadas. Con sus lectores mantenía las distancias. Cuando tenía que relacionarse con ellos, en las ferias del libro o en las librerías, mi padre no se mostraba muy amable. Era taciturno. Respondía las preguntas a regañadientes, deseando terminar lo antes posible. Apenas esbozaba una sonrisa cuando le decían lo mucho que les había gustado su libro. Sin embargo, sé que aquellos cumplidos y agradecimientos lo halagaban.

Yo aparecía en todas sus novelas, de heroína o de simple figurante. Fui camarera en un bar de un hotel espeluznante en París, vigilante de museo en Ámsterdam, un cadáver rescatado a las tantas en el Loira a su paso por Nantes, una mujer desaparecida en Arcueil… Físicamente, me describía como era; psicológicamente, exageraba una barbaridad mis rasgos de carácter. En fin, como los veía él. Era divertida, inteligente, testaruda, enojadiza y soñadora. De niña a adolescente, de joven a mujer madura, crecí con su obra. Los papeles de cadáver o de víctima no me gustaban. Cuando protestaba, se hacía el loco. «¿Por qué crees que se trata de ti? No habrás olvidado lo que es una novela, ¿no?», me decía socarrón, sin esperar mi respuesta. Su primera fuente de inspiración era su melancolía. Yo era la segunda. O al revés.

Lo notaba pendiente de mí cuando íbamos al parque y me alejaba para jugar. Adivinaba su preocupación cuando me dejaba en una fiesta de cumpleaños. Manifestaba un entusiasmo más que dudoso, por excesivo, en la ventanilla del autobús que me llevaba a una salida con el cole. Un dolor de cabeza, un lunar que le parecía sospechoso, una digestión difícil y salíamos disparados al médico.

Fue el 15 de octubre de 1982, a última hora de la tarde, cuando la vida de mis padres dio un vuelco. Mi padre estaba leyendo en el sofá de la sala. Hélène, mi madre, se inclinó para besarlo rápidamente, antes de salir a comprar manzanas. Ella bajaba ya las escaleras del edificio cuando él levantaba apenas la cabeza de *Así en la tierra como en el cielo,* la novela de René Belletto. De regreso a casa, mi madre estaba solo a unos pasos de nuestro edificio cuando

se desplomó en la acera. Las manzanas salieron rodando de la redecilla de la compra para ir a parar a la cuneta. Sus largos cabellos rojos le ocultaban el rostro, que había chocado contra el bordillo. No se movía, parecía dormir. Su cerebro se ahogaba en un baño de sangre. Una hemorragia debida a una arteria que se había roto. La sangre se derramaba con la fuerza de un dique que acabase de ceder, destruyendo todo a su paso. Cuando la vecina llamó a la puerta para avisarlo de que Hélène había tenido «una indisposición», mi padre pasaba la última página del libro. Todo lo que le quedaba por leer era el epílogo, que copio aquí para usted:

Fuimos felices. Me llené de su olor, de sus cabellos, cuyos reflejos multiplicaba una lamparilla encendida lejos de la cama, de su carne joven, de sus manos finas, firmes, elegantes, que estreché y besé miles de veces y con las que ella acarició mi cuerpo miles de veces.

El coma fue breve. Mi padre y los médicos no tuvieron tiempo de considerar una intervención, de prepararse para un nuevo ataque o de hacerse preguntas sobre el posoperatorio y las probables secuelas, la rehabilitación, las reformas necesarias… Mi madre no les dio la oportunidad de titubear ni de esperar. Era una mujer resuelta, no soportaba los ínterin ni las moratorias; con ella, era todo o nada. Lo demostró por última vez muriendo rápido y sin prórroga.

Hacia las seis de la tarde, mi padre se preguntaba si la tarta de manzana estaría lista para la cena. Al día siguiente, al amanecer, tomaba un ascensor hacia la morgue con el cuerpo de su mujer tendido en una camilla cubierta con una sábana blanca. Caminaba a su lado, estrechando la mano que sobresalía del sudario.

Se certificó su muerte el 16 de octubre de 1982, a las 3:03 h, en el Hospital Universitario de Lille. Mi padre pasó largos minutos con la cara hundida en sus cabellos para, me escribiría más tarde, «capturar su olor, una mezcla de geranio y tierra después de la lluvia». Desde ese día, se negó obstinadamente a comer manzanas, como si fueran las responsables. Al ver una compota o una tarta, giraba la cabeza. Abandonó la novela de Belletto sin leer las últimas

líneas. Jamás sabrá cómo termina la rocambolesca historia de David Aurphet. Yo sí. David Aurphet me recuerda a mi padre. Al igual que él, era algo depresivo, escéptico y propenso al humor negro.

Por supuesto, no recuerdo la muerte de mi madre. Pero mi padre me la contó tantas veces que forma parte de mi vida. La he interiorizado, la he convertido en mi verdad.

Pocos días después del entierro, mi padre llevó a cabo una concienzuda investigación. Preguntó al frutero que le había vendido las manzanas si había notado algo raro, alguna vacilación en el habla, la vista o el equilibrio. La respuesta fue negativa. Revolvió en los cajones de la cómoda, encontró análisis de sangre de hacía cinco meses, se los mostró a su médico, con la esperanza de que detectaría, entre leucocitos, plaquetas y lípidos, una dosis alarmante, un nivel anormal que hubiese pasado inadvertido o que mi madre hubiese preferido ocultar. Los resultados eran inmejorables. Hélène Urbain, de treinta y cuatro años, escultora, que no fumaba, bebía moderadamente, corría los domingos por la mañana, iba a clases de tango todos los martes con su marido, tenía muchos años de vida por delante. Mi padre habría querido descifrar los signos precursores de la muerte de su mujer. Si descubría que no había estado suficientemente atento, podría atribuirse la responsabilidad de su muerte. Hundirse en la desesperación. Era lo único que buscaba.

Yo tendría unos diecisiete años cuando liberó la presión que ejercía sobre mí. Es absurdo si lo piensas. Es la edad en la que tus amigos acaban de sacar el carné de conducir, se ponen al volante cuando han bebido demasiado, la edad en la que circulan las drogas, en la que las chicas se enamoran del primer imbécil que aparece…

Mi padre se suicidó hace dos años, en su casa, sin dejarme una carta de despedida, sin una explicación. Desde entonces, estoy enfadada con él.

La descripción que he hecho de él es la de un agonías, un pusilánime, pero eso es solo una parte de la verdad. Era un hombre lleno de ilusiones y de ambiciones para los dos. Me transmitió su amor por los viajes y la literatura. Durante las vacaciones,

visitábamos casas de escritores. La de George Sand en Nohant-Vic, las de Balzac y Víctor Hugo en París, la de Cervantes en Valladolid, la de Colette en Saint-Sauveur-en-Puisaye, la de Jean de La Fontaine en Château-Thierry, la de Edmond Rostand en el País Vasco. Incluso fuimos a Estados Unidos, siguiendo los pasos de Steinbeck en Salinas y de Faulkner en Oxford. Me dio una infancia y una adolescencia maravillosas.

Todos y cada uno de nosotros edificamos nuestra vida adulta sobre nuestra infancia. Es más o menos sólida, más o menos estable, más o menos íntegra, pero dice mucho de nuestros miedos, de nuestras incapacidades, de nuestros entusiasmos y de la pasión que nos anima. Antes de ir más lejos en nuestro intercambio epistolar, tenía que hablarle de mi pasado y era importante que usted me hablara del suyo. Lo prometido es deuda.

Como creadora del proyecto, tenía la intención de pasar por alto la pregunta que ha hecho bien en dirigirme: «¿Contra qué lucho?». Después de lo que acabo de contarle, puedo responder que, sobre todo, lucho contra la ira.

Dígame por qué cree haber traicionado a su abuela.

Por cierto, en lo de la meteorología, se equivoca, me trae al pairo. Estoy rodeada de gente que se pasa la vida preocupada por el parte meteorológico, quieren saber el tiempo que hará dentro de dos horas, mañana, dentro de una semana… Es práctico para saber cómo hay que vestirse, para organizarse según haga buen día o llueva, pero esa costumbre me exaspera. O, mejor dicho, me angustia. Me gusta que los días me reserven sorpresas, y los cambios de tiempo son parte de ello. Un día gris o soleado no influyen en mi ánimo. No me preocupa hacer el ridículo con mi vestido y mis sandalias bajo la lluvia o con botas y calcetines cuando hace calor —algo muy raro, lo reconozco, si se vive en Lille.

Cordialmente,
Esther

Casi nunca me acuerdo del cumpleaños de mi primo. Este año,

sí. Incluso fui la primera en felicitarlo. Cogió el teléfono Alma. Raphaël dormía aún. Hablamos un momento, antes de que me lo pasara. Es cierto que empecé con reproches. ¿Por qué no vivía con Alma? ¿Por qué no tenían un hijo? Acabaría dejándolo y con razón. Luego se convertiría en un solitario y un viejo cascarrabias. «Nadie como tú para desearme un feliz cumpleaños, querida prima. Eres la alegría de la huerta.» Prorrumpimos los dos en carcajadas y le pedí perdón. Me habló de su viaje a Estocolmo, con Alma, programado para junio. De un restaurante al que nos llevaría la próxima vez que fuese a París. Me preguntó cómo me iba con mis alumnos. Adiviné su sonrisa al otro lado del teléfono, no se tomaba mi taller en serio. No le oculté mi entusiasmo. «¡Es impresionante! Aprovechan el taller para confiar en desconocidos, haciéndose preguntas, tanto a sí mismos como a los demás, sobre problemas existenciales que no logran resolver solos. Es formidable, desconcertante, pero estoy enganchada. Te sorprendería lo rápido que se familiarizaron entre ellos. Creo que hacerles la pregunta "¿contra qué lucho?" en la primera reunión y proponerles responderla en voz alta aceleró las confidencias. Por cierto, me pregunto qué responderías tú. — Se echó a reír. Luego añadí—: Me las veo y me las deseo para no interferir en sus vidas privadas cuando nos llamamos por teléfono. No soy su psicóloga, sino su profesora.» Raphaël respondió amablemente que estaba convencido de que me manejaba muy bien como directora, porque sabía combinar la cordialidad con la exigencia. «Tal vez tengas razón al no querer tener hijos, le dije. Cuanto más aprendo sobre ellos, más me digo que la maternidad y la paternidad a veces son campos minados que pueden hacernos caer en el lado oscuro de la fuerza. Es increíble lo que todos llevamos a cuestas.»

Nicolas a Juliette

París, 25 de febrero de 2019

Juliette:

A lo mejor, la última vez volviste a casa antes de tiempo. Ninguno de los dos estaba preparado. Yo era incapaz de reflexionar, carecía de perspectiva, tanto sobre ti como sobre nosotros dos. Espero que no me lo tomes a mal, pero nuestra separación ahora mismo es un alivio para mí. Me pilló por sorpresa. Es como si saliese de un tornado. Noqueado pero vivo. Hemos pasado meses hiriéndonos, resentidos el uno con el otro. Cuando estabas embarazada, no entendía por qué eras tan dura. Parecías otra. Pensé como un idiota que estabas cansada y que todo saldría bien. Bueno, ya hemos hablado de ello, probablemente no tiene sentido escribirlo, porque no hay vuelta atrás, pero, ya ves, es una obsesión: ¿cómo no me paré a reflexionar y me conformé con un «todo irá mejor cuando nazca el bebé?». ¿Cómo he podido vivir contigo durante dieciséis años conociéndote tan poco? ¿Cómo pudiste ocultarme cosas tan esenciales y vitales? No confiaste en mí y no sé por qué. Estaba furioso, primero contra mí y luego contra ti. Cuando dije en el taller que lucho contra el sentimiento de culpabilidad, alzaste tus bonitas cejas, en las que me gusta darte un beso cuando las veo crispadas, y te mordiste el labio inferior, signos en ti de un profundo escepticismo. Por supuesto que siento remordimientos. Cuando estabas embarazada, fingí que todo iba bien. Luego, cuando nació Adèle, me faltó paciencia y me negué a ver la gravedad de tu estado.

No sé si quieres volver a sacar a colación estos temas. Creo que es necesario. ¿Qué te parece? Porque no tenemos otra opción, ¿no?, aparte de escribirnos.

Si quieres que hablemos de Adèle, tiene que salir de ti.

Cuando vienes a recogerla, mi madre se alegra mucho de verte. Se entiende muy bien con la niña, pero no sé por qué te digo esto, ya te habrás dado cuenta. Para mí es más duro. Volver a vivir con mi madre a los cuarenta y un años no es plato de buen gusto. Los dos ponemos de nuestra parte. Tiene que volver a Bourg-en-Bresse el próximo fin de semana. Mi hermana se ofreció a venir a ayudarme. Le dije que sí.

Respóndeme, dime cómo estás, no me dejes en vilo.

N.

P. S.: No te olvides de recoger tu correo.

Juliette a Nicolas

Malakoff, 28 de febrero de 2019

Nicolas:

Si supieras cuánto me gustaría escribirte que estoy mejor y que, lenta pero segura, voy subiendo la pendiente. Por desgracia, aún no he llegado tan arriba. Cuando me parece que hay una mejora, que por fin he dejado el fondo del pozo, al día siguiente vuelvo a caer. Afortunadamente, tengo la panadería. Sin ella no podría aguantar. En el obrador soy capaz de olvidarlo todo. Desde que me cambiaron los somníferos, duermo mejor, ya no tardo dos horas en emerger del sueño.

Me he instalado en Malakoff, en la trastienda de la panadería que utilizaba de trastero. En este cuartito minúsculo me siento segura. Como ya estoy aquí, soy yo quien se encarga de abrir la panadería. Émeline y Antoine llegan más tarde. Levantar la persiana al amanecer me recuerda nuestros primeros años en París.

Te haces preguntas que no tienen razón de ser. ¿Cómo puedes creer que te ocultaba cosas? No te las ocultaba a ti, sino a mí. En primer lugar, ¿cuáles son esas «cosas»? Hay que ir al origen. ¿Qué es lo que fallaba? ¿Qué clase de monstruo enterrado en lo más profundo de mí surgió con el nacimiento de Adèle? ¿Qué es la maternidad? ¿El período sublime de nuestra existencia que nos han vendido desde hace siglos? ¿La plenitud? ¿La tan cacareada felicidad? ¿El sueño realizado? Para mí, el parto marcó mi descenso a los infiernos. ¡Si supieras lo doloroso que es, lo que me cuesta ir a los orígenes! Retrocedo en el tiempo con mi psiquiatra, a regañadientes y forzada.

Cuando Esther me preguntó contra qué lucho, pensé en muchas cosas: contra la renuncia, la locura, el deseo de morir, la huida, la ira, el hundimiento. Elegí el hundimiento: sin duda alguna, es la sensación más aterradora que viví durante los primeros meses de depresión.

Cuando voy a buscar a Adèle, me paro un rato a charlar con tu madre. No estoy muy cómoda. Me conoce lo suficiente como para darse cuenta, no tengo ninguna duda al respecto. Por mi culpa, se trasladó a nuestra casa para ocuparse de nuestra hija. Es tranquilizador. Gracias a ella. No tengo palabras para decirle lo mucho que le debo. Pero no puedo evitar odiarla por ello. Ha ocupado mi lugar con Adèle. El que le he dejado, soy consciente de ello. En este momento estarás pensando que no se puede estar más confusa ni ser más contradictoria, ¿no? Tienes toda la razón. Soy detestable, exasperante. Una mierda.

Confío en ti, no tengo ninguna confianza en mí misma. Tú no tienes nada que reprocharte. Has hecho lo que has podido. Nada de lo que me pasó estaba escrito.

¿Por qué no quieres hablarme de Adèle?, ¿por qué dices que tiene que salir de mí?

Con todo cariño,
Juliette

Los ausentes

Jeanne a Juliette

Verjus-sur-Saône, 27 de febrero de 2019

Querida Juliette:

Antes de recibir su carta, apenas sabía nada de la depresión posparto. No habría sido capaz de distinguirla del *baby blues*. En la esposa de un médico, es imperdonable.

Disfruté estando embarazada. Para mí, que no quería tener hijos, la maternidad fue una revelación. Aurélie era una niña muy despierta, con un carácter tremendo. Su padre estaba loco con ella. ¡No sé cuántas caminatas hicieron los dos, cuántas pistas de esquí bajaron! Hasta segundo, Aurélie no era una alumna especialmente brillante. Pasaba justita de curso cada año. Su padre y yo no éramos demasiado exigentes. No logré transmitirle mi amor por la música. Estaba dotada para el deporte, sobre todo para el baloncesto y el atletismo. Una noche, cuando estudiaba tercero, nos anunció solemnemente que quería ser médico. Por supuesto, a su padre se le caía la baba, pero, igual que yo, supuso que era un capricho pasajero. Incluso nos reímos, como un par de bobalicones. Nos equivocamos. Estudió Medicina en París y se especializó en ginecología. Tenía veintiún años cuando murió su padre. Primero ejerció en un hospital de París, luego eligió la labor humanitaria. Quería viajar, ayudar a los demás. En aquella chiquilla que no paraba quieta en ningún sitio, que saltaba a la otra punta del mundo cuando podía, la decisión era lógica. Trabajó en varios países africanos, estableciéndose finalmente en la República Centroafricana. Se fue alejando de mí, lenta pero decididamente. Sin embargo, estábamos muy unidas. Al principio, volvía tres semanas en verano. Luego, dos.

Después, ninguna. Los tres primeros años, sorprendida por su ausencia, le propuse visitarla varias veces. Siempre tenía una buena razón para impedírmelo. Que si no sabía dónde estaría en las fechas que le sugería, que si la zona era demasiado peligrosa, que si esas eran precisamente las semanas en las que había pensado regresar a Francia… Al cabo de un tiempo, ante mi insistencia, me dijo, en un mensaje demoledor, que no iba a disponer de tiempo libre. La llamé, le escribí, le envié correos electrónicos… Sus respuestas no podían ser más lacónicas: «Hola, mamá. Gracias por tu carta. Deja de preocuparte por mí. Estoy bien. Espero que tú también. Besos». Fíjese lo que me escribía en algunas de sus cartas, Juliette: «No puedo recibirte en mi casa en este momento. Quizá más adelante, pero hablaremos de ello a su debido tiempo. Besos».

No sé en qué momento me equivoqué. Hubo algo que pasé por alto, algo que no vi, que no entendí. Debería haber ido a verla sin más, sin avisar. No darle opción. Habría visto lo que no quería o no podía ver. Me faltó valor y la idea de imponerme me repugnaba. He repasado miles de veces nuestros recuerdos en común, sin encontrar nada. ¿Dónde estaba el fallo? ¿Qué había hecho mal? ¿Había cometido ella algo censurable? Me volvía loca buscando una explicación, volviendo al pasado una y otra vez. Me devanaba los sesos en vano. Era un callejón sin salida.

Después de uno de sus correos electrónicos, con el que me deseaba una feliz Navidad, sin ternura ni remordimientos, decidí no volver a escribirle si no tomaba ella la iniciativa. No quería mendigar ni suplicar más. Había llegado a una triste conclusión: con mi insistencia, lo único que pretendía era que sintiese lástima por mí. Ya estaba bien de rebajarme, de empeñarme en verla, en entenderla. Hablarle de mi preocupación se había vuelto insoportable. Sobre todo, porque ella no se dignaba mostrarme que estaba harta de mis preguntas. Después de años de tensión, yo estaba nerviosa y agotada. ¡Ya estaba bien! Esperaba que, sin mis noticias, reaccionaría. No fue así. Iba a tener que vivir con este vacío en el estómago, esta ausencia irreemplazable. No hay un día

en el que no piense en ella. Me envía un correo electrónico cada año por mi cumpleaños y otro por Navidad. Le contesto en un tono neutro, como el suyo. No le sorprende. Ya no me escribe que volverá el próximo verano. Mi actitud debe haberla liberado de un peso. Es la conclusión a la que he llegado.

No tenemos que aceptarlo todo de nuestros hijos ni perdonarlo todo. No estoy mejor. Pero vivo mejor.

Jeanne

Juliette a Jeanne

Malakoff, 5 de marzo de 2019

Buenas noches, Jeanne:

No recuerdo haberle comentado que en la panadería de la calle Montreuil tengo un horno de leña. Es uno de los últimos que quedan. En mi trabajo, es difícil retener a los empleados. Me ataba demasiado a los míos. Hacía castillos en el aire. Formaremos una familia, evolucionaremos juntos, los haré crecer, seremos uña y carne, amigos, ante todo. Algunos tenían dotes para el oficio, pero todos acababan dejándome. Pensaban que era demasiado duro y estaba muy mal pagado. Empezaban por la mañana temprano, terminaban muy tarde, a menudo trabajaban los fines de semana… Cada abandono me sacaba de quicio. ¿Por qué demonios habían elegido la panadería? Cuando dejé mis estudios de letras para hacer pan, sabía a qué atenerme. Ellos parecían estar en la luna. Que si se habían equivocado, que no pensaban que iba a ser tan duro… Algunos querían viajar, ver mundo, no sentirse prisioneros, no caer en la rutina. Otros se iban a trabajar a las cadenas que producían panes industriales. Estaban mejor pagados y los horarios eran más regulares. No podía evitar ser odiosa con ellos: «Estupendo, ya que prefieres hacer chicle y tumbarte a la bartola, tú mismo. Vas a tener un futuro de mierda». La verdad es que estaba furiosa porque no podía permitirme retenerlos. Cuando abrí la primera panadería, el banquero estaba ojo avizor. Y

luego, con la vorágine diaria, olvidé mis buenos propósitos de animarlos y elogiarlos más. Terminé admitiendo que se podía amar la panadería sin dedicarse en cuerpo y alma, sin ambición desmesurada (como la mía). He aprendido a ser más tolerante, menos controladora. Eso también se lo debo a mi trabajo: me ha cambiado para mejor. Me faltaba indulgencia. Era una masa demasiado dura, demasiado fría, recién sacada de la nevera, que había que amasar, heñir, acariciar, bregar, para que alcanzase toda su flexibilidad, toda su esponjosidad.

Saludos,
Juliette

Jeanne no sale de su asombro. Es como si Juliette no hubiese leído su última carta. Ni un comentario sobre Aurélie. ¡Qué falta de consideración! ¿Qué le costaba mostrar un poco de compasión? ¿Acaso cree que es fácil para ella escribir sobre la ausencia de su hija? Sorprendentemente, Juliette tampoco habla de su depresión. Qué cosa más rara, piensa Jeanne, pasar así de repente a sus primeros pasos en la panadería y sus problemas de contratación.

Jeanne relee la penúltima carta de Juliette, del 24 de febrero. Le hablaba por primera vez de la depresión posparto, pero aún no era capaz de abordar su caso personal, por miedo a recaer. Tal vez sea una maniobra de distracción, a la espera de hallarse preparada. Jeanne decide seguir los pasos de Juliette, dejarla a su aire y esperar a que reaccione.

Nicolas a Juliette

París, 3 de marzo de 2019

Juliette:

Cuando llego al rellano de nuestro piso, es tu ausencia la que me espera detrás de la puerta. Se me echa encima, me derriba y me deja KO. Me levanto y hago como si no pasara nada. Mi madre y Adèle me

esperan.

Me gusta que seas contradictoria. Me sorprende que creas que es nuevo, cuando lo has sido siempre. De acuerdo, no hasta ese extremo. De todas formas, no nos escribimos para andarnos con remilgos, sino para avanzar. Si no somos sinceros, si no ponemos toda la carne en el asador, no nos heriremos, pero fracasaremos. Durante meses me rechazaste, me mirabas como a un extraño. Peor aún, como a un enemigo, cuando no podías ocuparte de Adèle y yo lo hacía por ti. Prefiero tu irritación y tus bufidos, tus emociones frágiles y turbulentas, cualquier cosa antes que el odio o la indiferencia. Estás mejor. Has vuelto a trabajar, pasas dos medios días a la semana con Adèle en la maternidad, avanzas con tu psiquiatra. Es culpa mía no haber tenido paciencia, no entender lo que te ocurría. Durante todos estos años a tu lado, debería haberte preguntado más a menudo sobre tu infancia. Pensé que habías asimilado la tuya por arte de birlibirloque. ¡Qué ingenuidad! Al respetar tu silencio acerca de ese asunto, sobre todo he sido muy perezoso.

Sí, lo mantengo, si quieres que hablemos de Adèle, la iniciativa debe venir de ti. ¿Puedes hacerlo sin que sientas por ello más tristeza, culpabilidad o cualquier otra cosa? Necesito saberlo con seguridad. En tus cartas no expresas ese deseo. Simplemente me preguntas por qué no lo hago yo. Acláramelo. Si puedes y te apetece, háblame de vuestras citas en la maternidad.

Por el Camélia todo bien, a pesar de mis problemas de personal. Yannick enfermó (¡varicela a los treinta y cinco!) y luego lo hizo Bernadette (una bronquitis). Resultado: estuvimos en danza toda la semana. Cuando se reincorporen, me pondré a trabajar con lo insípido. Tengo que agradecerle la ocurrencia a Philippe, que vino a almorzar la semana pasada y me regaló *Elogio de lo insípido*, un libro de François Jullien. Yo sabía que, a diferencia de nosotros, en la cultura china la insipidez no tiene una connotación negativa. Pero no pensé que fuera un sabor propio. Descubrí sus orígenes, las escuelas que lo inspiraron, su filosofía, una forma de ideal. Lo insípido se queda a las puertas, en un umbral

inclasificable, ni azucarado ni dulce ni salado/ácido. François Jullien escribe que la insipidez deja abiertos todos los «sabores» posibles, las experiencias. En las cocinas china y japonesa, lo insípido va unido a la pureza del agua, a la búsqueda de la serenidad. Es apasionante.

Tengo que dejar los cítricos, se han vuelto una obsesión. Tras el almuerzo, Philippe me esperó y me acompañó a casa. Quería ver a Adèle. Dice que se parece cada vez más a ti, salvo en los ojos. Me preguntó por ti. Te manda un abrazo. Quería que le explicara por qué te fuiste de nuevo, pero eludí la respuesta. Es raro, soy incapaz de contárselo a mis amigos. Tengo miedo de ser torpe, confuso, prefiero callar. Esta maldita enfermedad es difícil de contar.

Cuídate mucho.

N.

Nicolas mira por la ventana en la acera de enfrente a la chica de la panadería levantando la persiana. El cielo es azul, sin nubes. Es una espléndida mañana de domingo parisino. Es temprano. Se dirige a la habitación de su hija, procurando no hacer ruido, atento a su sueño ligero. La luz que entra a través de la ventana se refleja en los conejitos de tela del móvil que cuelga sobre su cuna. Se inclina suavemente hacia ella. Adèle no duerme. Mira al techo. La fijeza de su mirada y su silencio desatan una ola de terror en Nicolas. El corazón le cabalga en el pecho. ¿Cuánto tiempo lleva despierta? Le sonríe, pasa la mano por su pijamita, comprueba el pañal. La levanta para olerla. Está limpia. Se pregunta si se encuentra bien, si sufre por la ausencia de Juliette. Está sana, crece normalmente, come con apetito, pero ¿qué percibe de la angustia de su madre? ¿Qué secuelas le quedarán? ¡Pobrecilla! ¡Qué recibimiento para iniciar el camino de la vida…! La toma en sus brazos, la abraza: «Pero ¿por qué no me llamas si no duermes, ratoncito? Estamos un poco perdidos sin ella, pero no lo hacemos mal, ¿eh? ¡Cielo mío! Cuánto siento todo esto. Tu mamá te quiere y volverá pronto. No es culpa tuya, mi sol. Ya

verás como volverá. Y, cuando sane, ya verás lo fuerte que es. Un terremoto que habla por los codos, que tiene cien ideas por hora. Ya verás, después de un día con ella dormirás como un tronco. Pero debemos tener paciencia. Sé que la extrañas y que la vida de un bebé sin su mamá no es la misma, es difícil, no es justo, es una lata. Pero yo estoy aquí. Debí haberte dicho todo esto antes, mi cielo, perdóname, lo siento… Mi niña bonita, la más bonita del mundo…». Nicolas la mantiene abrazada contra su pecho. Por primera vez, llora. Gruesos lagrimones liberadores, que se derraman en el cuello de su hija. Sus palabras brotan desordenadas, a trompicones, pero cada frase le quita un peso de encima. Extiende los brazos, levanta a su hija por encima de él y la mira. Adèle le sonríe.

Juliette a Nicolas

Malakoff, 13 de marzo de 2019

Nicolas:

Al principio, lo que viví en los meses posteriores al nacimiento de Adèle es indescriptible. No podía hablar de ello, ni siquiera contigo. No sabía cómo describir aquel marasmo. Para ello, tendría que haber sido capaz de decir estas palabras: «No siento nada por mi hija». Y luego, unas semanas más tarde: «Mi hija me paraliza, es un peso que no puedo sobrellevar. Es ella la que tiene que vivir. No yo». Palabras abyectas. ¿Qué habrías hecho con eso, Nicolas? Nadie podía entender por lo que pasaba. Estaba sola en el mundo. Era un monstruo, una criatura nociva para su bebé. Cuando el médico —imposible recordar su rostro ni su nombre, porque entonces deliraba, pero recuerdo que tú estabas sentado a mi lado— diagnosticó que mi *baby blues* se había convertido en depresión posparto, sentí una especie de alivio. Yo, que a esas alturas era incapaz de hacer una mínima reflexión, que me centraba únicamente en luchar contra los ataques de ansiedad antes de que degenerasen (fracaso estrepitoso), pensé, en ese preciso segundo, que, si lo que sufría

tenía un nombre, otras mujeres, además de mí, también lo sufrían.

Me dices en tu carta que debería haberte hablado más de mi infancia. Te culpas por no haber abordado el tema. Si lo hubieras hecho, te habría mandado a paseo, no lo dudes. Te habría dicho que no tenía secuelas del parto secreto: no percibía ninguna. Mi infancia, feliz, había eclipsado esos caóticos primeros días de vida, un simple contratiempo. ¿Qué pesaban esos pocos días, comparados con los diecinueve años de felicidad al lado de mis padres adoptivos, que me mimaron, me quisieron hasta la adoración, sin ocultarme nada sobre mi nacimiento? No se puede soñar con una mejor relación entre unos padres y un hijo. Mi única espinita era que mi madre biológica no me hubiese dejado una carta para explicar su gesto, cualquier objeto, un recuerdo suyo, habiéndosele dado la oportunidad, como sin duda sucedió. Pero todo eso ya lo sabes.

No, yo no soslayaba el tema, como pareces pensar. Cuando me hacían preguntas, las respondía. No mentía, no tergiversaba la verdad cuando decía que el abandono no me había traumatizado. Con el nacimiento de Adèle, surgió como un volcán dormido que se despierta y arrasa con todo a su paso, convirtiendo la naturaleza en cenizas. Yo lo creía extinguido para siempre.

Me porté mal con mis padres. Negándome a verlos, privándolos de su nieta, los castigué, a ellos, a los mejores padres del mundo. Cuando esté lista, los llamaré —o, mejor dicho, les escribiré una carta. Antes de participar en este taller, no se me habría ocurrido; hoy me parece la mejor solución—. No me verán llorar ni me oirán balbucear ni jadear cuando les pida perdón y les diga lo mucho que los quiero.

No conocer a tus padres, haber sido rechazada, supone un enorme sufrimiento. Ahora puedo decirlo, escribirlo, pero todavía tengo que aceptarlo y aprender a vivir con ello. Ese es el trabajo que hago con mi psiquiatra. Eso no le quita ni un gramo de felicidad a la infancia que viví al lado de Anne y de Maxime.

En la maternidad, los médicos me dicen que estoy mejor, que el contacto entre Adèle y yo es cada vez

más fácil y natural. Me cuesta creerlo. Siempre tengo ataques de pánico cuando me dejan sola con ella un rato más largo de lo habitual. Por lo visto, son más espaciados, pero basta que Adèle refunfuñe un poco, que tenga un mal despertar, o que yo no entienda lo que quiere, para que se desencadenen. Sigo creyendo que soy incapaz de ocuparme de ella, que es culpa mía, y me echo a llorar. Cuando hablo con ella, evito su mirada (y ella evita la mía, te lo aseguro), así que le repito lo que le acabo de decir obligándome a mirarla, como me aconsejan las enfermeras. Aprendemos a jugar juntas. Le encantan los cubos. Hace dos semanas que se tiene de pie, así que la ayudo a agarrarse, a moverse de un lugar a otro. La sesión termina con una charla con la psiquiatra y las enfermeras. Entonces es hora de irse. Me pregunto cuándo empezará a gatear.

Sí, me gustaría que me hablaras de Adèle, o, mejor dicho, de ella y de ti. Me ayudará a conocerla mejor, a llegar a ella más fácilmente. Me pides que no me ponga triste cuando me cuentas los buenos ratos que pasas con ella. Es imposible. Intenta comprenderme, Nicolas. ¡Todos esos días perdidos sin mí! Tú compartes su vida diaria, riges su universo, le das de comer, juegas con ella, la acunas, la llevas de paseo, sabes lo que le gusta, lo que la hace reír y llorar. Mientras que yo paso con ella dos medios días a la semana, rodeada de especialistas que estudian cada uno de nuestros actos y gestos. Estoy celosa, sí, pero estos celos no se pueden comparar con los que sentía antes de mi hospitalización y que iban dirigidos contra Adèle. Tú eras feliz con tu hija e infeliz a mi lado. Lo hacías todo mejor que yo, la más inútil de las madres. Lo peor era por la noche, en el silencio, cuando no había ni un ruido y el llanto de Adèle, que no conseguía dormirse, resonaba en el piso. Yo solo le daba vueltas en la cabeza a esto: «No puedo hacerlo, no entiendo lo que quieres, Adèle». Esas horas interminables, sola con ella. ¿Cuándo pensabas volver del Camélia? Acababa gritándole: «Pero ¡duérmete! ¡No puedo más!». Luego llegabas a casa, cansado pero muy tranquilo. La cogías en brazos, la acunabas, la calmabas. Todo se arreglaba. Odiaba las sonrisas, los mimos que le

dabas. Me sentía inútil. Esa niña ocupaba todo el espacio, matándome lentamente. No me quería. Sin ella, no me habría vuelto loca, me decía.

Por favor, no te enfades, no seas muy duro conmigo. Eso es lo que me pasaba por la cabeza y de lo que por fin puedo hablar.

Hoy envidio el vínculo que os une, que cada día se hace más fuerte. Para mí, el tiempo perdido ya no volverá.

Muchos besos,
Juliette

Jean a Esther

París-Chicago, 3 de marzo de 2019

Querida Esther:

Mi vuelo sufre graves turbulencias, de ahí la letra garrafal. Hemos despegado tarde, debido a una tormenta sobre París. De hecho, nos esperaba sobre el Atlántico.

Me pregunta por qué creo que traicioné a mi abuela. Porque no tardé en descubrir los placeres que ofrece el dinero cuando corre a raudales y en comportarme como un imbécil. ¿Cree usted que a mi abuela, remalladora de oficio, que llevaba las cuentas todos los meses en su cuaderno, que se enorgullecía de su cartilla de ahorros, «por si vienen mal dadas», que hacía sacrificios para pagarme una salida al parque de atracciones del bosque de Boulogne, le hubiera gustado verme dilapidarlo a manos llenas?

Terminaba la carrera cuando sufrió un infarto.

Al perpetrar los primeros despidos, me sentí culpable, pero no duró mucho. Mis remordimientos no pesaban nada en comparación con lo que ganaba. El dinero es nuestra primera motivación, nos hace muy felices. Pero es difícil, si no imposible, una vez que te has hecho rico, adaptarse exactamente a la marcha del mundo, conservar el sentido de la medida y, por supuesto, la noción del dinero. Escribes tus notas de gastos sin hacerte preguntas, lo puedes

comprar casi todo, tiendes tus tarjetas de crédito, mirando con indiferencia la suma que vas a pagar, encuentras menos deseables los productos cuando su precio no es lo suficientemente caro. Y, cuando te sientes culpable, extiendes un montón de cheques a distintas organizaciones benéficas. Es lo que yo hago. El dinero es mi columna vertebral, siempre está presente, cuando almuerzo, cuando trabajo, cuando respiro, cuando compro, cuando vendo, cuando hago el amor, culpabiliza, desculpabiliza. Sin él, no sé divertirme, amar, levantarme por la mañana. Lo puede todo. Él es en lo que me he convertido. Me maneja a su antojo. Gobierna mis pensamientos, lo respiro por todos los poros de la piel, hace latir más rápido mi corazón. Lo odio. Lo adoro. Sin él, ¿quién soy yo? Ojalá pudiera responder a eso.

Le chocará lo que voy a decirle, pero en mi opinión el suicidio es un acto valiente digno de respeto. Decidir el día de tu muerte es la elección más libre que puedes hacer. Sin embargo, también sé la violencia que supone para el entorno y que a algunas personas les parece una cobardía resolver los problemas de esa forma. Espero que no sienta pena ni remordimientos por su padre. Son inútiles. Podemos hacer muchas cosas por la gente que queremos, pero no podemos hacerlo todo.

Para terminar, permítame dos preguntas, aunque no tengan relación entre sí. ¿Por qué su padre (su nombre no me dice nada, pero no soy lector de novela negra) no rehízo su vida después de la muerte de su madre? ¿Cómo se le ocurrió la idea de un taller de escritura siendo librera?

Afectuosamente,
Jean

Esther a Jean

Lille, 9 de marzo de 2019

Hola, Jean:

Como le dije en mi carta anterior, mi padre y yo

vivíamos en Lille, a veinte minutos de distancia. Sin embargo, habíamos adquirido el hábito de escribirnos. «¿Auténticas cartas?», me preguntan normalmente, cuando hablo de este vínculo singular que nos unía. Sí, auténticas cartas. Escritas en papel, con pluma estilográfica, introducidas en un sobre timbrado y confiadas a la estafeta de correos. Como las que nos escribimos nosotros ahora mismo. Nuestra correspondencia comenzó unos meses después de haber dejado la casa familiar. Tenía veinte años. Dudaba si dejarlo solo, y él me invitó a irme amablemente. Tendría que encontrar un trabajo de estudiante, él me ayudaría a pagar el alquiler, pero debía, según él, asumir mi independencia. Al principio no me atreví a preguntarle cómo había vivido aquella primera noche sin mí. Temía que se burlase, que me respondiese: «A las mil maravillas. ¿Por qué me haces esta pregunta? No exageres. Ni que vivieras tan lejos». Mucho más tarde, me atreví a hacerlo en una de mis cartas. Le bastaron dos palabras: «Fue espantoso».

Nuestra correspondencia no empañaba el placer que sentíamos en conversar de viva voz. Añoro sus cartas. Un día a la semana nos citábamos por la mañana temprano en un café. Me sentaba a su lado. Nos gustaba observar a la gente y hacer comentarios sobre su atuendo, su aspecto, sus rarezas. Nuestras preferidas eran las familias reconstituidas, por desgracia muy escasas a una hora tan temprana en los bares de Lille. Jugábamos a adivinar los lazos que los unían. Lo pasábamos en grande con una buena riña conyugal —para seguir el hilo de la discusión, continuábamos hablando entre nosotros, sin mirar a la pareja litigante. Nuestra técnica era infalible.

En el momento de separarnos, hacíamos una breve alusión a nuestra correspondencia: «Te he escrito», «Vas a recibir mi carta», «¡Ah! Por cierto, te he contestado». Desde nuestros primeros intercambios epistolares, habíamos separado los dos ámbitos; por un lado, la palabra, la escritura por el otro. La primera no debía interferir con la segunda. En opinión de mi hija Pia, mi padre y yo éramos «míticos». Según ella, era mucho más sencillo charlar por Skype o por teléfono. Le he encarecido en repetidas ocasiones las ventajas de esta relación

epistolar. Sin éxito alguno.

Nuestras cartas podían reducirse a unas pocas líneas o llenar varias páginas. Nos carteábamos a un ritmo más o menos regular. A mí me daba pereza cuando él estaba rebosante de energía. O a la inversa. Hablábamos de mi infancia, de la suya, de Lille y su región, a la que tenía tanto apego como él, de su admiración por su abuelo minero, de la belleza de mi madre (un tema recurrente), de cómo se conocieron (otro tema recurrente), de lo mucho que su ausencia lo atormentaba desde su muerte, cuando yo tenía tres años, un dolor que no se mitigaba y contra el cual, me había escrito, había «dejado de luchar». De muchos otros temas, como sus libros, sus lecturas, sus novias, mi hija, la vejez, sus amigos, los míos, la maternidad, la paternidad… A la vista de lo cual, cualquiera pensaría que nuestras conversaciones matutinas eran pobres e insustanciales. En absoluto, éramos más ingeniosos y divertidos.

Los primeros años, todas sus cartas terminaban con una posdata, en la que me corregía la redacción de las mías: «Muy divertida la forma de relatar tu conversación con la maestra de Pia, pero te pierdes en los detalles. Es una lástima»; «¿Por qué usas tanto la palabra *siempre*? Hay tres, como mínimo»; «Abusas de los signos de exclamación»; «Lee tu carta anterior en voz alta, verás que hay un problema de puntuación, uno se pregunta en qué momento le permitirás respirar». Poco a poco, sus posdatas se fueron espaciando y luego desaparecieron por completo. Por desgracia, no fue porque mi escritura se hubiese vuelto irreprochable. Supongo que se cansó de corregirme. O pensó que ya no estaba en edad de ser corregida. Durante mucho tiempo eché de menos sus útiles comentarios.

Ello explica que, dos años después de su muerte, en recuerdo de nuestra correspondencia, quisiese impartir un taller de escritura epistolar. Me faltaban él y sus palabras. Un año después de su desaparición, seguí abriendo mi correo con la esperanza de encontrar una carta suya. Lo culpaba por no haber hecho como Romain Gary, quien, en *La promesa del alba*, afirmaba haber recibido en el frente, durante la Segunda Guerra Mundial, unas doscientas

cincuenta cartas de su madre. Al volver a casa en 1944, se entera de que su madre había fallecido tres años y medio antes, unos meses después de su partida. Ficción o realidad, trampantojo, pista falsa, impostura…, no importa, la historia es hermosa y romántica. Mi padre y yo disfrutábamos evocando al escritor. Puesto que estaba decidido a morir, podía haber imitado, a su manera, el suicidio de Gary. Podía haberlo hecho por mí. Sabía en qué abismo me hundiría su suicidio. ¿Por qué no me concedió ese último placer, el de continuar nuestra correspondencia desde el más allá, aunque fuera con una sola carta? Me sorprendió que no se le hubiera ocurrido una broma macabra. Sus novelas están repletas de ellas.

«Podemos hacer muchas cosas por la gente que queremos, pero no podemos hacerlo todo.» Cuánta razón tiene, Jean. Se lo agradezco. Gracias a usted, me siento un poco menos culpable. Después de la muerte de mi padre, reaccioné como él con la de mi madre. Revolví sus papeles, miré con lupa sus informes médicos, llamé a sus amigos… Tenía que haber una razón. Tal vez estaba enfermo y no me lo había dicho. O estaba deprimido y yo no lo había notado. Mi búsqueda fue inútil. Mi padre padecía de anemia, de reumatismo e iba a ser operado de una rodilla al cabo de un año. Nada serio. Con una excepción: por primera vez, no encontré ningún manuscrito en su escritorio. Rebusqué en sus cajones, en su ordenador. Nada. Ni rastro de un libro en curso. Siempre empezaba su nueva novela unas semanas después de haber entregado la anterior. Había acabado la última, *Nevará esta noche*, más de un año antes. Su muerte está relacionada con la escritura. Puede que no haya calibrado hasta qué punto era vital para él escribir todos los días.

La muerte era un tema recurrente en sus cartas. No le daba miedo. En cambio, la vejez, en sus palabras «degradante, humillante», lo aterrorizaba. Obsesionado y consternado con el deterioro físico, necesitaba describirlo en todo su horror, «la baba goteando por la barbilla, las manos temblorosas, las piernas que ya no responden, el babero atado al cuello, el pañal en el pantalón, los calzoncillos y

los calcetines que no pueden ponerse sin ayuda». Es solo un ejemplo de los horrores que describía. Podía mostrarse más descarnado todavía, sin perdonar ninguno de los infortunios de la demencia senil, de esos «fantasmas de la memoria que vagan sin recordar nada, despojados de su pasado, de sus recuerdos y que, un día, preguntan a su hijo: "¿Quién es usted?"». Clamaba al cielo cuando descubría en la prensa o en la televisión un reportaje sobre la infantilización de los pacientes en las residencias de ancianos, escandalizado por la facilidad con que se les priva de dignidad.

Cuando se enteraba de que uno de sus amigos o conocidos tenía alzhéimer, me informaba de inmediato, dándome todos los detalles para asegurarse de que yo pensaba como él: la vida es una auténtica mierda. Huelga decir que me transmitió su miedo a envejecer.

Yo tendría unos veinticinco años cuando empezó a mencionar el suicidio en sus cartas. «Tengo la intención de elegir el día de mi muerte. Lo único que me asusta es fallar.» Le había arrancado esta promesa: cuando decidiese llevarlo a cabo, me lo diría. Mentira piadosa. Sabía de sobra que no lo haría, pero me quedaba más tranquila.

No había nada morboso en sus palabras. Al contrario, le gustaba bromear. Pensaba que sabría exactamente cuándo actuar. «Esther —me escribió una vez—, no la tomes conmigo. Conozco tus arrebatos de cólera. Una vez muerto, hazme el favor de no montarme un número, cosa que, por otra parte, sería inútil.» De vez en cuando hablaba de ello, pero yo no lo tomaba en serio.

Aquella mañana, lo esperé durante una hora en el café en el que habíamos quedado. Su teléfono sonaba en el vacío. Fui a casa por las llaves de su piso. Me preocupaba que se hubiera caído o desmayado. Ni por un segundo consideré su suicidio. Lo encontré acostado en la cama, o más bien acurrucado, con el pijama que le había regalado en su último cumpleaños. En la mesilla de noche había dejado esta nota: «Lo prometido… Llegó la hora».

Tenía setenta y cuatro años.

¿Qué le gustaría saber de mi librería? Está en la calle del Hospital Militar, en el centro de la

ciudad. Vendo literatura de todo tipo, pero hay un estante dedicado a los libros de viajes. Guías clásicas, muchos relatos de viajeros, antiguos y contemporáneos, mapas, atlas, libros de fotografía. Almuerzo a menudo en la plaza Dutilleul, casi enfrente, con un libro. Me encanta esa alameda, sus árboles, sus cuidados macizos de flores y jardines de césped tan ordenados. Trabajo mucho y, por suerte, tengo un negocio saneado. No elegí este trabajo para hacerme rica. Sin el apoyo financiero de mi padre, habría vivido peor. Descubrí a su muerte que no era la única que se beneficiaba de su generosidad. Financiaba parte de la estancia de uno de sus mejores amigos en una residencia de ancianos en Lens y ayudaba a una exnovia a llegar a fin de mes. Me dejó dinero. Un día, haré el viaje a Japón con el que sueño, y seguiré ayudando a sus dos amigos todo lo que pueda. Debería vender su piso en la calle Ratisbona, pero no me siento capaz. Nos mudamos allí después de la muerte de mi madre y viví allí hasta los veinte años.

Mi padre no rehízo su vida. Tuvo muchas aventuras, más o menos largas, más o menos serias. Mujeres encantadoras y auténticas brujas. Más de las últimas que de las primeras.

No sé qué pensar de su relación con el dinero, Jean, tan ajeno me es. Fluctúo entre dos extremos: envidiarlo o compadecerlo. Pero ¿por qué habla de ello en pasado?

Cordialmente,
Esther

P. S.: Mientras le escribía, recibí en mi móvil esta alerta de *Le Monde*: «¿Desaparecerá la escritura a mano, barrida por la tecnología digital?». ¡Pues mira qué bien! ¡Y yo montando un taller de escritura epistolar!

Llovía desde la mañana sin parar. La librería estaba desierta. Me aburría como una ostra, de buena gana habría ido a dar un paseo. Eran alrededor de las seis de la tarde, todavía faltaba

una hora para reunirme con Sophie en el bar del Mama Shelter recién abierto en Lille. Un martini blanco mejoraría mi humor tan desapacible como el tiempo. Con mi amiga, directora de un colegio privado de la ciudad, abordaría, para empezar, su tema favorito, los pros y los contras de vivir en París, en Lille y en el campo. «¿Qué me aconsejas?», me preguntaría ella. «Dejar Lille, puesto que sigues haciéndote la pregunta», le respondería. Pero se quedaría. Tenía los pies atrapados en los tacos de salida.

En mi móvil apareció un número oculto. Estaba pensando en otra cosa y contesté. «Hola, soy la doctora Montgermon, espero no molestarla.» No era una pregunta, no me dejó otra opción que escuchar. Cuando finalice el taller, me anunciaba la psiquiatra como preámbulo, encontraremos la ocasión de conocernos. Quería que le contara cómo se me ocurrió la idea del taller y si respondía a mis expectativas. Y por qué no considerábamos otras colaboraciones. Me confesó que sus métodos no siempre eran del agrado de sus colegas, que los tildaban de demasiado originales y eclécticos. En su opinión, las nuevas experiencias y la curiosidad eran herramientas indispensables en su trabajo. Existían muchas formas de ayudar a los pacientes, pero había que encontrar la adecuada para cada uno. Tiempo habría de discutirlo más tarde. En realidad, me llamaba para darme las gracias. Había que ser prudentes, pero una de las cartas de Juliette a Jeanne podría ser un paso significativo hacia la curación. Apenas pude meter baza y decirle que yo no tenía ningún mérito. En esa carta, prosiguió la terapeuta, su paciente miraba con distancia su caso personal. Describía la enfermedad a grandes rasgos y los síntomas más evidentes. Sobre todo, y ahí residía el quid de la cuestión, Juliette Esthover miraba con benevolencia a las mujeres que sufren de depresión posparto. Y, por lo tanto, a sí misma. La doctora Montgermon tendía a molestarme, pero tuve que admitir que su llamada me había alegrado.

Jeanne a Samuel

Verjus-sur-Saône, 6 de marzo de 2019

Hola, Samuel:

Siento muchísimo lo de su hermano. Ha tenido que vivir años muy difíciles. No sea tan duro con su madre. Deduzco de sus palabras que considera que sus lágrimas no son sinceras porque llora todas las noches. No la conozco, pero lo dudo. Es enfermera de prisiones, lo suyo es velar por los demás. Cuida de los reclusos, los escucha, los consuela. Una vez en casa, es comprensible que dé rienda suelta a su dolor. Usted debe lidiar con su pena, pero con la de sus padres también. Es muy difícil ver sufrir a los padres, sentirse impotente ante su desgracia. Es demasiado para un solo hombre.

Mi marido murió de un ataque al corazón. Estábamos de vacaciones en Tanzania. Tenía cincuenta y nueve años. Tuve mucha suerte en la vida: no podía soñar con un hombre mejor. Si yo hubiera muerto primero, me imagino lo que habría hecho. Después de machacarse varios kilómetros en bicicleta, se habría detenido en algún lugar de la montaña y gritaría hasta desgañitarse. Me mantuve bastante entera hasta la repatriación del cuerpo, el entierro y la partida de Aurélie dos días más tarde a París, porque tenía exámenes parciales. Luego me acosté. Dormí día y noche hasta perder la noción del tiempo. Apenas me alimentaba, no me lavaba, había desconectado el teléfono. Hubiera querido morir de amor. Pero no funciona así. En algún momento, tu cuerpo se niega a obedecer. El sueño huye de ti. ¿Qué hacer sino aprender a vivir sin la persona amada?

Me dice que a usted y a sus padres les es imposible hablar de Julien. He reflexionado sobre ello. A mí me ocurrió lo mismo: no podía comunicarme con los más íntimos. Es una situación absurda y no sabes cómo salir del atolladero. ¿Cómo romper la pared de cristal que nos separa de los demás sin ser torpes, sin ser rechazados, sin que las palabras hagan más daño todavía? Preferimos fingir que no nos damos cuenta de nada y que todo es normal. Como si no hubiéramos visto ni comprendido ni oído. Y, sin embargo, hay que romper ese silencio. Nos aplasta. Nos envenena.

Tengo una hija, Aurélie. Es ginecóloga y vive en

China con su marido. No la veo muy a menudo.

¿Mis animales? Tengo vacas, cerdos, un caballo y un asno. Tienen una cosa en común: todos sufrieron antes de recogerlos. Les prodigo cariño y felicidad los años que les queden por vivir.

No lo conozco lo suficiente como para saber si vale o no para los estudios. En cambio, en lo tocante a la lectura, está equivocado. Es una ventana abierta al mundo, a la naturaleza humana, a los tiempos pasados y futuros. Es imposible que no le interese ningún tema, que no le guste ningún género literario. La lectura nos abre puertas. Puedo admitir que no tenga las llaves. ¿Cómo no va a atreverse a entrar en una librería o en una biblioteca? La gente que trabaja allí está para aconsejarlo, no para juzgarlo. Esther sabrá explicárselo mejor que yo. Venga, ¡ánimo!, levante la cabeza, saque pecho, respire hondo, dígase a sí mismo que es una buena persona y que no tiene nada que perder, pero sí mucho que ganar siendo curioso.

Manténgame informada.

Jeanne

Samuel a Jeanne

13 de marzo

Hola, Jeanne:

Antes, cuando Julien estaba aquí, sentía que estaba de más en esta familia. Ahora es peor. No sé lo que ven mis padres cuando me miran y me hablan. O a lo mejor soy yo, que me monto malos rollos y todo es normal. No sé lo que esperan de mí. ¿Qué soy sin mi hermano? ¿Hijo único? ¿El hijo con suerte? ¿El hijo que debe llenar el vacío? ¿El hijo que debe seguir siendo el pequeño? Mis padres son geniales conmigo, ese no es el problema. A mi madre le gusta achucharme; a mi padre, abrazarme, deprisa, eso sí. Se esfuerzan por hablarme como si no hubiese pasado nada, pero no se puede decir que me ayuden. El piso nos ahoga y nadie puede evitarlo.

Las últimas semanas, con Julien internado en el hospital, yo estaba furioso. Porque su prolongada ausencia no era una buena señal. El cáncer de mi hermano se había adueñado de todo. Y yo solo pensaba en una cosa: en ocupar su habitación, más grande que la mía, ya que él ya no estaba allí. Estaba harto de su enfermedad, de que todos llevásemos aquella cruz a cuestas que nos impedía seguir adelante, querernos y pelearnos como cualquier familia normal. A veces quería que se muriese. Que se acabase de una vez. Eso no me libraba de la tristeza, pero esos pensamientos los tuve, no quiero esconder la cabeza como el avestruz. Desde entonces, me digo que si lo hubiera animado más, si hubiera creído en su recuperación, si no hubiera deseado su muerte, estaría vivo. No curado, pero vivo. Ahora que ya no está, me avergüenzo de querer quedarme con su habitación. No entiendo cómo se me ocurrió semejante cosa. Mis padres y yo acabamos vaciándola en parte. Supongo que lo hicieron por mí. Si es por ellos, no habrían tocado nada. La habitación de Julien se habría quedado tal cual y así podríamos imaginarnos que estaba fuera. Me preguntaron si quería que la vaciasen del todo. Les pedí que los estantes de los libros los dejasen como estaban. Y la mesa también. Noté el alivio de mi madre. El resto lo quitamos todo y lo metimos en cajas que bajamos entre los tres al trastero. Mi madre no quiso tirar nada. Mi padre subió las botellas de vino para hacer sitio. Me di cuenta de que era por no tener que bajar más al trastero. Sé lo que nos costó vaciarlo todo. Para mí, fue peor que el entierro. Recuerdos que metimos en cajas de cartón y sellamos con cinta adhesiva, una vida que hacíamos desaparecer en unas horas. La vida de un hombre no es gran cosa.

Julien era muy bueno en lengua, le encantaba leer. En su habitación, lo único que estaba ordenado eran sus libros y eso a mamá le hacía gracia. Por eso no quise tocar los estantes ni su mesa, por la risa de mamá. Así que, en vez de ir a una librería a comprar libros, he decidido leer los suyos, uno por uno, empezando por el estante de arriba, de izquierda a derecha. Es lo que pienso hacer, no sé por qué. Posar mis ojos donde mi hermano posó los suyos, en las

mismas palabras. Descubrir las mismas historias que él, conocer a los mismos personajes. Después, volveré a colocarlos exactamente como están. A lo mejor no los entiendo. Julien me decía a veces: «Si leyeras, no serías tan gilipollas». El primer libro es *Reencuentro*, de Fred Uhlman. Menos mal que no es muy gordo. Intentaré empezar mañana. ¿Lo ha leído?

¿No quiere contarme más cosas de sus animales? No habla mucho de su hija.

¿Sabe una cosa?, es increíble, pero no soporto el sonido de la cinta adhesiva al desenrollarse.

Hasta pronto,
Samuel

Jean a Nicolas

París-Túnez, 11 de marzo de 2019

Hola, Nicolas:

¡Nada menos que «El poeta de los fogones», «El intelectual con dos estrellas»! ¡Hay que ver las cosas que dicen de usted! Los artículos que le dedican insisten en su amor por las palabras, fuente de inspiración de algunos de sus platos. Me pregunta si cocino. Muy poco. Pero tengo algunas especialidades: los huevos al plato, la pasta con salsa de tomate, las sopas Picard…

Lo que le ocurre no es fácil, pero parece un tipo animoso. Supongo que la imagen negativa que tiene de su mujer se irá borrando poco a poco. Bueno, basta de palmaditas en la espalda y palabras de aliento. Ya sabe: «Consejos vendo…».

Detesto dar la imagen de un tipo desengañado y deprimido, pero no es el primero que me lo dice. Voy a tener que acostumbrarme. Tiene razón al señalar que es imposible triunfar, tanto en su profesión como en la mía, sin enormes dosis de energía diaria. Últimamente, tengo que bucear un poco más en mi interior para encontrarla, pero todavía lo consigo. No sé cuánto durará. Ganar dinero fue mi motor durante mucho tiempo, pero ya no lo es.

Me gustaban los desafíos. Cuanto más complicadas eran las situaciones, cuanto más me buscaban las cosquillas, mejor. Me pregunta por qué no delego. Ahora mismo, es difícil. Mi labor primordial consiste en revisar los contratos que nos vinculan a los servicios de atención al cliente radicados en el extranjero. Es un trabajo de mierda. Hablando en plata, me dedico a despedir a pobres desgraciados, que ya están mal pagados, so pretexto de que no han cumplido sus objetivos, para contratar a otros a los que pagaré todavía menos. También se supone que tengo que ganar nuevos mercados internacionales.

Confío en usted, Nicolas, y le pido que de ninguna manera divulgue lo que le cuento. Aunque no lo conozco, confío en usted, lo que no deja de ser una temeridad por mi parte.

Mi piso, en efecto, da a las Tullerías. Lo compré por esa razón. Es un quinto. Es ruidoso, pero no me importa. Me paso la vida viajando de una ciudad a otra, no veo pasar los días. Debo de tener miedo al vacío, a encontrarme solo conmigo mismo. ¿Qué hacer con la soledad, cuando nadie te espera? No me quejo. Tengo amantes esporádicas, lo cual tiene sus ventajas. Disfruto de los buenos momentos, sin los inconvenientes de una vida de pareja más estable, sin hacerme preguntas. Soy libre. Si hubiera encontrado a la mujer de mi vida, probablemente no le estaría soltando este rollo. Me gustaría amar y ser amado. Conocer de nuevo esa emoción de cada segundo, esa deliciosa inquietud de vivir con el alma en vilo, que te ancla al presente, que te hace ver el futuro bajo una luz radiante. ¡Qué delicia, pero qué lejos me queda todo eso! Mira tú por dónde, se estará diciendo, el tiburón de los negocios tiene alma romántica.

He olvidado hablarle de mis hijos. Lo haré sin falta en mi próximo correo.

Jean

P. S.: Por cierto, es algo molesto que se dirija a Esther cuando me escribe.

Nicolas a Jean

París, 18 de marzo de 2019

Hola, Jean:

A veces sueño con cerrar el restaurante, coger a mi hija y abrir un bistró en provincias, lejos del guirigay de esta ciudad. Adiós a la presión, al alquiler exorbitante, a los gilipollas en sus bugas, a la guía Michelin, a los *black blocks* que se empotran en las manifestaciones, arrojan adoquines, saquean los negocios y destrozan el mobiliario urbano, a los polis que caen tratando de impedirlo, a los sintecho que ni siquiera veo. Me imagino en una casa rural, con Adèle, rodeado de animales, el fuego encendido en la chimenea y la vida más tranquila, por arte de birlibirloque. Ayer tomé una copa con un amigo, en un bar cerca del Campo de Marte, donde te cobran la rodaja de limón del agua mineral. Medio euro. Fui a ver al jefe y le pregunté si era una broma. «Oiga, caballero, ¿usted cree que a mí me regalan los limones? ¿Por qué no voy a cobrarlos?», me preguntó muy ofendido. «Porque eres un capullo que ya cobra cinco euros y medio por un agua con gas», le respondí. Vale, mi amigo tenía razón, no debería haberle llamado capullo ni haberlo tuteado. Se puso de todos los colores, me dijo que no estaba acostumbrado a que la gente se dirigiera a él en esos términos y que, si no estaba contento, solo tenía que irme a otro café. En el suyo no toleraba broncas. Lástima, porque yo estaba de un humor de perros y no le habría hecho ascos a una buena pelea. ¿Cree que es normal que le cobren por una rodaja de limón en un vaso de agua?

Debería retomar el boxeo para aliviar la presión, ya lo sé. Tengo circunstancias atenuantes. Trabajo como un burro y, cuando llego a casa, encuentro a mi madre esperándome. Es adorable y realmente no molesta, pero tiene que volver a su casa o acabaré tomándola con la pobre mujer. Sin embargo, no sé cómo me las arreglaría sin ella. Tengo que organizarme de otra manera y volver a buscar una guardería. Estoy harto de apencar con todo mientras Juliette se hace

pajas mentales, ese es el problema. Será mejor que cambie de tema porque empiezo a desbarrar.

El próximo fin de semana voy con Adèle a casa de unos amigos cerca de Fontainebleau. Nos sentará bien.

Parece preguntarse qué hacer con el tiempo libre. No lo dice en broma, ¿no? La respuesta es obvia: nada. Deprimirse y pasarse la vida lamentándose. Hacer lo que hace usted, decirse que no vale la pena cambiar, porque sin amor nuestra existencia carece de interés. ¿No es así? Y que es preferible seguir jodiéndose en los aviones y despidiendo a personas que no han cumplido sus putos objetivos. Un programa de puta madre.

Estoy seguro de que podría negociar su salida por un pastizal. Usted no estaría en la situación de los que despide y a los que les concede, me imagino, indemnizaciones miserables. Muy bien, pues ayúdeme a abrir un restaurante y un huerto solidario para personas con discapacidad intelectual. No hago más que aplazarlo.

Tiene razón, no me lo imaginaba en plan sentimental. Es para mearse de risa, pensando en las fotos que vi de usted, mirada de *pitbull*, ni rastro de sonrisa, y este pie de foto: «Necesitamos reducir nuestros costos de productividad». Qué alma poética…

Hasta luego, Lucas.
Nicolas

P. S.: Me dirijo a Esther si me da la gana. Punto pelota.

Culpabilidades

Jeanne a Juliette

Verjus-sur-Saône, 12 de marzo de 2019

Querida Juliette:

El fin de semana pasado, recibí una visita inesperada de una exalumna, Julie, ahora concertista en Berlín. Debía de tener diez años cuando le di sus primeras clases; con veintidós, se incorporó a la Orquesta de París. Estudiaba en el Conservatorio de Lyon y venía a clases particulares conmigo los fines de semana. Tenía talento y era trabajadora, pero perdía el dominio de sus facultades en los exámenes. Unas horas antes de la convocatoria era presa de temblores, brotes de eccema y náuseas. Algo espectacular. Lo había intentado todo: psicólogo, yoga, aceites esenciales, relajación, sedantes… Le ofrecí mi ayuda. Tenía cierta experiencia y unos cuantos años de profesora a cuestas. Le haría compañía durante las horas previas a su audición, hasta el último minuto. Excepto tocar el piano, podíamos hacer lo que le apeteciese. Eligió caminar. Quedábamos a orillas del Saona y caminábamos por el muelle durante dos o tres horas a paso ligero. En más de una ocasión en que la convocaron por la mañana temprano, nos encontramos allí al amanecer. Durante esos paseos, hablábamos de directores de orquesta, de músicos y compositores, de la vida de Chopin, de Rajmáninov, de Beethoven, de Rimski-Kórsakov, de los tiempos que les tocó vivir, de sus familias, de sus amores, de sus primeros éxitos, de su inspiración, de sus épocas negras, de sus períodos de duda… Y nunca jamás del examen. Como quien no quiere la cosa, le dirigía frases de ánimo: «Ese día, en la sala Pleyel, Chopin tocó como un virtuoso el *Andante spianato* que tan bien interpretaste tú la semana pasada», «Fue entonces

cuando Beethoven escribió sus *Fugas*, probablemente para competir con las *Variaciones Goldberg* de Bach. ¿Recuerdas lo mucho que te costaba la treinta y dos? Valió la pena, ¿no? Hazme un favor, anímate a tocarla para mí la próxima semana, la tocas mejor que yo». Luego entrábamos juntas en el conservatorio. La cosa funcionó. Nuestras conversaciones la entretenían, el esfuerzo físico le permitía aliviar el estrés, despejar la cabeza. Juliette, en su última carta me decía que ha aprendido de sus equipos. Yo, de mis alumnos.

Con mis mejores deseos,
Jeanne

Juliette a Jeanne

Malakoff, 13 de marzo de 2019

Hola, Jeanne:

Cuando nació mi hija, el ginecólogo me preguntó intrigado por qué no la abrazaba contra el pecho. Lo hice inmediatamente. Hoy, podría responderle con conocimiento de causa: no abracé a Adèle porque no se me ocurrió. Me he preguntado más de una vez en qué pensaba en ese momento: en nada. Me había quedado en blanco. Mi cerebro había cortocircuitado, se había desconectado de la realidad, de cualquier emoción. La estupefacción me mantenía alejada de un hecho constatable: tenía una hija, era madre.

Cuando estaba embarazada, me veía fea. Demasiado gorda, el rostro abotargado, la tez enrojecida, las piernas hinchadas, refunfuñaba por todo y cualquier tontería me molestaba. Creía que esos nueve meses no iban a acabar nunca. No veía el momento en que llegase el bebé. Adèle nació a las seis de la mañana. Desde la primera noche, pedí que se ocupase de ella la comadrona. Quería dormir. Había decidido no darle el pecho. Durante el día, me sentía confusa, no sabía qué hacer con el bebé, entraba en pánico cuando no paraba de llorar. Contaba las horas hasta que alguien venía a buscarla por la noche y me dejaba dormir. Por

la mañana, pensaba que me la traían demasiado pronto. «¿Ya?», me decía. Miraba a mi hija y me parecía muy guapa, con la piel diáfana, los ojos azul oscuro, el pelo negro alborotado, pero era como si aquella belleza no me concerniese. La niña era una carga. Solo quería ponerla en la cuna y que me dejase tranquila. Esperaba que las cosas mejorasen cuando volviésemos a casa. Pero todo fue a peor. Cada día me acercaba un poco más al precipicio. Yo era la única que se daba cuenta.

Era incapaz de descifrar el llanto de mi hija. Trataba en vano de calmarla. Carecía de empatía. No leía nada en su mirada, no sentía ninguna emoción cuando la cogía en brazos. Se abrió un abismo entre las dos. Los primeros días en casa, cuando Adèle dormía la siesta, esperaba con impaciencia su despertar. Unos instantes sin ella a mi lado y volvía a tener esperanza. El bebé se despertaría y yo experimentaría una dicha inmensa. Todo sería fácil, luminoso. Olvidaríamos esos primeros días desperdiciados. Pobre de mí. Me bastaba con mirarla, con cogerla en brazos cuando se despertaba, para que la angustia estrechase más el cerco en torno a mí. Me esforzaba en acariciarla, en hablar con ella, pero era una pérdida de tiempo, sentía un vacío en mi interior. Cumplía maquinalmente con mi deber. Le daba el biberón, la bañaba, la cambiaba… Había hecho una lista, con horarios, por miedo a olvidarme de algunas tareas. Tenía miedo de hacerlo mal. En realidad, me aterrorizaba la idea de olvidarla. Porque sé que intentaba hacer como si mi bebé no existiese. Adèle era una extraña.

La niña lloraba más y más. Yo estaba cansada, ansiosa, tenía los nervios a flor de piel. No me gustaba ninguna de las ocurrencias de Nicolas. Lo odiaba por dejarme sola con ella y estaba celosa del tiempo que le dedicaba cuando volvía del trabajo. Estaba loco de alegría, preocupado por mí, pero feliz con ella. Yo quería que Nicolas y yo nos amásemos como antes. Que nuestro bebé dejase de entrometerse entre nosotros. Que nunca se hubiera interpuesto entre nosotros.

Cada vez me costaba más levantarme, salir a la calle. Adèle tenía dos meses cuando Nicolas me

preguntó por qué no iba al médico. Acepté sin rechistar, pero me sentó como un tiro. Era la confirmación de que no estaba bien de la cabeza, de que tal vez me estaba volviendo loca. La vergüenza me estaba matando lentamente.

Mi médico de cabecera me recetó vitaminas y un somnífero suave. Quiso tranquilizarme. Había hecho bien en ir a verle, no había que tomarse el *baby blues* a la ligera, pero pronto lo olvidaría. Me fui de allí decepcionada. Hubiera preferido no volver a casa, ir directamente a un hospital o a una clínica, a dondequiera que fuese, que se ocuparan de mí, que me recetasen somníferos, olvidarlo todo. Y todo fue de mal en peor. Estaba cada vez más aterrorizada, me veía cada vez más incapaz de ocuparme de Adèle. Me encerraba en mi cuarto con la cabeza bajo la almohada para no oírla llorar. Tenía que contenerme, no quería levantarme y darle de comer por miedo a hacerle daño. Me decía a mí misma que era un monstruo. Caí en lo que los médicos llaman descompensación. Di rienda suelta a mis fantasías. Me veía arrojando a Adèle por la ventana en un momento de exasperación. Después, asfixiándola suavemente bajo la almohada, sin atreverme a levantarla para no descubrir su rostro. A continuación, cortándome las venas en la bañera, perdiendo poco a poco el conocimiento, el agua se volvía roja, tenía frío.

Acabé hospitalizada en un sanatorio psiquiátrico. Era lo que quería. Que se ocupasen de mí, lejos de ese bebé que me había devorado, al que veía como una amenaza, pero que al mismo tiempo quería proteger de mi locura. Que me atiborrasen de medicamentos. Adèle tenía cinco meses. Permanecí seis semanas en Sainte-Anne. No quería verla. Ni a ella ni a nadie. Nada de visitas. Me había dado por vencida. Recordar ese período es un calvario.

Luego me trasladaron a una unidad de maternidad. Con Adèle varios días a la semana. La primera luz en este agujero negro. El equipo médico me entendía. Me ayudaba, me animaba a hablarle a mi hija, a tocarla, a cantarle. Me animaba a descansar. Cada dos días hablaba con una psiquiatra. Seguía sin sentir nada por mi bebé, pero no me asustaba. No había televisión ni radio, era perfecto. Calma, silencio, no deseaba

nada más. Nicolas venía a verme. La única visita que finalmente permití. Regresé a mi casa de forma gradual y luego definitivamente. Duró un mes. Nicolas hacía lo que podía. Nuestras relaciones eran más sosegadas, pero no podíamos hablarnos ni amarnos. Tuve que rendirme a la evidencia: él me evitaba. Me pareció inconcebible. Su actitud fue un mazazo para mí. Desde entonces, estoy resentida con él. Habría bastado muy poco para que recuperase la confianza en mí misma. Y él no puso nada de su parte. Nuestra complicidad se había esfumado, éramos incapaces de dedicarnos ningún gesto de cariño. No me gustaba cómo me miraba. Temí recaer. Volvieron los ataques de pánico. Hablé con mi médico y decidí irme. No estaba lista.

No podré cambiar lo ocurrido. No podré arreglarlo.

Saludos,
Juliette

Jean a Esther

París, 16 de marzo de 2019

Hola, Esther:

Una vez que me ha hablado de la correspondencia que mantenía con su padre, entiendo mejor por qué montó este taller. No le he dicho todavía lo contento que estoy de participar. Escribirle a usted y a Nicolas me obliga a «salir de mi zona de confort», como se dice ahora. No es agradable. Los recuerdos emergen a la superficie, tengo mala conciencia, sus preguntas me perturban, a veces me hacen ver las cosas de otra manera. ¿Nos ocurre a todos o soy una excepción?

He pasado buena parte de la semana en París. He aprovechado para almorzar con mis padres. Son mayores, ochenta y cinco y ochenta y seis años. Tienen sus achaques y sus pequeñas manías, pero, en general, gozan de buena salud. Mi padre parecía contento de verme. Estaba más cariñoso que de costumbre. Bueno, «cariñoso» tal vez sea exagerado, pero manifestó algo por el estilo. Cuando me despedí

de ellos, pensé largo rato en mi madre (una consecuencia del taller, probablemente). Siento una especie de admiración por ella. Se puede criticar su concepción de la felicidad, considerarla estúpida, inmoral, pero por medio de su matrimonio cumplió su sueño —ser rica—, logró preservar su bienestar y defender sus prerrogativas hasta el final. Ocuparse lo menos posible de sus hijos, disfrutar de su dinero sin trabajar, dárselas de gran burguesa. Mi madre leía muy poco, no iba al cine, rara vez al teatro, no escuchaba música. Pero con frecuencia tenía invitados a cenar en casa. Una cocinera se encargaba de los menús. Lo que más le gustaba era comprar. Ropa, joyas, muebles, pero también casas en el campo o junto al mar, de las que se cansaba rápidamente. No sé cuántas segundas viviendas han tenido. Mi padre la obedecía a pie juntillas, le consentía todos los caprichos, y vive Dios que eran muchos. Era débil. Me inspiraba compasión, por no decir lástima. A cambio, ella no tenía ni una palabra de cariño para él. Lo peor es que sigue chinchándolo, a sus ochenta y cinco años. Mi tonta y bella madre. Ha sido feliz.

Como ya le he dicho, mi trabajo me proporcionó muchos placeres y sentó las bases de mi poder. Esto es cada vez menos cierto, por lo que hablo de ello en pasado. ¿Hubo algún acontecimiento en particular que provocase esta indiferencia nueva? Si es así, no soy consciente de ello. Le mentiría si le dijera que la desigualdad y la miseria del mundo me afligen. O que me siento culpable por todas las personas a las que he despedido. O que, atenazado por los remordimientos, he decidido cambiar de vida. Al contrario, soy como esos niños malcriados que no saben qué pedir por su cumpleaños. El dinero ya no me hace vibrar, no me excita. En estas condiciones, hacer negocios es tremendamente aburrido. Además, ya no hago negocios. Gestiono recursos humanos, hombres y mujeres cuyos resultados evalúo y de los que me deshago cuando no son suficientemente eficaces o son demasiado caros. Que tengan más de cincuenta años, hijos a su cargo, que estén enfermos, que su cónyuge los haya dejado, no es mi problema. Solo son peones, yo no estoy allí para hacerles regalos. A mí me corresponde darles la mala noticia, el Departamento

de Recursos Humanos los llamará en breve para determinar las modalidades del despido. Me he convertido en un tipo abyecto. Cada día estoy más cansado. Y no hay vuelta atrás.

La gente no ha hecho más que estar de paso en mi vida. No tengo esposa, mis hijos no me aprecian demasiado, son mayores y no los he criado (o muy poco), mis amigos han acabado por olvidarme. Lo único que sé hacer es trabajar. Parar de hacerlo sería caer al vacío. Pero estoy empezando a pensar en ello.

Cuénteme más sobre usted, Esther. Sé que está casada, que tiene una hija, Pia. ¿Cuántos años tiene? Estoy tan concentrado en mí mismo que no se lo he preguntado.

Me voy pasado mañana a Bruselas.

Cordialmente,
Jean

Esther a Jean

Lille, 20 de marzo de 2019

Buenas noches, Jean:

En primer lugar, lo felicito. En su última carta, utilizó menos adverbios en -mente. Su estilo gana en agilidad y precisión. Me congratulo cuando veo que mis consejos están dando sus frutos.

La pregunta que debe formularse es la siguiente: ¿se imagina haciendo el mismo trabajo durante los próximos quince años? Dentro de diez o de veinte años, yo seguiré sintiendo un enorme placer estando al frente de mi librería y pasando mis jornadas en ella. No quiero ofenderlo, pero lo que le ocurre es banal. Está en la cincuentena, se aburre en su trabajo y no sabe cómo abordar el futuro. Coger el toro por los cuernos, dar un golpe de timón o armarse de paciencia y aceptar su situación. ¿Por qué tenemos miedo a enfrentarnos a nosotros mismos? Nos negamos a enfrentarnos al vacío, a la inacción, a las preguntas sin respuesta. Hay que tener un proyecto a cualquier precio. Creo, sin embargo, que esa «caída al vacío»

que usted menciona es un paso obligado, del que algunos no pueden escapar. No soportan estar donde están y aún no conocen el lugar adonde quieren ir. ¡Cuánto les cuesta dar tiempo al tiempo sin asustarse! Obviamente, es su caso, a juzgar por lo que nos escribió tanto a mí como a Nicolas. Lo siento, pero no comparto lo que dice en las cartas que me dirige y en las que le envía a Nicolas, que también he leído con atención. Estoy de acuerdo con él: no querer cambiar de vida porque está solo no es más que un pretexto. Cuando nos arriesgamos, cuando avanzamos, descubrimos en nuestro interior recursos insospechados. Como ya habrá deducido, soy partidaria de coger el toro por los cuernos.

Después de haber leído sus cartas, lógicamente debería encontrarlo insufrible y, sin embargo, no es así. Ignoro la razón. Usted representa todo aquello de lo que huyo en circunstancias normales.

Pia tiene quince años. Desde que nació me he estado preparando para su crisis de adolescencia, pero no veo nada que la anuncie. O digamos que los sinsabores son mínimos. Se mira a cada paso en los escaparates que se cruzan en su camino (cosa que me exaspera), le interesan los chicos (cosa que me hace gracia), lee menos que antes (cosa que me hace polvo). Es una alumna excelente sin necesidad de hincar los codos. Pia es inteligente, muy divertida, efusiva y orgullosa. Llevó muy mal el suicidio de su abuelo; ahora está mejor. Su padre y yo estamos separados, pero nos llevamos bien. Nos hemos hecho amigos. Es ingeniero de sonido de cine. Se pasa la vida yendo y viniendo de París. Se las arregla para tener con él a su hija una de cada dos semanas. Ni él ni yo hemos rehecho nuestra vida. Hay pocos hombres que me gusten. Cuando me interesa alguno, no tardo en encontrarle defectos redhibitorios y doy carpetazo a la historia sin mover un dedo para salvarla. Basculo entre «estoy harta de estar sola» y «da gusto hacer lo que te da la gana en casa sin un hombre por el medio». Puedo decir que soy feliz en el sentido de que llevo la vida que he elegido, que soy fiel a mis valores y a lo que amo. Eso ya es mucho.

Cordialmente,

Esther

Nicolas a Juliette

París, 17 de marzo de 2019

Juliette del alma mía:

Dice mi madre que tienes mala cara de nuevo. Anteayer casi no le dirigiste la palabra. Estoy preocupado. Dime qué pasa.

¿Cuánto tiempo hace que no pronuncio estas palabras, «Juliette del alma mía», que tanto me gustaba decirte y a ti escucharlas? Me pregunto lo que sentirás al leerlas, tal vez en voz alta. Lo que daría por que nuestro amor siguiese intacto, por recuperar su fuerza y su calor.

Cuando estabas hospitalizada en Sainte-Anne, no te lo dije, pero llamé a tus padres para contárselo y proponerles que viniesen a ver a Adèle. No te imaginas qué culpable me sentía. No la habían visto desde la maternidad. Para entonces, habías levantado un muro entre tú y ellos y no podía soportarlo. Los recordaba saliendo de Saint-Nazaire, vestidos de domingo, emocionadísimos, tu madre con la maleta llena de regalos, que había acumulado durante meses; tu padre, tan orgulloso con su traje nuevo, con un ramo de flores y una botella de champán en las manos. Lloré como un niño al verlos. Todavía me emociono. Quiero a tus padres, Juliette, desde el día que los conocí. ¿Te acuerdas? Fue en aquella marisquería, a un paso de Trouville, en plena campiña, cuyo nombre he olvidado. Tu madre se había negado a cocinar por miedo a que no me gustase la comida. Ese día también iban de punta en blanco. No como tú, o como yo, que me presenté hecho unos zorros, después de aquel largo paseo por la playa, con los vaqueros y los tenis llenos de arena.

En fin, que los llamé. Les hice un resumen como pude, explicándoles lo que es la depresión posparto. Me disculpé por haber estado tan distante cuando me telefonearon tratando de entender lo que pasaba, a pesar de que sabía que estaban angustiados.

Consideraba, me justifiqué, que era a ti a quien correspondía mantenerlos informados. Tu madre se mostró preocupada por ti y por la niña, pero finalmente no tan sorprendida. «Antes o después…», me dejó caer, sin terminar la frase. Me hizo muchas preguntas sobre Adèle. Me enteré de que mi madre les mandaba fotos de la niña sin decirme nada. A veces me pregunto si no tiene miedo de mis reacciones. A tus padres les parece que Adèle es tu vivo retrato. «¿Incluso los ojos?» «Ah, sí, esa mirada es la de su madre.» Les pedí que me llamasen lo antes posible para decirme si venían (o no) a París. Supuse que darían saltos de alegría y no dejarían escapar la ocasión. Tu padre me llamó al día siguiente. Lo habían pensado y habían decidido que esperarían a que volvieras, que tenía que salir de ti. «Es nuestra manera de decirle a Juliette que la queremos y que entendemos por lo que está pasando.» Desde entonces, nos hemos telefoneado regularmente.

Tu hija es una glotona. Excepto los puerros, que se niega en redondo a comer y no son negociables, le gusta todo. ¡Entre mi madre y yo, imagínatela! He decidido no darle pasteles hasta que vuelvas. Para nosotros lo salado, para ti lo dulce. Si por ella fuese, estaría de pie todo el tiempo y pasa de un mueble a otro sin cansarse (¡yo sí!). Rara vez puedo bañarla durante la semana, pero los fines de semana lo pasamos en grande. Sus michelines son una gozada, su piel de bebé es infinitamente suave y su cabello, cuando está mojado y pegado a su cabecita, le da un aspecto de niña traviesa que te la comerías. No duerme lo suficiente, pasa las noches inquieta. Se despierta a menudo, excepto… por las tardes, después de ir contigo a la maternidad. Antes de responderme que eso no significa nada, deja que me adelante a la jugada: ha estado contigo, habéis hablado, os habéis mirado, os habéis tocado, los médicos son reconfortantes, alentadores; resultado, nuestra hija duerme como un lirón.

N.

P. S.: La guardería que hemos solicitado admitirá a Adèle a partir de junio. He aceptado. Le sentará bien

convivir con otros niños.

Juliette a Nicolas

Malakoff, 26 de marzo de 2019

Nicolas:

Siento haber tardado en responderte. Las últimas sesiones con mi psiquiatra fueron difíciles. Volví a meterme en mi caparazón, esperando a que se disipara la tormenta.

Borré mi nacimiento de la historia de mi vida, fingiendo que había sido un nacimiento como otro cualquiera y que yo era una niña corriente y moliente. Con padres tan cariñosos como Anne y Maxime, no era difícil ver únicamente el lado bueno la vida. ¿Bebé abandonado? Podría haber respondido, como en la canción *Mon amant de Saint-Jean,* que «es cosa del pasado, no se hable más». Si hubiera tenido una conciencia más clara de quién soy, de mis fuerzas y de mis fragilidades, habría actuado de manera diferente y habría sabido que, antes de traer al mundo a un hijo, tenía que ajustar cuentas con mi propio nacimiento. Estaba en tal negación que, incluso embarazada, no establecí la relación entre mi pasado y mi angustia. Hizo falta que naciese Adèle para que se desencadenase el cataclismo. Mi psiquiatra asegura que, inconscientemente no quise obligarla a llevar esta carga y que eso es algo bueno. Si ella lo dice…

Has hecho bien en llamar a mis padres. Estoy aliviada y conmovida sabiendo que no me odian y esperan mi regreso.

Como te escribí, no tienes que culparte. Pero lo que necesito entender, Nicolas, es tu actitud cuando volví a casa después de mi hospitalización. ¿Por qué estabas tan distante? Apenas me hablabas, te ibas a dormir al sofá, no tenías un gesto de cariño. Eso me hacía mucho daño. ¿Por qué? Te necesitaba, necesitaba que me tranquilizaras, que estuvieras a mi lado, animándome. En ese momento más que en ningún otro. Sin tu amor, ¿cómo voy a encontrar mi lugar? Por

favor, explícamelo, aunque me duela la respuesta.

Supongo que es bueno que Adèle vaya a la guardería. En la maternidad se relaciona fácilmente con los otros niños. Me animan a participar en su período de integración. Voy a probar.

La psiquiatra me ha reducido las dosis de antidepresivos. Avanzo con ella. Derramo lagrimones de niña pequeña, descargo mi ira contra esa madre que no quiso saber nada de mí, que no me dejó nada. Esa desconocida que odio, pero a quien tengo que hacer un hueco (muy pequeño) a mi lado.

Me alegra saber que me esperas para que Adèle descubra los dulces. Por primera vez, me he imaginado en casa, en la cocina, preparando magdalenas y petisús. Mira, no se me había ocurrido, podría llevarle pastelitos cuando vaya a buscarla. No. Qué tontería.

Alex y Joel me han llamado esta mañana. Están pensando en comprar un viejo molino en la Brie, con muelas de piedra.

Quieren que me asocie con ellos. Produciríamos nuestras propias harinas, desarrollaríamos una actividad comercial. No empezaríamos de cero, los propietarios actuales ya tienen una cartera de clientes. De nosotros depende hacer lo necesario para mantenerlos. Todo es ecológico. En lugar de abrir la tercera panadería como estábamos pensando, creo que prefiero este proyecto. Sería una auténtica aventura. ¿Tú qué opinas?

Pienso a menudo en cómo nos conocimos y luego en todos esos años en los que hemos sido felices. Lo he echado todo a perder.

Con todo mi cariño,
Juliette

Juliette se siente mucho mejor después de escribir la carta. Tal vez salga algo bueno de este taller. Quizá Nicolas y ella puedan explicarse. Con el pánico, el dolor y la ira, se habían dicho palabras hirientes y lamentables. Tras semanas de conflicto e incomprensión habían dejado de hablarse. Juliette apenas se levantaba de cama. Nicolas dormía en el sofá del salón y la

evitaba. Juliette había descubierto en él un talento que no le conocía: el arte de la fuga. La decepción estuvo a la altura, fue de la misma magnitud. Ella amaba sobre todo su franqueza y su espontaneidad. Aquella lealtad valía su peso en oro. Se había equivocado. No soportó sus evasivas, su cobardía, aquella forma mezquina de esquivar la confrontación.

Juliette se fue. La ausencia los había cogido por sorpresa, mucho más rápido de lo que habrían imaginado. Eran conscientes de la fragilidad de su pareja. Pendía de un hilo. Esa lucidez los incitaba a la mansedumbre, a minimizar las ofensas pasadas, a olvidar los gritos, los insultos que se habían dirigido, la mala fe. Habría bastado con un gesto de más, una frase gratuitamente hiriente, un olvido, para que Juliette o Nicolas decidieran poner fin definitivamente a su historia. Se querían, era evidente para ambos, pero su amor ya no bastaba para llenar los vacíos y los desencuentros. Sin embargo, si querían restablecer el diálogo, Juliette no podía ocultar sus sentimientos a Nicolas. Sí, odiaba a su suegra, que la había reemplazado con su hija; sí, era contradictoria; sí, se consideraba una inútil. Había sopesado todas y cada una de sus palabras, las asumía. Eran violentas, qué se le va a hacer. Después de la inercia y el miedo de los primeros meses, luchaba contra la rabia.

Jeanne a Samuel

Verjus-sur-Saône, 20 de marzo de 2019

Querido Samuel:

Coger prestados los libros de su hermano para iniciarse en la lectura es una idea estupenda. Él será su guía. De haber vivido, seguramente le hubiera gustado desempeñar ese papel.

Comprendo que se haga la pregunta del lugar que ocupará en adelante en su familia. La respuesta ya no era obvia cuando su hermano estaba allí. Por supuesto, ese lugar habría sido diferente si no hubiera estado enfermo. Así son las cosas y no hay

nada que pueda hacer para evitarlo, Samuel. Parece pensar que sus padres lo quieren menos, o incluso que ya no existe para ellos desde que murió su hermano. ¿Usted quiere menos a sus padres? Seguro que no, pero los ve de manera diferente. Tenían dos hijos, ahora solo tienen uno. Eran cuatro, ahora son tres. Su familia está patas arriba. Pero volverá a levantarse. Sus padres están rotos de dolor. Ya no les quedan palabras ni gestos. ¿No le parece que, igual que usted, tienen miedo a hacer daño?

¡Ah! El tiempo no siempre es nuestro aliado, Samuel, pero en su caso lo es. Tenga paciencia, aproveche la oportunidad para leer.

Y luego, por favor, deje de sentirse culpable. ¿Quiso recuperar la habitación de su hermano, deseó que desapareciese porque él era objeto de todas las atenciones, una fuente de preocupación permanente para sus padres y para usted? ¿Se dijo a sí mismo «Que esto acabe de una vez»? Es humano, pero usted no ha provocado su muerte. O posee un poder inaudito, del que no debería abusar…

Leí *Reencuentro* hace años. Es una obra que no se olvida, un clásico. ¿Lo ha terminado?

Jeanne

Samuel a Jeanne

28 de marzo

Hola, Jeanne:

Sí, *Reencuentro* me gustó mucho. Evidentemente, por si acaso alguien no lo ha leído, no voy a hacer *spoiler* con el final, que es superacertado. El peor momento del libro es cuando los padres, que admiraban su país, Alemania, que confiaban en él, pierden la esperanza y abren la espita del gas para suicidarse.

Yo también soy judío, pero no practicante. En casa no hablamos de religión. Solo tenemos una mezuzá en la entrada.

Terminé *La intrusa*, de Éric Faye, el segundo libro de la estantería. No tiene nada que ver con

Reencuentro, pero también me gustó. Por si no lo ha leído, le contaré solo el principio. Es una historia muy rara, que por lo visto está basada en una historia real. Va de un meteorólogo deprimido en Japón, que instala una cámara en su piso porque alguien se cuela en él para comer yogur, beber té… Lo que más me gustó fue el ambiente extraño, un poco irreal, como en un sueño. Y también que ese hombre acabara por no sentirse en su casa desde que supo lo que pasó allí y el papel que desempeñó en lo que pasa después, pero que no le voy a contar por si algún día lo lee. Me doy cuenta de que mi hermano pasaba de las historias alegres. En su cuarto solo tenía sus libros favoritos, los otros no los guardaba. Los liberaba dejándolos fuera, en un banco. Cuando no podía, me pedía que los liberase yo. Julien tenía esa manía. Cuando un libro lo decepcionaba, se deshacía de él enseguida.

Tendría que ponerme con *Por quién doblan las campanas,* de Ernest Hemingway, pero me da un poco de pereza. ¡Menudo tocho!

Estoy contento: el próximo martes voy con mi amigo Ben a París. Pillamos dos entradas para el *Cabaré de Poussière*. No he ido nunca. Su hermana es fan. Le regaló las entradas por su cumpleaños. Antes iba a París los sábados, pero ya no voy. Mis padres me quitaron la paga. Últimamente mi padre me da la vara con que tengo que pensar en lo que quiero hacer, que es el último año que me quedo en casa de brazos cruzados. Me habló de una cita con la orientadora de su instituto. Le dije que estaba de acuerdo. Pero los orientadores son todos unos plastas. Me doy cuenta de que está preocupado por mí. Eso me gusta.

Sueño con Julien casi todas las noches. Siempre el mismo sueño. Él tiene doce años y yo diez. Caminamos por un prado cogidos de la mano. Hace buen tiempo. Vamos vestidos casi igual, con pantalones cortos marrones, camisetas blancas, calzado de senderismo y una mochila. La hierba está cortada, no hay árboles, no hay flores, solo un campo de hierba que se extiende a lo lejos. No se ve el final. No sé adónde vamos, pero hago como si lo supiese. Cuanto más caminamos, más alta es la hierba. Cuando nos llega al pecho, tenemos que levantar las piernas para seguir

avanzando. Hay árboles. Cada vez son más altos y tapan el sol. Atravesamos un bosque de abetos. Me pregunto desde cuándo hay abetos a nuestro alrededor, porque yo no los vi antes. El bosque es cada vez más espeso, seguimos un sendero tan estrecho que tengo que soltar la mano de mi hermano y pasar delante. Las zarzas me arañan la piel, pero todo lo que tengo que hacer es tocar los rasguños con la mano y desaparecen. Julien tropieza, me doy la vuelta, espero a que se levante. Se hace daño. La cara, las piernas, los brazos, los tiene despellejados. Se cae una vez, dos, tres, se levanta sin quejarse. El sendero se acaba. No importa, sigo adelante. Cuando me doy la vuelta, mi hermano ya no está. Me doy cuenta de que ha pasado mucho tiempo desde que me di la vuelta y camino sin él. Lo he olvidado, está muy lejos, muy atrás, está perdido. Entonces me despierto. Si siguiera viendo a mi psicólogo y le contase mi sueño, seguramente diría: «Muy interesante, Samuel». Y luego me preguntaría: «¿Y usted qué piensa?». Y yo le contestaría: «Que soy un mierda por estar vivo».

Samuel

El domingo por la mañana, Jeanne discutió con Luc en el café. Nada más llegar, vio la cara de satisfacción de su amigo. Y de orgullo, también. Se había pasado el sábado en la rotonda de Vignes con otros chalecos amarillos, cortando la carretera nacional y regalando caramelos a los conductores. Jeanne ya lo sabía. La víspera había renunciado a ir a Villeurbanne por miedo a quedarse bloqueada. Luc le tendió con orgullo *Le Progrès*. Salían en una foto, embutidos en sus anoraks, posando de pie alrededor de un bidón en llamas. Jeanne se encogió de hombros y miró al cielo. «Hacéis la puñeta a la gente en las carreteras y repartís caramelos. ¿No se os ocurre nada mejor? Francamente, cuando os veo alrededor de vuestras fogatas, me da la impresión de que estoy viendo a niños retrasados en un campamento de vacaciones.» La conversación degeneró, subiendo de tono. Luc echó pestes de su lucha contra las urbanizaciones, «un problema de ricos». Y, a continuación, le

soltó que cómo iba a estar preocupada por las reivindicaciones de los chalecos amarillos, con su «confortable retiro». Jeanne entiende algunas de sus quejas, pero considera inadmisible perjudicar a la gente que va a su trabajo. Por no hablar de los que rompen escaparates en las ciudades, destruyen marquesinas y prenden fuego a los contenedores. «Es la única manera de hacerse oír», repuso Luc. Jeanne le reprochó su mala fe.

Jean a Nicolas

París, 24 de marzo de 2019

Hola, Nicolas:

Le digo que me cuesta proyectarme hacia el futuro, sobre todo porque estoy solo, pero que no me quejo de mi situación y usted no quiere entenderme. Dudé sobre si poner fin a nuestra correspondencia, pero luego recapacité: no tenemos por qué estar de acuerdo. El individuo de las rodajas de limón sufrió su mal genio y yo pagué el pato. A mí también me parece inadmisible cobrar por una rodaja de limón, pero reconozco que yo no habría revisado la factura antes de pagar (espero que no me monte un pollo por este comentario). Por si acaso, ya he comprado un montón de rodajas de limón.

Insinúa que sería fácil para mí dejarlo todo y quedarme a verlas venir porque tengo dinero. No es tan sencillo. Usted mismo no deja París cuando, a veces, se siente tentado a hacerlo. A mí me ha costado mucho llegar a donde estoy. He dedicado veinte años de mi vida a mi trabajo. No soy nadie si no trabajo, ¿entiende?

Bueno, cambiemos de tema.

Mis hijos terminaron con éxito sus carreras de Empresariales. Boris trabaja en Orange. Le gusta. Si no lo llamase cuando estoy en París, nunca lo vería. Quedamos en un restaurante. Me habla de su trabajo, yo del mío, y ahí termina nuestra esforzada conversación. Respiramos aliviados cuando llega la cuenta. Ha levantado una barrera infranqueable entre

nosotros. Supongo que me culpa por no haberme ocupado mucho de él cuando era niño. Lo comprendo. En su fuero interno, debe saber que yo no quería ser padre. Debería armarme de valor y hablar con él del asunto. Pero no me arrepiento de haber sido quien fui, así que me callo. Las cosas serían distintas si pensase sinceramente, y pudiese decírselo, que si tuviera que hacerlo de nuevo actuaría de otro modo. También podría decirle que sacrifiqué una parte de mi vida privada para que a él y a su hermana no les faltase de nada. Pero sería mentira. Lo hice por mí. Única y exclusivamente por mí.

Emma es la responsable de compras en Vente-privee.com. Me dijo la semana pasada que iba a dimitir para reanudar sus estudios de Literatura. O inscribirse en algún taller de escritura. No me parece mal. Le pregunté qué pensaba hacer con eso. No lo sabía exactamente. Insistí: «¿Con qué propósito?». Respondió farfullando. «Tengo un sueño, me gustaría escribir.» No se esperaba mi reacción. Le di un abrazo, la besé y la felicité. De pequeña, era brillante en lengua. Lamenté que hubiese optado por Empresariales en lugar de dedicarse a la literatura. Pero como me había olvidado de llamarla para preguntarle los resultados de la selectividad, me abstuve de darle mi opinión. Que, por otra parte, no me pidió. El hecho de que uno sea bueno en lengua no implica que vaya a ser un escritor de talento. (Debería decir *una*, *buena* y *escritora*, ¿no?) Pero el camino por el que ha optado es apasionante. Difícil, pero apasionante. Su madre está que trina, cree que arruinará su vida. Emma me lo contaba con lágrimas en los ojos. No me explico por qué, con veinticinco años, le concede tanta importancia a la opinión de su madre. O por qué no le recordó que después de divorciarse de mí se había casado con un artista. Pero me callé (por no variar, dirá usted).

Me voy a Chicago por la mañana. Participo en un simposio sobre reciclaje de residuos electrónicos. Espero disponer de un rato para visitar el Instituto de Arte. Solo, por no variar.

Jean

P. S.: ¿A qué se parece su «qué sé yo»?

Nicolas a Jean

París, 31 de marzo de 2019

Hola, Jean:

Tiene razón, he pagado con usted mi mal genio. Acepte mis disculpas. La verdad es que, sin mi mujer, soy un auténtico gilipollas.

Triunfe o no, lo que su hija Emma va a hacer es positivo. Estará donde debe estar. Es el tipo de decisión de la que no hay que lamentarse.

No da la impresión de ser demasiado afectuoso ni expresivo con sus hijos. Seguramente no comparte con ellos sus sentimientos tal como le van viniendo. Está encantado con su hija y no se le ocurre escribir nada mejor que «No me parece mal». Y le pregunta: «¿Con qué propósito?». Repito: «¿Con qué propósito?». Parece una conversación entre un jefe y su empleado… Luego, de repente, pasa del asombro a la alegría y le pega un abrazo. ¿Y le sorprende que esté sorprendida? ¿Cuántas veces se ha alegrado por algo delante de su hija, cuántas veces la ha besado espontáneamente? Responda a esta pregunta y entenderá mejor su asombro. Me apuesto lo que quiera a que se cagaba de miedo de contarle la noticia, sobre todo después de encajar la reacción de su madre. ¿Me equivoco? En general, soy bueno en este tipo de adivinanzas (vale, no cuando se trata de mi mujer). Está cambiando, Jean. Siente la necesidad de expresar lo que piensa. Espero no ir desencaminado y, si quiere saber lo que pienso, le digo que me parece bien.

Pronto, en la carta de mi restaurante: «Un qué sé yo de primavera, yemas de esparraguitos verdes con erizos de mar, tarama y fantástica citronela».

Hasta luego, Lucas.
Nicolas

P. S.: ¿Su hija sabe que participa en un taller de escritura?

Nicolas a Jean

París, 1 de abril de 2019

En la carta que le escribí ayer me olvidé de comentarle una cosa. Seguramente recibirá esta al día siguiente de la otra.

No conozco a nadie más callado ni más huraño que mi padre. Los domingos por la mañana, nos llevaba a mi hermana y a mí a pescar ranas a los estanques de Dombes. En total, no debíamos de intercambiar más de tres frases durante estas excursiones. No estaba muy interesado en nuestras notas. Cuando le dije a los diecisiete años que quería ser cocinero, me alborotó el pelo y dijo: «¿Ah, sí? Muy bien», luego me dio la espalda y volvió a sus fogones. Mi madre era todo lo contrario. Hablaba por los codos y no podíamos cruzarnos con ella sin que nos diera un achuchón. No ha cambiado. Nuestro padre no era ni expresivo ni cariñoso. Como usted. Sin embargo, mi hermana y yo nunca dudamos de su cariño. Con él no podía pasarnos nada. ¡Pobre del que se atreviese a meterse con su mujer o con sus hijos! Me hice adulto. Él sigue tal cual.

La única que se permite confianzas con mi padre es Juliette. Le da igual que él no responda al cariño que ella le prodiga. «Disimule su alegría, Michel», lo pincha, cuando cree que podría mostrar un poco más de entusiasmo. Cuando emplea ese tono familiar, me entra un sudor frío y me pregunto cómo se lo tomará. Hasta que lo veo sonreír de oreja a oreja y respiro aliviado. Quiere mucho a Juliette. Creo que sé lo que piensa de ella, que es panadera y que, cuando se hace pan, se tienen los pies en el suelo. No como su hijo, con su restaurante finolis y sus dos estrellas. No le gustó que me instalase en París. Sabía que la idea era de Juliette, pero, mira tú por dónde, eso se le ha olvidado. No me pregunta por el restaurante ni por mi cocina. Me felicitó de aquella manera por las estrellas Michelin. Mi madre me dijo que no me enteraba de nada, que se lo había contado a todo el mundo en Bourg-en-Bresse. Según ella, está orgulloso de mí, pero se siente acomplejado. Qué tontería. Es absurdo y me duele. Su cocina tradicional, creo que

ya se lo he contado, es fabulosa. ¿Y a quién debo mi empeño en ser chef? A él, por supuesto.

Desde que Juliette se fue, me llama todos los días. ¿Lo pilla? Todos los días. No para hablar con su mujer, ¡qué va!, para hablar conmigo. De nada en particular. Él, del tiempo que hace en Bourg, de su huerto, de los paseos con su perro, de otra fuga en el baño, del coche que acaba de comprar, de su ordenador, que lo saca de sus casillas, de *Top Chef*… Yo, del Camélia, de Adèle, de mis proveedores, de lo que mi madre y yo hacemos de comer… Espero su llamada todas las mañanas. Saber que, a los cuarenta años, puedo contar con mi padre, que se preocupa por mí, es un regalo del cielo.

Algún día Boris lo necesitará. No habrá una gran explicación del porqué ni del cómo. Las cosas no dichas continuarán rompiéndole la cabeza. Pero, cuando llegue el momento, estará ahí para él. Y sanseacabó.

Hasta luego, Lucas.
Nicolas

Animal

nico-esthover@free.fr, juju-esthover@free.fr, jeanne.dupuis5 @laposte.net, jean.beaumont2@orange.com, samsam-cahen @free.fr

Buenos días a todos:

A continuación, según lo acordado, los tres ejercicios que les propongo que apliquen en sus próximas cartas (por partida doble, ya que tienen dos corresponsales). Los dos primeros son modalidades del discurso: en primer lugar, un diálogo; a continuación, un monólogo, ya sea una situación ficticia o real. Para el tercero, tendrán que ser imaginativos: han pasado diez años, estamos en 2029, ¿qué ha sido de mí?

No tienen que hacerlos consecutivamente, pero les pido que respeten el orden propuesto: diálogo, monólogo, 2029, y que indiquen en la cabecera de la carta de qué ejercicio se trata.

Acerca del diálogo. Esta es la definición del *Larousse:* «Conversación entre dos o más personas sobre un tema determinado; contenido de dicha conversación; charla, coloquio». Deben intervenir al menos dos interlocutores. Piensen en alternar estilo directo e indirecto, no abusen de los *verba dicendi (dijo, declaró, preguntó…),* escriban réplicas de distinta extensión; la forma en que se expresan los personajes debe reflejar su personalidad.

Georges Simenon, Agatha Christie o Ernest Hemingway dominaban como nadie el arte de la conversación. Les aconsejo que los (re)lean antes de empezar.

Acerca del monólogo. Édouard Dujardin (1861-1949) dio esta definición en *El monólogo interior:* «Discurso sin oyente y no pronunciado mediante el cual un personaje expresa sus pensamientos más íntimos, casi elaboraciones del inconsciente, previo a toda organización lógica, es decir, a medida que surgen, por medio de frases reducidas a un mínimo de relaciones sintácticas para dar la impresión de reproducir los pensamientos "en bruto", tal como llegan a la mente». Encontrarán bellísimos monólogos interiores en *Aurélien, de* Louis Aragon; *Las olas,* de Virginia Woolf; *El ruido y la furia, de* William Faulkner; *Infancia,* de Nathalie Sarraute, o *La caída, de* Albert Camus.

Para el último ejercicio, 2029, tienen libertad total.

Estos ejercicios son una oportunidad para aplicar lo que han aprendido. Piensen en todos los puntos que hemos tratado hasta ahora.

Jeanne a Juliette

Verjus-sur-Saône, 17 de marzo de 2019

Querida Juliette:

No puede cambiar lo ocurrido, pero sí repararlo. Tiene que aceptar sus trastornos. Vivir con ello. Su hija la quiere tal como es y la querrá con su pasado. Está haciendo todo lo que puede para curarse y me da la impresión de que su relación ha mejorado mucho. Es una lástima que no haya disfrutado apenas de los primeros meses de su existencia, pero tienen muchos años por delante. Un día le contará lo que le pasó. Ni usted ni yo conocemos las razones del cataclismo que ha vivido, pero estoy segura de que, si llega al fondo de las cosas, con honradez y coraje, logrará romper la maldita cadena. La maternidad despertó sentimientos dolorosos en usted. Se derrumbó. Para levantarse con más fuerza. Leí *Temblores de madres*, de Maman Blues, una asociación de mujeres que comparten sus mismas tribulaciones, seguro que ha oído hablar del libro. Es una recopilación de testimonios de víctimas de depresión posparto. Se han curado. Hoy tienen una relación tranquila con sus hijos.

Piense en mi caso. Mi hija y yo estuvimos muy unidas durante veinticinco años, y luego, si te he visto no me acuerdo. Sin la menor explicación. Jamás hubiera imaginado que la vida me depararía semejante desengaño. Que llegaríamos a este extremo. Que yo, su madre, que tanto la he querido, admirado, mimado…, sería incapaz de perdonarla, de protegerla de todo y contra todo. ¿Soy anormal? ¿Qué clase de madre soy? ¿Qué clase de padre soy? Antes o después cualquier padre se hace estas preguntas. Yo me las hago cada mañana al despertar, cada noche al acostarme.

Me carteo con Samuel, no sé si lo recuerda. Le he cogido mucho cariño a ese chico que acudió tan malhumorado a nuestra reunión. Le mentí y le dije que veía muy poco a mi hija, que estaba casada y vivía en China. No me pareció oportuno decirle la verdad

cuando me escribió que nunca tendría hijos y lo complicada que es la relación con sus padres. ¿Un marido en China? ¡Vaya usted a saber por qué me inventé semejante patraña! Es un misterio…

Se pregunta por qué la evitaba su marido cuando volvió a casa. ¿Se lo ha preguntado a él?

Estoy contenta. He concertado una cita con el alcalde y un arquitecto especializado en urbanizaciones ecológicas. Construye casas con estructura de madera y paredes de paja. Se calientan en parte con energía solar, recogen el agua de lluvia en cisternas, disponen de bonitos jardines individuales, salas y huertos comunes. A pesar de nuestras diferencias, aprecio al alcalde. Me preguntó por qué estaba tan apegada a la prehistoria. Nunca pierde el humor, es una de sus cualidades. Es una lástima que sea tan insensible a la ecología y la arquitectura. «¿Por qué no va a ser posible en nuestra región lo que es posible en Bretaña y el norte de Francia?», le repliqué. Suspiró: «Me rindo, Jeanne. Como de costumbre, la última palabra la tiene usted». Fumamos la pipa de la paz en su jardín, en torno a una botella de beaujolais-villages.

Todo irá bien, Juliette.

Jeanne

Juliette a Jeanne

Malakoff, 29 de marzo de 2019

Hola, Jeanne:

Gracias por sus palabras de ánimo. Me ayudan mucho. Sobre lo que le está pasando con su hija, la compadezco y la admiro. No tratar de verla a toda costa, no esperar sus noticias, tiene mucho mérito. Efectivamente, no estamos obligados a aceptarlo todo de nuestros hijos. Pero ¡qué difícil debe haber sido esa decisión! Y mantenerse firme, mucho más. Sinceramente, me pregunto si tiene razón en no intentarlo todo para restablecer la comunicación con ella.

Me dice en su carta que tal vez ignoro las causas de mi depresión. Las conozco y creí que se las había mencionado. El mío fue un parto secreto, el 10 de diciembre de 1979, en Caen. Mi madre no me dejó nada, ni una carta para explicarme su decisión ni un recuerdo. Me acogió una pareja que había solicitado la adopción ocho años antes. Para ellos, era la octava maravilla del mundo. Me colmaron de amor. Tengo unos padres maravillosos. No me han ocultado mis orígenes. No era un tema tabú. Lo arrinconé, eso es todo. Cuando pensaba en ello, lo hacía con ligereza, incluso con frivolidad. ¿Cuál de los dos, mi padre biológico o mi madre biológica, tenía el pelo negro, los ojos almendrados, las cejas tan espesas? Nunca me dio por hacer una investigación. Tampoco sabía que fuese posible. Recientemente me enteré de que existen sitios web especializados. Tecleas tu nombre, tu ciudad, tu fecha de nacimiento y ellos cotejan esa información con los elementos de su base de datos. También existe el CNAOP, un organismo estatal que atiende a las personas en busca de sus orígenes. En realidad, no quiero saberlo. Temo que los resultados me hagan daño. Es demasiado tarde. Prefiero aprender a hacerle un hueco en mi vida a esa madre fantasma. Aspiro a seguir adelante tanto con lo que se me ha hurtado como con lo que se me ha concedido. Después de haber roto, como dice usted tan acertadamente, la maldita cadena.

Usted admiraba a su marido. Yo admiro al mío. Por su forma de abrirse camino. Creo que ya se lo he contado. Las estrellas Michelin no se le han subido a la cabeza, aunque está orgulloso de ellas. Respiré aliviada al comprobar que se mantenía fiel a sus principios. Las invitaciones, los halagos que suscitan este tipo de recompensas, toda esa parafernalia le resbala como el agua sobre las plumas de un pato. Siempre vuelve a lo que es en el fondo, un niño maravillado por el arte de cocinar. París, con toda su pompa y boato, podría haberlo estropeado. Se protegió con uñas y dientes de toda esa tontería. Si no dan bien de comer, los restaurantes de moda lo irritan, tanto como los que tienen precios exorbitantes. Nicolas tiene un pronto temible. Dice lo que piensa, enseguida pierde los nervios. Le gusta

provocar escándalos. Cuando se acerca la tormenta, por mucho que le diga que se tranquilice, que no haga caso, que él a lo suyo, no me ve, no me oye. Solo tiene un deseo: meterse en el fregado. En estos casos, mi querido, mi ardoroso volcán, me vuelve loca.

Tiene que venir a cenar al Camélia, Jeanne. Se come divinamente y el salón es muy bonito. Nicolas conservó las paredes de piedra, optó por un suelo de hormigón, eligió cortinas de terciopelo de color carbón, mesas de roble ahumado y sillas negras de cuero envejecido. «Muy alegre no es», comentó su padre, con razón, cuando cenó allí.

La felicito por la reunión que mantuvo con su alcalde. La testarudez tiene su punto. No sé mucho sobre arquitectura ecológica. ¡Imagínese! Mis padres viven en una urbanización que se parece mucho a las que usted describe.

Desde el comienzo de este taller, Esther me ha señalado que tengo dificultad con los elementos de relación. Por lo visto no uso suficientes conjunciones. Lo pienso antes de escribirle y luego lo olvido, no hay nada que hacer. Espero que mis palabras no sean confusas por culpa de eso.

Un afectuoso saludo,
Juliette

Jean a Esther

Cantón-París, 27 de marzo de 2019

Hola, Esther:

«Usted representa todo aquello de lo que huyo.» Sus palabras me han hecho polvo. Sea indulgente, le hablo de mí con absoluta franqueza, no es fácil cuestionarse a uno mismo. Pase de puntillas por la parte en que da pasaporte a sus novios por «defectos redhibitorios», no se ande con remilgos, olvídese de los tecnicismos y vaya al grano. Me muero por conocer esos defectos que firman su sentencia de muerte.

Pienso en usted y en su padre con frecuencia. O,

mejor dicho, en la correspondencia que mantenían. Desde luego, es poco común…

Si dejo de trabajar, tengo un plan: instalarme en el balcón de mi casa. Me dedicaré a contemplar el cielo, a observar a las personas que pasean y se citan en el parque de las Tullerías que tanto me gusta. Es el único lugar en donde me veo, en ningún otro. Veré pasar los días desde mi balcón: «Poco se gana hilando, pero menos mirando», habría dicho mi abuela. Mi cerebro se niega a proyectarse más allá de eso, a darse otra perspectiva que no sea la de ese balcón con vistas.

Haré un esfuerzo por usted, Esther, e imaginaré el resto. Es invierno, estoy tiritando de frío en el balcón, con una manta de viaje sobre los hombros; ya no fumo uno, sino dos paquetes al día. Estoy cansado. Me distraigo contemplando a los paseantes habituales: un señor que saca a su *teckel* todas las mañanas a las siete en punto; el cuidador de mascotas que pasea a trote ligero con una docena de perros pegados a sus talones; corredores con cascos en las orejas; niñeras que charlan sentadas en un banco mientras los niños juegan; barrenderos y jardineros trabajando en los parterres a cualquier hora del día; los turistas que caminan y miran pasmados como turistas. Por desgracia, llega un día en que ya no me entretienen. Es hora de irse sin dejar rastro. Preparo mi desaparición. Como la gente que se evapora en Japón. Cambio de aspecto, de nombre, me libero de toda obligación, de cualquier influencia, ya no tengo ningún compromiso, ni conmigo ni con los demás. No soy nadie. ¿No le parece un cambio radical, Esther?

Afectuosamente,
Jean

Por miedo a empañar todavía más su imagen, Jean no le habla a Esther de su trabajo, de lo que le han encargado que haga en los últimos años y él ha llevado a cabo a pies juntillas. Arnaud y Pascal saben cuál es su talón de Aquiles: el dinero. Le encomendaron las tareas más ingratas, cada año un poco más, ese tipo de tareas para cuya ejecución exitosa no se pueden

tener escrúpulos. Podría haberse negado, pero no lo hizo. Se prestaba a todo, daba igual el encargo, siempre y cuando estuviese bien pagado. Jean nunca imaginó que Arnaud y Pascal pudiesen considerarlo otra cosa que no fuese un amigo. Ya no está tan seguro. En el peor de los casos, lo desprecian; en el mejor, les es indiferente. Se pone en su lugar. Los entiende.

Esther a Jean

2 de abril de 2019

¡Por favor, Jean!

Lo suyo es de una mala fe increíble. Le escribo que, lógicamente, debería encontrarlo insufrible, pero que no es así, y me acusa de ser dura basándose en una única frase: «Usted representa todo aquello de lo que huyo». Esa síntesis no nos hace justicia a ninguno de los dos. Me supone una arpía déspota e intransigente con los hombres. Me imagina dándoles este tipo de ultimátum: «El tono de tu voz me da dentera, prefiero que lo dejemos», o «Qué curioso, no me había fijado en que comías con la boca abierta», o incluso «Si hubiera sabido que desayunabas achicoria, me hubiera ido a dormir a mi casa». Se equivoca de medio a medio. Al contrario, les oculto cuidadosamente mis temores neuróticos sobre la vida en pareja. Esgrimo pretextos como el deseo de estar sola o el momento equivocado para comenzar una nueva historia.

Tiene razón, la correspondencia que mantenía con mi padre era de lo más original. Soy muy consciente de que escribirnos —habida cuenta de que vivíamos en la misma ciudad— era una extravagancia, como dos viejos chapados a la antigua. Tal vez por eso, por mi «pasado epistolar», los correos electrónicos, los mensajes de texto o las redes sociales no son de mi agrado. En Instagram, donde se comparten fotos y vídeos, no hacen falta frases, o hacen falta muy pocas, para exhibir el ego. Marco incomparable, caras sonrientes, cuerpos bronceados, traviesos gatitos, platos apetitosos… En el mejor de los casos, se añade un latiguillo, solo para hacer reír a la gente. Esa

sobreexposición de felicidad pringosa y postiza, tan artificial, ese narcisismo asumido, reivindicado, me contrarían. WhatsApp no es mejor. Ya no se puede asistir a una cena, a una fiesta, ir de fin de semana o de viaje, sin crear un grupo, sin mantenernos informados colectivamente de cualquiera de nuestros actos y gestos, con fotos y comentarios que los ilustren, penosos en la mayoría de las ocasiones. ¿Qué significa esta imposibilidad de contentarse con el momento presente y dejarlo ir? ¿Por qué no podemos apreciar las cosas y los acontecimientos por lo que son? Nuestro jardín es un erial. Cuando trato de convencer a mi hija de las ventajas de la escritura, ella contraataca con las ventajas de las redes sociales. Me reprocha que las caricaturice y las desprecie. Instagram también sirve para mostrar tu trabajo, para compartir momentos, para defender tus opiniones, para contar *stories*… Cuando me habla de esas cosas, me siento como si tuviese cien años. Y, además, ¡cómo que *stories*! ¿Por qué no *historias*? Siempre acabamos discutiendo por tonterías.

Conozco el jardín de las Tullerías, es un lugar muy hermoso. Tiene suerte de vivir enfrente. De ahí a pasar sus días en el balcón, me parece exagerado. ¿Y por qué habla de «evaporarse»? En Japón, se pasa al estado de *johatsu* después de un despido, para escapar de un trabajo ansiogénico, de una situación familiar insoportable, de una deuda, del deshonor. ¿Por qué razón iba a desaparecer usted? Sé que me está tomando el pelo, pero, por favor, no se pase. Los hombres que piensan en lo peor respecto a su vida y me informan de ello por correo no me hacen ninguna gracia.

Me armé de valor y me he traído a casa las cartas que intercambié con mi padre durante más de veinte años. Sabía que las guardaba en cajas, pero ignoraba que estuviesen tan bien clasificadas, por orden cronológico de la primera a la última. He empezado a ordenar las que me envió él. ¡Lo que me espera! Mi padre era un hombre metódico. Yo, en absoluto. No quiero releerlas, no estoy lista. Me he fijado en lo mucho que ha ido cambiando mi caligrafía a lo largo de estos veinte años y en cuánto se parece ahora a la suya. Imagíneme sentada aquí, rodeada de docenas de cajas y unas seis mil cartas esparcidas a mi

alrededor. Así es como me encontró Pia, cuando volvió de pasar una semana en casa de su padre. Lo tildó de «bastante aterrador». Quiere saber si algún día le permitiré leerlas. Sí, por supuesto.

Cordialmente,
Esther

P. S.: Cuando se acuerde, envíeme una foto de la vista de las Tullerías desde su balcón. Un día de lluvia, si es posible. ¡O, mejor aún, un día de niebla!

Nicolas a Juliette

París, 30 de marzo de 2019

Juliette del alma mía:

Cuando volviste a casa, no sabía a qué atenerme. Estaba aterrorizado con la idea de que te desmoronases y se repitiesen tus desvaríos. No pensaba en otra cosa. Al menor signo de alerta, tenía que llamar al médico. No soportaba tus reproches, tu desesperación, tu locura, tus celos. Antes de introducir la llave en la cerradura, respiraba hondo y rezaba para no encontrarte tirada en la cama, al borde del ataque de nervios. Estaba con el alma en vilo. Tenso como un arco. Agotado. Me hice insignificante, con la esperanza de que pudieras recuperar tu espacio, de que volvieras a empezar de nuevo con Adèle. Me hubiera gustado irme unos días. No pensaba en recomponer nuestra relación. Comprendo que me lo reproches. No podía hacer otra cosa. Si me hubieses dicho: «Dime que me quieres, necesito estar tranquila, recuperar la confianza en mí», habría sido incapaz de hacerlo.

¿Recuerdas la letra de *Sueños secretos de un príncipe y una princesa*, la canción de Michel Legrand que elegiste para nuestra boda en el ayuntamiento? Volví a oírla el otro día en la radio.

¿Qué hacer con tanto amor?
¿Querrás mostrarlo o no?

Olvidar la prohibición
Ir juntos a la cantina
Fumar en pipa a escondidas
Atiborrarnos de pasteles
¿Qué hacer con tantos placeres?
Hay tantos en esta vida…

Esa canción se parecía a nosotros. Nos gustaba hacernos esa pregunta. ¿Qué hacer con tanta felicidad? Nos entregamos a ella en cuerpo y alma, la disfrutamos a todas horas, como si cada día fuese el primero y el último. Quince años después, nos decíamos que teníamos en nuestras manos un pequeño milagro. Bueno, yo me lo decía. ¿Lo idealizaba?

Al escuchar el final de la canción, me reí como un tonto. Escucha:

Tener niños a patadas
Vivir juntos para siempre
Un feliz cuento de hadas.

Me da igual los hijos que tengamos. Me gustaría que volvieras conmigo, que los tres nos atiborrásemos de pasteles y que tú y yo fumásemos en pipa a escondidas. Que fuésemos felices y comiésemos perdices.

N.

Juliette a Nicolas

Malakoff, 7 de abril de 2019

Nicolas:

La canción de Michel Legrand comienza así: «No sabía que me querías. ¿Estás seguro?». Tenía miedo de que ya no me quisieras. No seré capaz de subir la pendiente si no estás a mi lado. Afortunadamente, tengo tus cartas, llenas de palabras de amor y aliento. Las leo día y noche sin parar. Son como una caricia, me producen cosquilleos, me reconfortan. Ayer en la maternidad con Adèle estuve más relajada que de costumbre. Por primera vez, compartimos un ataque de risa. Te lo cuento: estábamos en la sala de juegos cuando un niño rompió a llorar. Adèle dejó de

jugar, lo miró y quiso imitar aquellos pucheros. No fue capaz. Torció la boca, hinchó las mejillas, entrecerró los ojos… Estaba graciosísima. Me dio un ataque de risa y no era capaz de parar. Me miró sorprendida, luego se echó a reír también, a carcajadas. ¡Fue estupendo! Me olvidé de todo durante unos minutos. Lo único que importaba era reír y reír con ella. Viví mi primer momento de felicidad con nuestra hija. Descubrí esa felicidad que no se puede comparar a ninguna otra cosa. Adèle lloró cuando le di un beso al despedirme. Yo también. Pero eso ya debes saberlo por tu madre, que también se emocionó. Me preguntó por qué no me quedaba. No contesté.

Espero que haya muchas más primeras veces con Adèle. Que no todo esté perdido. Es el comienzo de nuestra vida juntas, que empieza más tarde de lo previsto. En mis sueños te beso, acaricio tu pelo, me abrazas, me desnudas y luego ya no te veo. Estoy desnuda. Has desaparecido en el estruendo de una tormenta.

No me has hablado de tus experimentos con lo insípido.

Émeline me comentó que habían abierto unas cuantas panaderías-pastelerías en la calle de los Mártires y me pasé por allí. Me pregunto cómo se las arreglan para salir adelante. ¿Te puedes creer que entre el número 1 y el 60 hay cuatro panaderías, dos pastelerías, una especializada en merengues y otra en petisús? El *brioche* con pralinés está de moda, probé uno… Pssché. Ni fu ni fa. La masa era buena, los pralinés, demasiado dulces. Siempre igual: o los pralinés son malos y hay demasiados o son buenos y los puedes contar con los dedos de una mano. Nadie se convierte en François Pralus de la noche a la mañana. La visita me dio la idea de un *brioche* hojaldrado con capuchino. Cada vez se ven más harinas ecológicas y artesanales, lo que refuerza mi proyecto del molino. Así tendré la oportunidad de producir y seleccionar mis propios cereales. De un tiempo a esta parte, parece haber más flexibilidad y tolerancia con el uso de algunos que no figuran en el Catálogo. No me has dicho lo que pensabas al respecto.

He intentado escribir a mis padres, pero no he sido capaz.

Muchísimos besos,
Juliette

Jeanne a Samuel

Verjus-sur-Saône, 1 de abril de 2019

Querido Samuel:

Cuando vaya a Lyon, me compraré *La intrusa*. Leí *Por quién doblan las campanas* cuando estaba en primero. Lo recuerdo porque entonces salía con un español, Jesús, un compañero de clase. Por lo visto era un nombre común en su país. A mí, educada en una familia atea, se me hacía muy raro que alguien se llamase así. ¿Cómo se vivía con el nombre de pila de un profeta? ¡Y lo que me costaba pronunciarlo! ¡A quién se le ocurre ponerle a un hijo Jesús! ¿Cómo serían sus padres? Por más que lo miraba no obtenía respuesta a mis preguntas, pero me enamoré perdidamente. A mi Jesús le importaban un pimiento el auténtico Jesús y toda su camarilla. Lo que lo apasionaba era la guerra civil española.

Es estupendo que persevere en la lectura, Samuel. ¿Sus padres se han dado cuenta?

No me había hablado de su amigo Ben hasta ahora. ¿Hace tiempo que se conocen?

Yo rara vez recuerdo mis sueños. En cambio, a mi marido le gustaba contarme los suyos. Eran estrafalarios. «¿Y qué más?», le preguntaba cuando interrumpía bruscamente su historia. «No hay más. Colorín colorado.» Los suyos son transparentes, tienen un principio, un desarrollo y un final. Usted no es ningún «mierda». La próxima vez que pasee por el bosque, antes de continuar su camino, vuélvase para despedirse de su hermano, que no puede seguirlo y por quien no puede hacer nada.

No es que me haya olvidado de hablarle de mis animales, es que me preguntaba por dónde empezar. Me gustaría que compartiera mi empatía por ellos o al menos que la comprendiese. Me da miedo parecerle ridícula. Lo mejor es que le cuente cómo me encariñé con ellos.

Por mi trigésimo cumpleaños, mi marido Hadrien me regaló un perro. Se llamaba Domingo. Un *flat-coated retriever*. Era alto, delgado y musculoso, tenía los ojos negros y el pelo largo también negro. Los cobradores de pelo liso son preciosos; sobre todo, este. Había sido adiestrado para un invidente, pero a los dieciocho meses fue dado de baja y ofrecido en adopción. Era pura energía. Y muy cariñoso. Hadrien y yo nos reíamos al imaginarlo como perro guía. La pobre mujer o el pobre hombre al que se le hubiera asignado sin duda habría acabado despatarrado en la cuneta.

Domingo murió a los diez años. Sus últimos meses fueron duros. Tenía un tumor en la cadera. El pobrecillo, que adoraba correr y nadar, estaba cada día un poco más debilucho. ¡Guau! ¡Había que verlo correr por el bosque o caminar sobre el hielo cuando el estanque estaba congelado! Ya no podía hacerlo, nuestros paseos eran cada vez más cortos; se sentaba en medio de la calle para recobrar fuerzas, esperando, pobrecito mío, a que pasara la crisis. Me sentaba a su lado y lo acariciaba. «No tenemos prisa», le decía. No era verdad. Yo llegaba tarde a mis citas. Se levantaba y nos íbamos, pasito a pasito. Me esforzaba en ir detrás de él, para que se hiciera la ilusión de que me estaba guiando, como siempre había hecho. No soportaba caminar detrás de Hadrien o de mí. Domingo no tenía correa. Detesto las correas, los bozales, las jaulas, las fustas, las mordazas…, todos esos objetos que encierran, aprisionan, encarnan nuestro dominio sobre el animal. Le iba hablando por el camino: «Qué valiente, Domingo». Lo pensaba, tristemente. Yo, que hasta entonces había sentido lástima por los viejos que hablaban con su perro en plena calle… El grandullón sufría, pero no quería rendirse. Cuando le decía «¿Vamos a dar un paseo?», seguía levantándose de un brinco, vacilando sobre sus patas antes de lograr el equilibrio necesario para salir. Me daba miedo que en una de esas ocasiones se derrumbase.

El cáncer se extendió al hígado y a los pulmones. Solo dábamos unos pasos por la acera antes de volver para que se tumbase. Se había quedado tan flacucho, tan frágil.

Aplazamos varias veces el momento de la eutanasia. Una mañana, ya no se levantó. Parecía sufrir mucho. Era el final. Quería que muriera en casa. Llamé al veterinario. Acaricié a mi perro, me acosté junto a él, apoyé mi cabeza contra la suya y le hablé a través de mis lágrimas: «Eres un perro maravilloso, Domingo. Eres el que soñaba tener desde que era niña». Temía el momento en que sonase el timbre. Finalmente, lo oí. El veterinario le puso la inyección y se apagó lentamente.

Me pasé dos semanas llorando día y noche, Samuel. Era increíble. Mis lágrimas no dejaban de brotar. Llorar así, sin parar y durante tanto tiempo, es agotador.

Todo me recordaba a Domingo. Lo extrañaba muchísimo. Abría la puerta de casa y no estaba allí para recibirme. Subía al coche y no veía su hermosa cabeza en el espejo retrovisor. En cada calle, en cada tienda, en cada parque, tenía un recuerdo con él.

Mi pena era inmensa. Me daba vergüenza, no podía hablar de ello. No tenía palabras. Si hubiera confiado a mis amigos el alcance de tan honda tristeza, la habrían considerado desproporcionada y ridícula. Incluso obscena. Sabía que me recuperaría, ese no era el problema. Pero no entendía la intensidad de mi dolor, por qué no lograba controlarlo. Había perdido un perro, no un hijo. Me había preparado para lo peor desde hacía tiempo. ¿Entonces? Una hipótesis: la relación entre el hombre y el perro es única, incomparable. El perro se entrega a su amo en cuerpo y alma, como si fuera toda su vida. Solo tiene un objetivo: satisfacerlo. Es leal, cariñoso, su amor es incondicional. En el caso improbable de que hubiese sido cruel con Domingo, si lo hubiera golpeado, aterrorizado o matado de hambre, me habría mirado con ojos de perro apaleado, pero habría permanecido fiel y dócil hasta su último aliento. Ese amor inquebrantable suscita mi admiración. Pero, además de eso, hay algo que estremece. Con Domingo me di cuenta de lo fácil que es aprovecharse de un perro, de su entrega, y caer en lo contrario, en el desprecio y la indiferencia (no me refiero aquí a las personas que maltratan a los

animales). Pagar con él nuestro mal humor, castigarlo sin paseo cuando tenemos prisa, mandarlo a la porra. ¿Qué arriesgamos a cambio? Solo una mirada que dice: «¿Qué he hecho mal? ¡Perdóname! Te quiero». ¿Merecemos todo ese amor? Por supuesto que no. No estamos a la altura. Es imposible.

Y ser conscientes de que no estamos a la altura de ese cariño es irritante y mortificante al mismo tiempo. Me instó a que le hablase de mis animales. No podría hacerlo sin evocar a Domingo.

Perdóneme, sé que esta historia, mientras usted llora a Julien, es extemporánea. La muerte de un animal no se puede comparar a la de un hermano. Es otra escala, son otros valores.

El perro es feliz con su amo, es obediente, está a sus órdenes. Así ejercemos nuestro poder sobre él, como sobre todos los animales, sin límite y sin excepción. El hombre los ha hecho esclavos a lo largo de los siglos. Nunca cuestionó ese dominio. A principios del siglo xxi, seguimos comiéndolos, cazándolos, pescándolos, entrenándolos, torturándolos, apaleándolos, descuartizándolos, encerrándolos, exterminándolos. Sufro lo indecible con ello. Me pone enferma. ¿Qué derecho tiene el hombre a comportarse así? La respuesta es archisabida: en nombre de su inteligencia superior. ¿De verdad el hombre da prueba de inteligencia usando y abusando de los más débiles? Como ve, mi compasión es inmensa. Cuando tengo el valor de ver los vídeos de la asociación L214 Ética y Animales, o los de PETA (Personas por el Trato Ético de los Animales), que denuncian las infamias de las que somos capaces, se me revuelven las tripas y grito de rabia. Esta mañana me he enterado de que los chinos compran a África 1,8 millones de pieles de burro cada año, un ingrediente esencial en su medicina, ¡a África!, donde asesinan a los pobres animales a martillazos. Grrrr… Me consuelo de estos horrores implicándome en la causa animal. Podría haber elegido otra. Hay muchísimas. Si no me apuntase al activismo, si me quedase de brazos cruzados, me habría deprimido, me habría vuelto una amargada.

Fue Hadrien quien quiso vivir en el campo. Acepté con una condición: recoger animales destinados al

matadero. Mis dos vacas, unas *prim'holstein,* se llaman Mezzo y Soprano. Son tremendamente cariñosas cuando apoyan su cabeza en mi hombro. Recogí a Chocolate, mi burro, en el refugio Les Crins de Liberté. Es muy arisco. Tiene miedo de todo. Hace tres años que trato de amansarlo, sin éxito. Pero se lleva bien con Yamaha, mi caballo. Lo compré en un club de equitación que iba a mandarlo a la carnicería. Demasiado viejo, demasiado cansado.

También tengo dos cerdos, procedentes de la cría en batería, que me dejaron llevar porque estaban enfermos. Pasaron los primeros días aterrorizados en la parte trasera de su pocilga. Si intentaba acercarme a ellos se daban golpes contra la pared del fondo, ¡pam! Tardaron en salir. Eran muy desconfiados. Se escondían tan pronto hacía un gesto o percibían que algo se movía fuera. Un día, por fin, se decidieron a poner sus pezuñas en la tierra, en la hierba. Descubrieron cómo era caminar sin trabas, saborearon la luz del día, el sol, el aire, los árboles, el horizonte. Y, por primera vez, ¡se revolcaron en el barro! Cuando presencio este tipo de escenas, un animal encarcelado y maltratado que descubre la libertad (en fin, semilibertad), me digo a mí misma que tengo razón al meterme en estos berenjenales.

Cuando se curaron, se los presenté a los niños del pueblo. «¡Qué asco, son feos, están gordos, huelen mal!» En realidad, les daban miedo, pero no se atrevían a decirlo. No se imaginaban que los cerdos fueran tan imponentes. Así que bromeaban: «¿Nos invitarás a un bocata de jamón, Jeanne?», o «¿Se hacen perritos calientes con ellos?». Me propusieron un montón de nombres que rechacé: Torrezno y Panceta, Óscar y Mayer, Para san Martino y Gorrino, Salchichón y Botillo… Los niños han aprendido a respetarlos. Al final les pusieron Alfred y Robert. Mis animales viven en dos prados enormes. Los fines de semana, los niños llaman a mi puerta para ayudarme a alimentarlos y limpiar las pocilgas. Les hablan, los acarician. Es un triunfo. Y, como siempre, es cuestión de educación. He educado a Alfred y Robert. Casi se han vuelto cariñosos. Me pregunto si los animales que han tenido la suerte de escapar del infierno recuerdan su

pasado o lo olvidan.

No recogí ningún perro después de Domingo. Para no revivir la pena. Lea en voz alta este extracto de *Perros*, un admirable ensayo del filósofo Mark Alizart:

Y digo más: ese ángel también, ese ángel, sobre todo, es un perro, uno de esos que preceden febrilmente a su amo vigilando constantemente por encima de sus hombros que la catástrofe ambulante que somos los sigue detrás. El perro, tu rey.

El timbre de la entrada interrumpe a Jeanne. Es Luc. «Que venga a verte no significa que no tenga razón, sino que no me gusta esta situación entre nosotros», gruñe en el umbral. Jeanne lo invita a cenar. Soslayan los temas que los incomodan. La velada termina con música. Sin que sirva de precedente, Jeanne acepta sentarse al piano. Interpreta los *Nocturnos* de Chopin, la *Rhapsody in Blue* de Gershwin y el *Vals romántico* de Debussy. Luc está de pie junto a ella, observa sus dedos sobre el piano, su cuerpo acompañando la música, su rostro apacible y sonriente. Es tarde cuando vuelve a casa. Nunca la ha visto así. Tocar durante tanto tiempo, sin dolor en las manos, le ha sentado de maravilla: Jeanne terminará la carta más tarde.

Sé lo que está pensando, Samuel, como si lo estuviera viendo: esa vieja chocha debe de comer semillas y gusanos, lavarse el pelo con pulpa de aguacate, iluminarse con velas y vestirse con tela de saco. ¡Ja, ja! En absoluto. No soy fundamentalista. No como carne, hago compost, tengo un aljibe que recoge el agua de lluvia, viñas en cultivo sostenible y evito el plástico en la medida de lo posible. ¡Y eso es todo! (¡Caray! Después de los consejos de Esther, me propuse no abusar de las interjecciones y ya estoy otra vez.)

Terminaré la carta con una cita de George Thorndike Angell, un abogado americano, ferviente defensor de la causa animal:

A veces me preguntan: «¿Por qué inviertes tanto

tiempo y dinero hablando del respeto a los animales cuando hay tanta crueldad hacia el hombre?». A lo que yo respondo: «Estoy trabajando en sus raíces».

Jeanne

Samuel a Jeanne

5 de abril

Hola, Jeanne:

Ben es mi mejor amigo desde primaria. En el colegio él era el vago. Hoy es al revés. Hizo un grado de formación profesional y desde entonces trabaja en un restaurante. No siguió estudiando porque le gusta cocinar y quería tener pasta para sus cosas. Sus padres van tirando con lo que les sale aquí y allá. Ahora se arrepiente, dice que le falta base. Va a intentar ir a la escuela de hostelería. Me gustaría decirle que Ben es casi como mi hermano, pero no puedo compararlo con él. Fuimos al *Cabaré de Poussière*, el circo que ahora está en la Cebra de Belleville. Fue genial. Nunca habríamos ido si no nos hubiesen salido gratis las entradas. Hay cantantes, bailarines, monologuistas, es muy poligonero y superatrevido, te partes el culo. Al salir, una chica dijo que era «lo burlesco en todo su esplendor». Miré en el móvil lo que significaba *burlesco*. Era tal cual, la chica tenía razón, pero me pasa lo mismo que a usted con las interjecciones, ya no me acuerdo de lo que era.

A ver, no es verdad que ya no vaya a París. Sigo yendo para empotrarme en las manifestaciones. El motivo, se lo digo francamente, me la suda. Lo que me gusta es estar entre la multitud, bien apretado, en medio de gente excitada cantando y gritando. Ese ambiente me pone a tope. Estuve en las manis de los de Act Up, en las de los estudiantes delante del Panteón contra la subida de las tasas de matrícula de los estudiantes extranjeros, me manifesté por el clima, por el derecho a la vivienda, por los simpapeles, contra el cierre de las urgencias de un

hospital… Tengo la impresión de ser alguien, de formar parte de una comunidad. Al principio, iba para conocer tías, pero pronto me di cuenta de que no era un buen plan. Ellas llegan en grupo, es difícil llamar su atención. Bueno, exagero, hay algunas simpáticas. Pero me siento como un gilipollas con esas chicas. Resulta que las que me molan son las que estudian, gritan y cantan fuerte. Cuando se interesan por mí, cada vez que me hacen preguntas, flipo. No estoy a la altura, prefiero abrirme. Tengo colegas que son muy buenos en eso. Yo no.

No creo para nada que sea una vieja chocha. Y, ahora que le he contado por qué iba a las manifas, va a pensar que soy estúpido.

Mi madre es ecologista como usted, pero a ella es la enfermedad de Julien lo que la ha vuelto así. Tiene fobia a los microbios y a los productos tóxicos. Fabrica sus productos de limpieza. Analiza la composición de todos los alimentos que compra. Nada pasa la puerta de casa sin la autorización de Yuka. ¿Conoce esa aplicación? Comemos carne de la carnicería una vez a la semana. No sé si le dije que mi madre es enfermera de prisiones. Es duro, pero le gusta su trabajo, porque se siente útil, para los presos y los guardias. Lo que no soporta, y dice que nunca se acostumbrará, es el olor que hay dentro: «A cerrado, a humedad y a trapo mojado, a canguelo, a rabia y a venganza». Me gusta su manera de hablar de eso. En casa, instaló un difusor de aceites esenciales en el salón para «olvidar más rápidamente el olor de la cárcel». Como nuestro piso es pequeño, huele toda la casa, pero da igual, yo ya me he acostumbrado.

Me gusta mucho lo que escribe sobre los animales. Lo que yo creo es que un día no habrá ni un solo animal sobre la Tierra. Ni elefantes ni leones ni saltamontes ni ciervos ni moscas ni mariposas… habremos acabado con todo. Los hombres seguirán estando aquí. Encontrarán otras cosas que comer. Quienes hayan conocido los últimos animales los echarán de menos y los hijos de esos hombres no entenderán por qué. No habrán visto ningún animal. Pensarán que los animales están pasados de moda. Con los clones es lo mismo, solo que mejor.

Aún no he empezado a leer *Por quién doblan las campanas*.

Samuel

Jean a Nicolas

Túnez, 12 de abril de 2019

Nicolas:

Soy ese individuo y nada más: un tipo dotado para los negocios que se ha enriquecido, que se ha divertido comprando coches caros, coleccionando relojes y trajes de Hermès. Que no ha dudado de nada durante veinticinco años, que jamás se preguntó qué sentido daba a su vida. Que despidió a cientos de personas sin pestañear. ¡Que cada palo aguante su vela!, tengo objetivos que cumplir. Luego pasó algo extraño. Justo antes de cumplir los cincuenta, vendí mis relojes y, a continuación, mis coches. No para ganar dinero, sino porque me estorbaban. Ya no me divertían. Estaba harto de semejante acumulación de bienes. Hastiado. A medida que me iba desprendiendo de todo aquello, me iba notando más ligero y alegre. Necesitaba despojarme de todo, hacer un vacío. Nada justificaba aquella euforia, que, pensándolo bien, era bastante preocupante. «¿Y ahora qué?», me pregunté, cuando lo hube vendido todo. Ahora, nada. Era como un globo que se desinfla. Había creado un vacío, me había deleitado con el espectáculo y me preguntaba: «¿Qué hago con el resto de mi vida?».

Si algún día Boris me necesita, espero no darle la espalda. En cualquier caso, gracias por lo que me ha contado de su padre.

Tiene razón, a veces tengo reacciones extrañas. Me resulta difícil decirles a mis hijos lo que siento. Al día siguiente, me pregunté si Emma me había encontrado ridículo.

En Chicago hacía un tiempo de perros. Mis reuniones, bien, pero no tuve ni un minuto para ir al museo.

No le dije a mi hija que me había apuntado a un taller de escritura. No se me ocurrió. Tampoco estoy seguro de querer que lo sepa.

Jean

P. S.: Me muero por probar su «qué sé yo». Me encantan los erizos de mar.

Nicolas a Jean

París, 20 de abril de 2019
(Aquí el diálogo.)

Hola, Jean:

No sé si se da cuenta de que ha dibujado un retrato apocalíptico de sí mismo. Los tipos como usted, y conozco a unos cuantos, son lo que más asco me da en este mundo. Fardan de la pasta que tienen, se forran con los dividendos de su empresa y les importa un rábano la gente que dejan en la estacada. Bueno, pues a pesar de eso, usted me cae bien. No me trago que sea de esa clase de gente. A lo mejor, porque es sincero y se cuestiona a sí mismo. Tiene todo el derecho a no soportar mis grandes teorías y mis juicios sumarios, ya que mi cocina no es precisamente popular ni barata. Mis dos conciencias andan a la greña, la buena y la mala. En mi descargo, calculo los precios de la carta de la forma más justa. Una vez que he pagado a mis equipos, los productos y el alquiler, vivo bien, pero tampoco crea que es para lanzar cohetes.

Conversación de todos los días entre mi mala conciencia y yo:

—A ver, Nicolas, ¿no te parece un abuso un entrante de sesenta talegos?

—Es que lleva erizo de mar y el erizo es caro.

—¡Lleva UN erizo!

—Sí, pero con caviar…

—Para el carro, tío, que se pueden contar los granitos.

—Pues no me queda otra. A cincuenta y cinco euros, no me salen las cuentas. Y, además, es una auténtica delicia…

—¿Tengo que recordarte cuánto facturabas por versionar las plumas de pasta con jamón al aroma de trufa blanca? Lo que versionabas sobre todo era el precio, eso sí que era una obra de arte.

—Me estás cabreando.

—Si tu padre te viera… Bueno, ya que estás tan convencido, deberías invitarlo un día de estos y esta vez darle una carta con los precios.

—No hay en todo París mejor relación calidad-precio que mi menú del mediodía.

—Ya, pero ¿quiénes pueden disfrutarlo? Los hombres de negocios. ¿Recuerdas tu proyecto de restaurante para discapacitados?

—En cuanto pase este apuro, me pongo en serio.

—Veremos…

Hasta luego, Lucas.
Nicolas

Conversaciones

Jeanne a Juliette

Verjus-sur-Saône, 6 de abril de 2019

Hola, Juliette:
En esta carta va mi diálogo.

Así pues, hizo falta que naciese su hija para que su propio nacimiento le atizase en la cara de vuelta como un bumerán. Podría haber vivido el embarazo y el nacimiento del bebé como si nada hubiera ocurrido, sin dejar de esconder su pasado. Eso es lo que habría sido asombroso y preocupante para el futuro de ambas. ¿No cree? En su depresión posparto, hay un efecto espejo entre dos madres, su madre biológica y la madre en la que se ha convertido; y entre dos hijas, Adèle y usted. Usted ha roto el espejo por Adèle. No soy psicóloga, lo que le escribo no es más que una intuición, una emoción.

Me gusta su Nicolas. Cuando veo a mis vecinos volver del supermercado con el maletero lleno hasta los topes de comida basura, yo también me subo por las paredes. La indignación tiene sus cosas buenas. Imagínese: en el pueblo tenemos una panadería estupenda, que lleva una pareja joven y simpática. Pero son muchos los lugareños que prefieren comprar pan industrial en las grandes superficies. Un día, vi a mi vecina Nathalie descargar la compra, salí de casa y me ofrecí a echarle una mano. Un pretexto para hablarle del pan. Como tenía prisa y había hecho compras en previsión de una tercera guerra mundial, aceptó. Me tuve que morder la lengua mientras la veía sacar del coche los filetes envasados al vacío y los *nuggets* de pollo. Con los huevos había hecho un esfuerzo y ataqué por ahí.

—¡Vaya!, no conocía estos huevos, Nathalie. Gallinas criadas al aire libre, ecológicas… Ya me

dirás cómo resultan.

—Ah, sí, bueno, con el tema de los huevos hay que tener cuidado. He visto fotos de gallinas ponedoras en jaulas en batería, es asqueroso. Qué te voy a contar, tú sabes mucho de esos temas. Uf, ¡el híper estaba petado! Un agobio de gente que ni te cuento, ¡ni que estuviéramos en la vendimia!

—¡Qué alegres esas servilletas de papel!

—Sí, son muy cuquis. Y de temas muy variados. Tengo que reprimirme para no comprarlas todas.

—¿Y el pan qué tal? ¿Es bueno?

—Como todos. Es pan.

—Ah. ¿Sabes que el del pueblo es buenísimo? Si quieres, puedo traértelo cuando voy a la panadería por la mañana.

—Muchas gracias, pero ya ves que compro en cantidad y lo congelo para toda la semana.

—Te traigo un trozo del de la panadería para que lo pruebes y comparas. Además, tenemos que ayudar a los jóvenes, ¡imagínate que cerrase la panadería!

—Es verdad, siempre me digo que cogeré el pan al volver a casa y, como no paso por el pueblo y tengo miedo de olvidarme, me es más práctico comprarlo en el híper. ¡Deja de mirar así mi jamón! Desde que llevaste a Sacha a ver a tus cerdos, ya no lo quiere comer. Deberías estar contenta, porque compro menos jamón. Así que ahora le cojo hamburguesas.

—Tendré que presentarle a mis vacas…

—Para con eso, Jeanne, el niño necesita calcio. Vas a convertírmelo en un *veggie*-vegano o un flexi no sé qué… A este paso, nos pones a comer insectos y semillas.

—A este paso —mascullé—, en cien años nos quedamos sin insectos…

¡Oh rabia! ¡Oh desesperación! Me fui a mis prados a consolarme con mis animales.

Jeanne

P. S.: A mí me parece, querida Juliette, que escribe muy bien. No había notado su «debilidad» respecto a las conjunciones. Esther es la que se da cuenta de nuestros defectillos y eso nos viene muy bien.

Juliette a Jeanne

Malakoff, 19 de abril de 2019

Jeanne:
En esta carta, mi diálogo.

Los diálogos de Esther son muy buena idea. El suyo me hizo mucha gracia. Me alegra que defendiera la panadería de su pueblo. Por desgracia, los franceses consumen cada vez menos pan. Hace tiempo que tiene mala reputación: demasiados panaderos vendiendo pan malo. Se ha convertido en el diablo que hace engordar. Por no hablar de la intolerancia al gluten que parece aquejar a la mitad de la población francesa. ¿Los franceses ya no tienen paladar más que para comprar el pan en el supermercado y pasar por alto sus cualidades sensoriales? Los panaderos nos hemos pasado al pan integral. Las mujeres preocupadas por la línea no quieren oír hablar de otro pan. Es cierto que es nutritivo, se conserva mejor y parece que activa la digestión. Pero (solo se lo digo a usted) tiene menos sabor que el pan artesano o una buena chapata.

No me había dicho que tenía cerdos y vacas. ¿Es usted vegetariana? Yo como muy poca carne, muchos huevos y mucho pescado. Lógicamente, me dirá, siendo hija de pescaderos.

Respecto a Nicolas, avanzamos. Le pregunté por qué se comportó tan mal cuando volví. Me contestó que no sabía muy bien a qué atenerse conmigo, temía mis reacciones. Estaba agotado; si hubiera podido, se habría ido una temporada, me habría dejado sola con Adèle. Casi me muero de pena. Es difícil de asimilar, pero me puse en su lugar. Supongo que habría reaccionado como él. Escribir me está ayudando mucho. Me obliga a no responder de inmediato. Si, en vez de escribírmelo, me hubiera dicho todo eso a la cara, me habría asustado, habría malinterpretado sus palabras y decidido que, puesto que no sabía si me seguía queriendo, era preferible que nos separásemos.

Anoche soñé con mis padres. Me desperté llorando angustiada, sin poder respirar, como en los peores días de mi depresión. No los he visto desde la

maternidad. Adèle estaba recién nacida, solo tenía un día. Me resultaba terriblemente doloroso verlos, mirando embobados a su nieta, mientras yo miraba aturdida lo que me ocurría, algo que no me concernía. Ellos me enviaban de vuelta a mi nacimiento, a mi adopción. Me hacían daño sin querer. No distinguía el presente del pasado. Solo quería que se fuesen.

Esperaré a estar lista para escribirles. Antes de participar en el taller, nunca habría pensado en escribirles una carta. ¿Qué mejor manera, sin embargo, de explicarles lo que me ha sucedido? Estoy tan sensible que me cuesta encontrar las palabras y contener mis emociones. Quiero que sepan cuánto los quiero y les debo.

Mis padres tenían una pescadería en Trouville. Trabajaban duro. Cuando hace frío, no es divertido meter las manos en el hielo a las seis de la mañana. Yo les decía: «Soy Juliette, el radiador más caliente de la Tierra», soltaban todo, cuchillos, cajas de pescado, peces… Tomaba sus frías manos entre las mías, soplaba muy fuerte. «¡Oh!, qué maravilla, ahora nuestras manos están calentitas», se reían. Se prestaban a mi juego con alegría, fingiendo estupefacción, como si lo que hacía con mi boca fuera extraordinario. Ni una sola vez me rechazaron, ni dijeron: «Espera un poco, hay mucha gente», o «Más tarde, que hay mucho apuro». Quienes tenían que esperar eran los clientes. Al volver del colegio, me instalaba en la trastienda para leer y hacer los deberes. Mi padre y yo solíamos ir a pasear en bote los domingos por la tarde. No pescábamos, pero navegábamos para ver el mar y charlar.

—¿Ves, mi reina? —me decía—, el horizonte es tuyo. Tu madre y yo estamos aquí para eso, para darte el horizonte y un gran futuro.

—¿Qué es un gran futuro?

—Es, cuando seas mayor, tener un oficio y vivir en un lugar que te guste.

—¿Tú tienes un gran futuro?

—Mi futuro es esplendoroso, mi sol, porque tú y tu madre estáis conmigo. Antes, sin ti, el horizonte no tenía el mismo color. ¡Qué bien se está aquí!

—Sí. ¿Y qué clase de oficio tendré?

—El que tú quieras. Tienes tiempo para pensarlo.

—¿El que quiera?
—Sí.
—¿Maestra?
—Sí, por supuesto.
—¿Pescadera?
—Pues también.
—¿Veterinaria?
—Sí.
—¿Astronauta?
—Sí. Pero ¡ojo! A Dios rogando y con el mazo dando. Para tener éxito, no puedes quedarte como un pasmarote comiéndote los mocos. ¡No le digas a tu madre lo que acabo de decir!

Nuestra conversación siempre terminaba así. Yo le enumeraba oficios para, al final, oírle pronunciar esta expresión, «No puedes quedarte como un pasmarote comiéndote los mocos», que me hacía partirme de risa. Echo de menos a mis padres.

Afectuosamente,
Juliette

P. S.: Perdone que haya tardado tanto en responderle. Me faltaba inspiración para el diálogo y, de repente, ¡eureka!

Jeanne a Samuel

Verjus-sur-Saône, 10 de abril de 2019

Querido Samuel:
(En esta carta encontrará mi diálogo.)

Su madre debe de ser una bellísima persona. Yo sería incapaz de bregar a diario como hace ella con la desesperación, la ira y, probablemente, la violencia. Soy valiente con los animales, con los hombres, menos.

Sí, conozco Yuka. Es una aplicación muy útil, pero casi siempre me olvido de usarla.

No veo por qué no puede pensar y decir que Ben es como su hermano. Lo era, supongo, antes de que Julien muriese. ¿Ha cambiado algo entre usted y su amigo

desde entonces? No, no está traicionando a Julien.

Espero que tenga cuidado en las manifestaciones. Los idiotas que solo van a reventarlas no son mis amigos. No me gustaría que participara en las marchas contra el matrimonio para todos o contra la extensión de la ley que regula la reproducción asistida. Aparentemente, no es el caso.

Ayer fui a pasear con Sacha, el hijo de unos vecinos. Tiene diez años. Sus padres son agradables, pero no han inventado la pólvora. Él es muy inteligente. Ojalá no se tuerza. Le transcribo nuestra conversación.

—Jeanne, ¿sabes que ya no como jamón?

—Sí, me lo ha dicho tu madre. No está muy contenta, por cierto. Por lo visto es desde que te has hecho amigo de Alfred y Robert.

—Bueno, pues sí. ¿Me imaginas comiéndomelos?

—No, obviamente. ¿Qué comes en su lugar?

—Nada especial.

—Ah, bueno. ¿Entonces ya no comes hamburguesas?

—No sé. ¿Tú estás en contra? ¿Tú las comes?

Había llovido durante la noche. Yo sorteaba los charcos, él se divertía saltando dentro.

—Cada uno hace lo que quiere, Sacha, pero yo no las como. ¿Sabes lo que es la hamburguesa, como animal?

—Sí, supongo, es una vaca.

—Exactamente.

Hacía auténticos esfuerzos para no cogerlo de la mano y llevármelo a los prados para que conociera a mis vacas. Ya me lo imaginaba con ellas: «Venga, acarícialas, ¿ves la dulzura en su mirada?». ¡Y, espera, que aún no has visto lo mejor! Si me pongo así, entre las dos…, ahí…, espera…, eso es, ¿ves?, posan la cabeza en mi hombro». Él regresaría a casa, le diría a su madre que nunca volvería a comer carne y yo podía ir despidiéndome de nuestros paseos juntos.

—¿Sabes qué voy a hacer esta tarde con mamá?

—No, pero supongo que me lo dirás. No te habrás mojado los pies.

—No. Estoy haciendo las invitaciones para mi cumpleaños. Seremos once o doce.

—¡Es verdad, es la semana que viene!

—¿Crees que algún día podré acariciar a tu asno

Chocolate?

—Espero que sí. ¿A ti qué te parece?

—Me gustaría mucho. Parece muy cariñoso. Mamá quiere que invite a Brice. A mí no me gusta. No es muy guay. Viene a todos los cumples, pero es porque nos obligan nuestros padres.

—¿Brice es el chico con discapacidad motora?

—Sí.

—Está bien que lo invitéis. No debe ser fácil para él…

—Sí, ya. Eso decís todos los adultos. Hay que invitarlo porque es discapacitado. No es amable con nadie, que lo sepas.

—Tal vez esté celoso y triste porque no puede caminar y correr como todos vosotros.

—Boh, sigues diciendo lo mismo que los adultos.

Me reí. Era horrible, pero lo entendía. Con su aire ceñudo, Brice no despierta simpatía. Es difícil arrancarle una sonrisa, un saludo o una palabra de agradecimiento. Y, ahora que me acuerdo, ¡qué vergüenza!, el año pasado —¿o fue hace dos años?— lo invité a que viniese a ver mis animales. Y, luego, si te he visto no me acuerdo. Me olvidé por completo de él.

—Dale una última oportunidad. Una verdadera. Lo invitas y lo animas a participar en vuestros juegos, con tus amigos, a los que él pueda jugar. Si no estás dispuesto a hacer eso, no vale la pena que lo invites. No me pongo de su parte, pero estoy segura de que no le prestáis atención y lo dejáis de lado. ¿Me equivoco?

—Tan pronto como llega, les pide a los padres que le pongan videojuegos en la tele. Además, no hay que molestarlo.

—Tú haces como si la invitación viniese realmente de ti y no de tus padres. Para él, tal vez no sea lo mismo y lo notará. Yo creo que vale la pena intentarlo.

Paramos en la panadería antes de regresar. Le compré una napolitana y una chapata para sus padres. Caminamos más lentamente, una liebre salió disparada justo frente a nosotros, luego otra. No me habló más de Brice ni me dijo lo que pensaba de mi propuesta. Guardaba silencio, pensativo. «¿Qué tengo que hacer

para que Chocolate acepte mis caricias?»

Por eso quiero a este niño. Por su perseverancia, por su franqueza, por el esfuerzo que está dispuesto a hacer para lograr su propósito. «Tienes que ser paciente. Nada más. Puedes contarle cosas. Todo lo que quieras. Incluso cantarle canciones. Poco a poco se irá acostumbrando a ti.» Al despedirnos frente a su casa, me dio un beso y me dijo: «De todas formas, no hay derecho a que Brice sea así».

Jeanne

Samuel a Jeanne

14 de abril

Mi diálogo va en esta carta.

Hola, Jeanne:

No sé si meto la pata al hacer esto para mi diálogo, pero estoy copiando una conversación entre Ben, Lou y yo sobre *Juego de tronos*. De todas formas, es igual, porque no se me ocurre otra cosa. Lou es una amiga. Ve la serie con sus padres. Tampoco sé si usted entenderá lo que le voy a contar.

Samuel: Jajaja, en Reddit han hecho una encuesta preguntando quién fue el MVP de la batalla

Ben: Cuando controles los resultados, pásalos

Samuel: Vale

Samuel: Hum, así que

Samuel: Los dos dragones y Fantasma parece que están vivitos y coleando

Ben: Pshh, realmente la cagan en ese episodio

Lou: ???

Lou: Fantasma, sí, pero ¿el dragón de Jon?

Lou: ¿Cómo se llamaba?

Lou: ¿Viserion?

Lou: ¿No está muerto?

Ben: Ah, Rhaegar

Ben: Pues no, por lo visto, ¡están vivos los dos!

Lou: Sí, es muy raro

Lou: Bueno, por lo menos cayó bien…

He empezado a leer *Por quién doblan las campanas*. No es fácil, pero es lo que hay. No me queda otra. Le prometo que, si no hubiera decidido leer todos los libros de mi hermano, este lo habría dejado. Me cuesta distinguir entre comunistas, republicanos, falangistas, fascistas, las brigadas, el POUM… Cuando no me aclaro, busco en internet. Hay escenas muy duras en esta novela, de esas que te gustaría que pasasen de otra manera. Insoportable, sí, es la palabra que buscaba. No sabía que era posible con un libro. Con una película, sí. Atroz, la masacre de los fascistas en el pueblo de Pablo. ¿Se acuerda de cómo fue? Están encerrados en el ayuntamiento y van saliendo uno tras otro. Los campesinos los esperan, armados con horquillas y cayados, formando dos filas hasta el pie del barranco, desde donde deben arrojarse los prisioneros. Abajo está el río. Pasan las horas y los campesinos están cada vez más borrachos. Las salvajadas van creciendo, creciendo, hasta acabar en una carnicería, con insultos, burlas…

Mis padres no saben que leo. Me encierro en mi cuarto. No quiero que me vean. Yo qué sé qué pensarían si supieran que leo los libros de Julien. A lo mejor, que trato de imitarlo. Ya les vale, como piensen algo así.

Samuel

Nicolas a Juliette

París, 11 de abril de 2019

Juliette del alma mía:

¡Estás mejor! No me vengas con tus «sí, pero no estoy segura de que…» ni con melindres, porque salta a la vista (es un decir, claro): te ríes a carcajadas con tu hija, pruebas un *brioche* con pralinés y te inspira un nuevo pastel (por no sé qué vericuetos de tu mente). Te imagino separando en capas el *brioche* de Pralus, oliéndolo, masticándolo despacio, haciendo rodar los trocitos entre la lengua y el paladar.

Pensé que eras sólida como una roca, inmune a

cualquier forma de melancolía. Me equivoqué. Nunca volveré a decirme, mirándote, que me gustaría ser esa chica, tan fuerte, tan entusiasta. No eres tan fuerte. No eres tan dichosa. Bueno, no eres solo eso. Me gusta esta nueva vulnerabilidad que no tiene nada de nuevo, que está en ti desde el primer día.

Mi elogio de lo insípido será un «bogavante azul a la almendra, alcachofas asadas y cáscara de yuzu confitada». Le daré la forma de una gota de agua, trabajada con clara de huevo. Quiero que los sabores vayan *in crescendo*, el yuzu y su potente aroma anidarán en el centro de la gota, en el último bocado. Añadiré unos versos de Lao-Tse en la carta:

Lo salado y lo ácido forman parte, uno y otro, de todo lo que se puede amar,

Pero es en el centro donde reside el sabor supremo —que no se acaba jamás.

Me gusta tu proyecto de molino. Ya has trabajado con Alex y Joel, así que es poco probable que os peleéis. Cuando tengas listo el papeleo, no dudes en llamar a Armand. Él te dirá si el negocio es viable.

Fui a Bourg con Adèle por el cumpleaños de mi padre. Ojalá los hubieras visto a los dos juntos. ¡Qué alucine! Le dije: «¿Sabes una cosa, papá? Es la primera vez que Adèle es tan cariñosa con alguien, no te quita los ojos de encima». Noté que mi comentario lo halagaba. Pero por nada del mundo lo habría confesado. Mi padre es un cardo. Un orgulloso. Y un buenazo. Se encogió de hombros y murmuró: «Yo no soy alguien, yo soy su abuelo». Fue un flechazo. Algo estaba pasando y mi madre y yo estábamos excluidos de aquello. Yo me moría de celos. El rostro de mi padre reflejaba asombro y felicidad. Si te hubiese contado esta historia, en lugar de escribírtela, me habrías dicho que era un exagerado. Te juro que no exagero nada. Sentada en sus rodillas, frente a él, Adèle le tocaba las cejas, la nariz, las mejillas, la boca, sonriéndole todo el rato. Luego se incorporó a medias, apoyó la cabecita en su hombro y no se movió. Un momento de gracia…

Mi madre no daba crédito a lo que estaba viendo. Después de ocuparse de su nieta de la mañana a la noche desde hace tres meses, nunca recibió tal manifestación de ternura. Se tronchaba de risa:

—¡Mírala! Pero ¡qué pilla!

—Tu hija ya lo ha entendido todo —me dijo triunfante mi padre.

—¿A qué te refieres?

—¿No te acuerdas cómo era yo con vosotros cuando erais pequeños?

—Eh…, no, ¿cómo?

—No os pasaba ni una, ni a tu hermana ni a ti. Teníais que andar derechos.

—Ah, eso, claro que me acuerdo.

—Bueno, pues a tu hija, te aviso, le consentiré todos los caprichos, os guste o no a Juliette y a ti. Para eso están los abuelos, para dejar que los nietos hagan lo que les dé la gana.

Me hubiera gustado que estuvieses aquí. Me pregunto qué le habrías contestado. Adèle y yo te esperamos. La espera se me hace eterna.

N.

P. S.: En tus sueños, preferiría no desaparecer en una tormenta cuando estás desnuda delante de mí. Es inconcebible.

Juliette a Nicolas

Malakoff, 15 de abril de 2019

Nicolas:

Si tuviera que volver al origen de mi hundimiento y describirlo en pocas palabras, esto es lo que escribiría: cuando vi a Adèle, cuando la cogí en brazos por primera vez, me sentí dominada por una pregunta que me devoraba por dentro: ¿cómo había sido capaz de abandonarme mi madre?

Es algo que ya me había preguntado, por curiosidad, en distintas etapas mi vida, por qué me había abandonado. Visualizaba a mi madre biológica a distancia, como si no tuviera mucho que ver con ella. No me decía «¿Por qué me abandonó *mi madre*?», sino «¿Por qué me abandonó *esa mujer*?». Esa extraña. Es decir, no lo entendía. Tuvo que nacer Adèle para que

me hiciese la pregunta del «cómo». La mujer que me dio la vida se coló entre mi hija y yo. Me llevó durante nueve meses en su vientre, oyó mi primer llanto, quizá también me miró, me tuvo entre sus brazos, me besó. Entonces, ¿cómo pudo abandonarme? ¿Cómo no me dejó nada?

Hoy ya no se interpone entre Adèle y yo.

Estoy en vías de curación.

La semana pasada, el médico me sugirió llevar a Adèle al parque que hay cerca de casa, en lugar de quedarnos en la maternidad. Cree que ya no los necesito y que la hora de la última revisión está cerca. Como anteayer hacía buen tiempo, fuimos a la alameda Georges-Sarre. No le dije nada a tu madre. Yo estaba nerviosa. Estoy habituada a relacionarme con madres que han sufrido depresión posparto y que, con sus hijos, son, cómo decirlo… ¿especiales? Probablemente más preocupadas, menos espontáneas, a la defensiva. Me fue bien, aunque notaba que no estaba tan cómoda con Adèle como ellas con sus hijos. Para esas mamás, todo parece natural, innato. Adèle y yo nos estamos conociendo después de diez meses. Lo asumo (es necesario), se trata de convencerme de que mis ausencias no perjudicarán nuestras futuras relaciones. Cuando me mira sonriente, me siento una con ella. Veo en sus ojos que me perdona, que me quiere. Me dan arrebatos de ternura y de felicidad cada vez más a menudo. Corazón mío, ¿te alegras de lo que me está pasando?

Muchísimos besos,
Juliette

P. S.: Estoy segura de que tu elogio de lo insípido será un éxito, pero ten cuidado de no pasarte «intelectualizando» tus platos.

Jean a Esther

París, 16 de abril de 2019

Hola, Esther:

Conversación en el jardín de las Tullerías:

El domingo pasado, en un rapto de locura, abordé al hombre del *teckel*. Lo esperé, sentado en el banco donde suele descansar un rato, cerca del Museo del Juego de Palma. Lo vi llegar a lo lejos. Se sentó a mi lado. Desde mi balcón, lo imaginaba más joven, más delgado, más ágil. Tendrá unos setenta años.

—Buenos días, perdone que lo moleste… ¿Es usted el hombre del perro que observo desde mi balcón todas las mañanas alrededor de las siete? Vivo ahí arriba, en el quinto, ¿ve?, el de las ventanas con las cortinas de color burdeos.

—Seguramente soy yo, a no ser que alguien más pasee su *teckel* a esa hora. Pero no lo descarte, es un perro bastante común, ¿sabe?

Me di cuenta de que, tanto en invierno como en verano, iba enfundado en la misma gabardina beis. Sentado a unos centímetros de él, no pude evitar fijarme en las mangas raídas, la dudosa limpieza. Al principio pensé: «¡Seré imbécil! ¡A quién se le ocurre ponerse a hablar con un vagabundo y revelarle dónde vivo!». Como el hombre frecuentaba las Tullerías, no se me había ocurrido que pudiera ser un necesitado.

—¿Cómo se llama el perro?

—Belinda. Es una perra.

—¿Qué edad tiene?

—Ocho años. ¿Usted tiene perro?

—No. Me gustan, pero apenas paro en casa, viajo mucho, sería inviable.

—Tiene suerte de ver mundo. Yo conozco Francia como la palma de la mano, pero el extranjero es otra historia. A lo mejor voy a Canarias con mi esposa este próximo verano.

—¿Vive en el barrio?

—Sí, en la calle Castiglione.

Me dirigió una mirada socarrona y se quedó callado. Respiré aliviado.

—Entonces, somos vecinos.

—Sí, tiene razón, somos vecinos. Pero yo vivo en el séptimo, con mi esposa y mi perro, en dos cuartos de servicio.

Me sentí de nuevo como un imbécil. Ya es mala pata, me dije, por una vez que hablaba con un desconocido,

resulta que es un pobre desgraciado que está a dos velas.

—Lo he dicho para molestarlo. No ponga esa cara, hombre, no es culpa suya. Fue por esa forma de decir «vecinos», como si fuésemos del mismo mundo y se sintiese aliviado. No se vive tan mal en dos habitaciones. Ya estamos acostumbrados. Y luego tenemos las Tullerías, para Belinda. En este barrio andan todos como si les hubiesen metido un palo por el culo, pero nosotros ni caso.

Le sonreí.

—¿Por qué mira a la gente desde el balcón? Yo no puedo apreciarla, pero la vista debe de ser única, ¿no? Fíjese que nosotros vemos un trozo de cielo desde nuestros cuartos, y ya me doy con un canto en los dientes.

—Me relaja. De alguna manera, acompaño a la gente en su paseo. ¿Está jubilado?

—Por así decir. Ya no trabajo, pero me quedó una birria de pensión. ¿Y usted a qué se dedica?

—A los negocios.

—¿A los negocios? Fíjese que yo tengo una teoría y es que hay dos clases de tipos que responden «a los negocios». O no les gusta lo que hacen y no quieren hablar del tema, o son estafadores. ¿Usted qué le dice?

Sonreí de nuevo. Me caía bien el hombre del *teckel.*

—Bien visto. No soy un estafador. ¿Qué hacía antes de jubilarse?

—El payaso gracioso.

—¿Hacía el payaso? ¡Qué gracioso!

—No es una broma. Era el payaso gracioso.

Esta vez me reí con ganas.

—Fíjese que empecé muy joven. Lo que me gustaba era hacer reír a los niños. Desde pequeño tenía esa ilusión. Aun hoy, con mi pensión de mierda, no me arrepiento. Yo era Augusto, el de la nariz roja, los zapatos gigantes y el traje de colores chillones, ¿le suena? Mi pareja Cara Blanca y yo hacíamos lo clásico: los manguerazos, las bofetadas, la trompeta disonante… Encadenábamos caídas y volteretas, yo no daba pie con bola, tiraba al suelo a mi compañero sin querer. Llevaba un rastrillo al hombro, me giraba bruscamente y ¡zas! le daba en toda la jeta. O,

tratando de arreglar la manguera del jardín, ¡chof!, lo mojaba de arriba abajo, pero no me daba cuenta porque estaba enfrascado en la reparación… En fin, todos esos gags que hacen reír a los niños generación tras generación.

—¿Hace mucho que lo dejó?

—Tenía sesenta y un años. Mi mujer enfermó, así que lo dejé para cuidarla. Ahora está sana. De todos modos, estaba hasta las narices, muy cansado. Cuando la conocí, yo tenía cincuenta años. No es del mundo del circo, era asistenta en este barrio. Desde hace años, trabaja para una italiana que casi nunca viene por aquí, que le cogió cariño y nos aloja en los cuartos de servicio. Hace nueve años que vivimos aquí. Mi mujer sigue haciendo las tareas del hogar; tenemos el piso listo por si la señora Ada o alguien de su familia viene a París, yo paso todas las noches para comprobar que todo esté en orden. Eso la tranquiliza. ¿Usted está casado?, ¿tiene hijos?

—Estoy divorciado y mis hijos son mayores.

—Muy bien, no es bueno estar solo, sobre todo para la cabeza. He pasado un buen rato con usted, hombre de negocios, pero ahora tengo que volver a casa o sé de una que se va a preocupar.

—Fue un placer conocerlo. Espero que nos volvamos a ver.

Nos sonreímos, no nos estrechamos la mano. Era un dechado de amabilidad. Lo vi marcharse, con su perro de la correa. Cuando me di cuenta de que no le había preguntado cómo se llamaba, era demasiado tarde para alcanzarlo. ¡Un payaso!, había conocido a un payaso que vive en la calle Castiglione.

¿Le ha gustado mi historia, Esther? ¿Qué le parece?, ¿es ficción o realidad?

Jean

Esther a Jean

Lille, 20 de abril de 2019

Hola, Jean:

(No) diálogo madre-hija.

Me he creído su historia del payaso, de la cruz a la fecha. Tiene un verdadero talento como narrador. ¿Realidad o ficción? Dígamelo usted.

Esta mañana, el ambiente durante el desayuno con mi hija era, cómo le diría…, eléctrico. Tiene exámenes esta semana, no ha estudiado nada y yo soy quien lo paga. Estoy acostumbrada. Puesto que le debo un diálogo, esta es la oportunidad para imponerle nuestra conversación.

—Hola, mamá.

—¿Qué tal, mi cielo? ¿Has dormido bien? ¿Quieres zumo de pomelo?

—Tuve pesadillas, soñé con los exámenes, fue horrible. El pomelo blanco es mucho mejor que el rosa.

—Si estudiaras un poco, Pia, dormirías mejor, ¿no? Al menos tus pesadillas demuestran que no eres totalmente inconsciente. No hay pomelo blanco, ni siquiera en el supermercado que está al lado de la panadería. Toma, aquí tienes pan.

—¿Te parece normal que tenga pesadillas? No, gracias, está muy tostado.

—Por supuesto que no. Me parecería normal que estudiaras, que no es lo mismo. Estoy segura de que te va a salir bien. Toma mi tostada, está como te gusta.

—Que no, que ahí hay un pegote negro. Me hago otra. Le preguntaré a Nina dónde compra su madre el pomelo blanco.

—Hablando de pegotes, ¿no te pesan las pestañas?…

—¡Mamá, para con eso! ¡Qué manía te entró con el rímel! Soñé que en matemáticas no me habían puesto los mismos problemas que a los demás y que me pasaba la hora preguntándome por qué. Le devolví mi examen en blanco a la señora Gervais, que me decía: «¡Muchas gracias, su examen lo corregiré en un abrir y cerrar de ojos!». La mantequilla tiene un olor raro, ¿no? Mira, huele.

—No, no le noto nada.

—Te aseguro que sí.

—¿Un olor, cómo?

—A rancio.

—La compré la semana pasada. ¿A ver?: diez de mayo,

todavía falta para la fecha de caducidad.

—Sí, pero ¿sabes?, puede haber errores. Está demostrado.

—He pensado que sería estupendo ir a Croacia el próximo verano. Mathilde fue el año pasado y le gustó mucho. Alquiló una casita en una isla frente a Split y…

—Meh, si quieres, pero yo preferiría un lugar adonde se pueda ir en tren. Por el planeta. Ya sabes, viajar en avión una vez al año, máximo, y ya lo hemos hecho este año. Es muy fácil, en un kilómetro, un pasajero en avión supone doscientos ochenta y cinco gramos de CO2; en tren, catorce gramos, y lo mismo en…

—Bueno, ya veremos, Pia. Me tengo que ir. Recoge tú. Un beso.

—Otro para ti.

Algunas mañanas me siento especialmente feliz yendo a trabajar.

Esther

P. S.: Si alguna vez conoce a mi hija, ni se le ocurra decirle que vuela doscientas veces al año. Nunca se sabe, sería capaz de ponerle veneno en la bebida.

Jean a Nicolas

París, 24 de abril de 2019

Hola, Nicolas:

(Aquí encontrará mi diálogo.)

Gracias por «los tipos como usted son lo que más asco me da en este mundo». Decididamente, entre Esther y usted, me someten a un juicio sumarísimo. Y, sin embargo, les caigo bien tanto a uno como a la otra. Es sorprendente.

Me pregunto adónde habrá ido a parar mi mala conciencia. Hace años que desapareció.

Ayer reñí con mi madre por teléfono. A nuestra edad, es una estupidez. Tiene más de ochenta años.

Debería haber una fecha de prescripción. Para que se sitúe en el contexto, le haré un sucinto retrato de mis padres. Mi madre es una burguesa caprichosa; mi padre, un Juan lanas que le consiente todos sus caprichos. ¿Su frase preferida? «Se hace lo que tú digas, reina mía.» Me llamó para decirme que habían puesto en venta la casa de Honfleur. Me agarré un cabreo de padre y señor mío. A mi madre le encanta comprar segundas residencias, instalarse en ellas y venderlas al cabo de un tiempo. Con ella, todo fluye, todo pasa, nada permanece. Su marido se encarga de la administración, de la mudanza, del papeleo, de las citas con el notario, de las agencias inmobiliarias… La casa de Honfleur era funcional, de planta baja, con vecinos no muy lejos y, al parecer, simpáticos. Esperaba que fuese la última. Para mi padre, que valora el campo y tiene problemas para subir y bajar escaleras, era perfecta.

—He visto un apartamento en Niza, muy bonito.

—A papá le gusta Honfleur, ¿no?

—Bah, ya sabes que tu padre está bien en cualquier sitio.

—¡Por favor, mamá!, ni que estuvieras hablando de un florero. Sabes que está muy apegado a esa casa.

—Tu padre ya está crecidito y no necesita que su hijo le diga lo que quiere. Sobre todo tú, que nunca has puesto los pies en esa casa.

—¿Y eso qué tiene que ver? No necesito ir para saber que le gusta estar allí. Te recuerdo que no hace mucho la encontrabas geniaaal… ¡Como si él te hubiese llevado la contraria alguna vez! ¿Y quién se va a encargar de la mudanza, de la venta, del papeleo? ¡Él, como siempre! ¿Te has parado a pensar en eso?

—¡Vaya! Parece que estamos de malas pulgas. ¿Tienes algún problema, Jean? Si haces el favor, me gustaría que me hablases con un poco más de respeto y que…

A estas alturas, yo gritaba como un loco paseando arriba y abajo por el vestíbulo del JFK. No debería haber imitado su tonillo pijo, era mezquino. Me sudaban las manos. El personal de seguridad y los viajeros me miraban de reojo, pero me importaba un bledo y seguí erre que erre.

—Se va a aburrir en Niza. No le gusta esa ciudad.

Pero a ti eso te da igual. ¿No puedes, por una vez en tu vida, aunque solo sea una vez, darle el gusto y quedarte con Honfleur? ¿O es superior a tus fuerzas?

—Sé mucho mejor que tú lo que necesita tu padre. Y me gustaría…

—Me gustaría, me gustaría… Al cuerno por una vez con lo que te gustaría. Vas a someter a papá a otra mudanza, ¿verdad? ¡Menuda putada!

Los latidos del corazón me repercutían en los tímpanos. Si no me calmaba rápidamente, me iba a dar un infarto. Sentía unas ganas locas de cebarme, de soltarle todo lo malo que pensaba de ella. Estaba furioso y con la cabeza a punto de estallar.

—Si me dejas terminar la frase, me gustaría que me hablaras educadamente. Yo también, como tu padre, soy mayor y…

—¿Sabes de lo que más me arrepiento en esta vida? De haber esperado hasta ahora para decirte que dejes de comportarte como una niña caprichosa y…

Menos mal que me colgó. Estaba a punto de decirle lo estúpida y vanidosa que es.

Jean

Nicolas a Jean

París, 28 de abril de 2019

Hola, Jean:

Monólogo parisino.

Cuando voy en moto suelo ir hablando solo. Me sirve de válvula de escape. Es difícil no tener los nervios de punta cuando se anda en moto por esta ciudad. Una vez en mi destino, me alegro de haber llegado sano y salvo. Así que, ¡adelante!, vamos a dar una vueltecita por París.

Pero ¡qué perdón ni qué hostias! ¿Es que no me ves, cretino? ¡No me ves porque estás pegado a tu móvil! Casi me mandas a tomar por culo con tu 4×4 de mierda. Me largo antes de que te rompa el espejo retrovisor y te reviente el careto si te atreves a sacarlo por la ventanilla para insultarme. Me acuerdo de cuando

Fredo se mudó a las afueras de Bruselas, le aposté a que no tardaría seis meses en volver a París. Pero ¿por qué coño no se aparta a la derecha? Perdí la apuesta. De eso hace tres años. Allí sigue tan pancho, con sus árboles y sus abejas. ¡No puede ser, ahora el tío va y se para ahí! Hay que ser… ¡Lo que faltaba! ¡Otra obra, claro! ¿Y ahora por dónde paso? Está algo tronado el Fredo, pero ahora entiendo lo que me decía cuando se fue: «Me encanta esta ciudad, pero ya no quiero vivir aquí. Demasiadas tentaciones. No puedo canalizar mi energía. Estoy atrapado en un torbellino». Tiene razón, nos tientan continuamente. ¿Y ese? Hay que estar majara, con su hijo de paquete en medio de los embotellamientos. ¿Y la señorita se cree que tiene todos los derechos porque es peatón? Se salva porque vamos a dos por hora, que, si no, de cabeza al hospital. ¡Será cabrita, y aun encima le chilla! Y el tipo haciéndose el interesante en la moto, esto va a acabar mal, ¿y tú qué te crees, gilipollas, que yo no tengo prisa? ¡No, esto es el colmo, pero ¿aquí también en obras? Ahí está, seguro que es el de antes, conduce hablando por teléfono. Espera a que te alcance, hijo de…

Nicolas

Esperar

Nicolas a Juliette

París, 18 de abril de 2019

Juliette del alma mía:

¿Cómo no voy a alegrarme de que estés mejor? Eso ni se pregunta. Es muy sencillo, mi horizonte se ha despejado de golpe. Solo pienso en tu regreso. Ya es obsesión.

Ayer fui a ver a Marie. Estaba viendo la tele cuando llegué. La enfermera me acompañó a su nueva habitación, mejor que la anterior. Es más pequeña, pero da al parque. En vista de que Esther nos pide un diálogo, esta es la ocasión de contarte nuestra conversación sin pies ni cabeza.

—Hola, tita, ¿cómo estás?

—Siéntese a mi lado, caballero, y haga el favor de vocalizar. No he entendido bien quién es usted.

—Soy Nicolas, tu sobrino, el hijo de Sylvie y Claude. Toma, te he traído flores y los pasteles que te gustan.

—¡Quia! Nicolas es más joven que usted. En este momento debe de estar en clase.

La cosa empezaba mal. Yo solo tenía ganas de abrazarla y decirle: «Tienes razón, era más divertido cuando era joven. ¡Me cago en mi edad!». Se giró para ver la tele. Era un concurso estúpido, no creo que siguiese lo que daban. Yo no veía nada en su mirada, solo el vacío. Hacía buen tiempo y le propuse ir a pasear por el jardín. «Sí, de acuerdo», respondió con voz átona. Cogí su abrigo en el armario y sus tenis Stan Smith con cierre de velcro. La enfermera me advirtió de que solo quería ese calzado. No debe de saber hacer los nudos. Cuando pasamos delante de la recepción, me dijo:

—Esto es horrible. Menos mal que me voy a casa esta

noche.

—No creo que te vayas a casa esta noche, tita. Y tampoco es tan horrible.

—¡Deje de llamarme tita! Sé muy bien lo que digo.

Habrá perdido la memoria, pero su vena autoritaria sigue intacta. Una vez fuera, me cogió del brazo.

—Mamá te manda un beso. Vendrá a verte el miércoles.

No respondió.

—¿Estás bien en tu habitación? ¿Te hace falta algo?

Silencio. Luego:

—Sylvie me trae flores.

Me alegré de que recordase las visitas de su hermana. Mi madre también se alegraría cuando se lo contase. Se le irá la cabeza, pero físicamente está en plena forma. Casi corría por el jardín.

—Yo también te he traído un ramo de flores. ¿Has visto que eran blancas? Tus preferidas.

—Qué bien que haya venido en coche, así puedo irme con usted.

—No, tía. He venido en moto, no en coche. ¿Comerás mi pastel de chocolate más tarde? ¿Probarás mis ricos financieros?

—Sí. ¿Quién es usted?

—Nicolas, tu sobrino, el hijo de Sylvie y Claude. De Bourg-en-Bresse.

—Sí, sé de sobra quién eres, Nicolas.

Me tuteó. Creo que fue entonces cuando empezó a acordarse un poco de mí.

—Tengo una hija. Se llama Adèle. Cumplió once meses. Mamá y yo te lo dijimos.

—Adèle… ¿No es un nombre anticuado?

—Ah, sí… ¿Tú crees?

—Pues sí, claro que lo creo. ¿No quieres contarme cosas de tu vida? Como comprenderás, estoy harta. Siempre me hacen preguntas sin ningún interés: «¿Hemos comido bien?», «¿Hemos dormido bien?», «¿Tenemos todo lo necesario?", pero no me cuentan nada.

Le hablé del restaurante, del equipo, de los últimos platos que he puesto en la carta. Le recordé que había venido a cenar con su hijo al Camélia, cuando acabábamos de abrir. También le conté que su hermana vivía en París, en nuestra casa, para cuidar

de su nieta, que no era fácil volver a vivir con mi madre a los cuarenta años, hasta le hablé de lo que tú y yo estábamos pasando… Me daba la impresión de que me escuchaba. Había algo de luz en su mirada. No lo soñé. Cuando terminé, me dijo: «Es todo perfecto».

Nos sentamos en un banco y nos quedamos callados. De vuelta a su habitación, le di su pastel con la cucharilla. Qué cosas. Yo dándole de comer a mi tía, que tanto me impresionaba cuando era niño por su rigor, su exigencia, la intelectual de la familia, profesora de universidad, historiadora de las religiones. Apretaba los dientes para no llorar.

Me puse la cazadora. Tenía miedo de que quisiera volver conmigo, pero ella ya pensaba en otra cosa. La abracé. Cuando salí, no se volvió, miraba por la ventana. Yo estaba deshecho.

N.

P. S.: No te he preguntado a quién más le escribes. ¿A Esther?

Juliette a Nicolas

Malakoff, 25 de abril de 2019

Nicolas:

He tenido una entrevista, en teoría la última, con los médicos de la maternidad. Les reproché que nos echasen. Uno de ellos se enojó amablemente. Me aseguró que Adèle y yo íbamos bien, que mi psiquiatra continuaría con mi seguimiento. Me dijo que en la maternidad cuidan, protegen, pero hay que tener cuidado de no convertirla en una burbuja de la que no se pueda prescindir.

Organizaron una merienda para celebrar nuestra marcha. Las chicas le regalaron juguetes a Adèle (los habrás visto, un osito de peluche y cubos). Se me caían las lágrimas. Al día siguiente, les envié tartas y pasteles vascos.

Cuánto siento lo de Marie. Tu madre me lo contó la última vez que la vi. Me dijo que le estaba buscando

una residencia en Bourg-en-Bresse para estar más cerca de ella cuando volviese a casa. Iremos a visitarla con Adèle, ¿te parece?

Se supone que debo escribir un diálogo, pero no estoy inspirada. Necesito hablar contigo, no jugar a la escritora. Ya cumplí con mi otra corresponsal, que no es Esther sino Jeanne. ¿Te acuerdas de ella? ¡Un encanto de mujer! Era profesora de piano en Lyon. Hoy vive sola en el campo, entre sus animales. Me fue fácil confiarme a ella. Es muy comprensiva, me ha ayudado mucho. No sé si era buena profesora de piano, pero habría sido una buena psicóloga. Me tomé la libertad de invitarla al Camélia (no come carne), cuando acabemos el taller. Te va a encantar. Le he cogido mucho cariño. Es más, incluso estoy pensando en un pastel que bautizaré con su nombre. Antes de volver a casa, voy a tener que afrontar algunas sesiones difíciles con mi psiquiatra. Mi trabajo dista mucho de haberse acabado. Luego tendré que recoger los trocitos, nadie puede hacerlo por mí. No quiero que mis momentos de depresión te afecten más de lo debido. Hoy soy capaz de levantarme, de tomar decisiones. Espérame, monta guardia al final del túnel, es todo lo que te pido, mi valiente y apuesto soldado.

Con todo mi cariño,
Juliette

Jeanne a Samuel

Verjus-sur-Saône, 18 de abril de 2019

Hola, Samuel:

Pequeño monólogo deprimente y ansioso.

¿Por qué levantarse de la cama? ¿Por quién? Nadie me espera. Nada en el horizonte, ninguna perspectiva… ¿Cómo he llegado hasta aquí? Sola en una casa en el campo. Con mis animales. Soy patética. Ni siquiera me queda el piano para consolarme. Solo mis jeremiadas. Tengo que levantarme. Antes de nada, un café, y luego a ver qué pasa. ¿Qué tal si hago pasteles? Muchos

pasteles. Manos a la obra. La radio a todo volumen. No quiero oír si llaman a la puerta. ¡Blam! ¡Plaf! ¡Clac! ¡Bum! ¡Plas! Es bueno hacer ruido, cerrar de golpe las puertas de las alacenas, darme prisa, como si la tuviera. Hay que estar pendiente del tiempo de cocción. Me despejo la cabeza, listo, respiro mejor. Ya es la una. Mi último pastel está en el horno. ¿Soy yo la del espejo? ¿Esa loca con churretones de chocolate en la cara, azúcar en el pelo, los dedos pringosos, las mejillas coloradas? He hecho uno tras otro, un flan, una tarta de manzana, una carlota de peras y una *mousse* de chocolate. No espero a nadie, no sé quién se lo comerá, pero estoy mejor. ¡Dios mío, qué cocina! ¡El campo de Agramante! Estoy loca de atar. Y todo por culpa de un mal despertar.

No he entendido absolutamente nada del diálogo con sus amigos. Pero era una buena idea.

Brrrr… Recuerdo perfectamente la escena de la novela de Hemingway de la que habla. Ha encontrado la palabra adecuada, *insoportable*. Qué gran libro, ¿no?

Estoy deseando leer su monólogo…

Salu2,
Jeanne

Samuel a Jeanne

23 de abril

Mi monólogo: En la mente de mi hermano.

Yo, Julien, no hablaba de mi muerte. No decía que tuviera miedo. Eso no significa que no pensara en ello. Cuando me encontraba muy mal, le gritaba a Sam: «¡Lárgate!». No veía series, evitaba las salidas y pensar en las chicas. Cuando tenía dolor o miedo, me ponía agresivo. Odiaba mi cuerpo, que me había traicionado hacía mucho tiempo, que no me respondía. A veces también a mis padres, que habían creado aquel desastre. Procuraba no echárselo en cara. En el fondo sabía que no tenían nada que ver y que habrían dado su vida por mí. A veces, también odiaba a mi hermano. No estaba enfermo, pero se hacía el maula para hacer

pellas. Yo podía ser divertido. Era un buen imitador. Con medio mundo desfilando por el hospital, tenía mucho donde elegir. Había médicos, enfermeras y celadores, a algunos los conocía desde hacía años. A la que mejor imitaba era a Florine, porque ceceaba. De niños, el ceceo nos hacía reír. Era la más simpática. Y luego estaba el doctor Jean, con sus tics, un caso. Cuando volvía a casa, era feliz. Cada vez confiaba en haberme curado, en que no me pasaría nada. Si me volvían los dolores o un cansancio demasiado grande, era yo quien pedía volver al hospital. Me sentía fuera de lugar entre ellos. Mi madre, a la que impedía ir a trabajar, que no me cuidaba tan bien como las enfermeras; mi padre, que se asustaba cada vez que vomitaba o me subía la fiebre. Cuando las cosas no iban, se me caía la casa encima y dudaba si quedarme o marcharme, me decía que las personas que más quería en el mundo no podían hacer nada por mí, eran incapaces de protegerme, y era horrible pensar eso, aunque fuera verdad. Eso acentuaba mi soledad. La casa y el hospital eran dos mundos diferentes. El día y la noche. Me preguntaba: «¿Por qué yo?». No había respuesta, acababa con la moral por los suelos. Daba igual lo mal que estuviese, el dolor que tuviese, me dominaba la rabia. Me gustaba la universidad. Pronto volvería, eso es lo que me decía. No me pondría al día, pero eso daba igual. A la universidad se podía ir a cualquier edad, no era como el colegio o el instituto. Retomaría los estudios de Literatura, podría escribir libros o ser profesor en la facultad. Eso es lo que me mantenía vivo, ese futuro que me imaginaba, donde habría un lugar para mí. Como todo el mundo.

Mis padres, Samuel y yo no nos despedimos. No sabía que iba a morir.

Fin del monólogo.

Si no, no voy a poder contarle lo de la orientadora. Para calmar la ansiedad, me decía que no me importaba, que podría abrirme enseguida, que solo iba para que mi padre no me rayase. Pero no funcionó. Estaba muy estresado. No tenía nada que decirle a aquella mujer. Debe de ser parecido a cuando te hacen

un examen y no tienes ni idea. Aparte de que no quería volver a poner los pies en una jaula de grillos. No era el mismo insti al que había ido, me hubiera negado. No puedo decir que la señora Dablon me gustase cuando la vi. Es justo del tipo que no me gusta, delgada y seca, con el pelo supercorto y los ojos como rayos láser. Eso no ayudaba. Me dijo que estaba allí para ayudarme a ver más claro mi futuro, a responder a mis preguntas si las tenía. Todo lo que quería preguntarle era cuánto tiempo iba a durar aquello, pero me aguanté. Solo faltaba cargármela con mi padre. Al principio hablamos de todo y de nada. Lo que hacía durante el día, las series que me gustaban. De las que le dije, ella también estaba viendo *Peaky Blinders* y *Narcos*. Me sorprendió que me hablara de eso. Se dio cuenta de que estaba incómodo, trataba de ser agradable. El taller de escritura le hizo gracia. Yo no le veía la gracia por ningún lado. Para mí es serio. Le dije que escribir no era fácil, pero que me gustaba cada vez más. Le hablé de usted y también de que había empezado a leer. Quería saber qué clase de libros y si pensaba continuar cuando terminara el taller. Le dije que sí, que no había relación entre los dos. No le hablé de los libros de mi hermano. Una hora después, todavía estaba en su despacho. No podía más. Me preguntaba adónde quería llegar con todas aquellas preguntas. Fue entonces cuando me propuso verme de nuevo. «Hablaremos de su futuro, de las posibles orientaciones, mientras tanto, piense en todo lo que le gustaría hacer en la vida. Qué tipo de estudios, qué oficios, qué deportes…, todo lo que se le pase por la cabeza. Anótelo en una hoja. Yo, por mi parte, voy a reflexionar.» Pero todo lo que me pasa por la cabeza ya se lo he dicho a usted. Me veo entregándole una hoja en blanco. Es como si ya hubiese estado allí. No pensé que fuera a haber una segunda cita. Un rollo.

Cuanto más leo *Por quién doblan las campanas*, más me gusta. La historia de amor tampoco está mal.

Samuel

Margaux hace la limpieza los sábados. Empieza por la

habitación de Julien. Podría pasar el aspirador por allí solo de vez en cuando, pero no se decide a hacerlo. Deja la puerta entreabierta. Descubrió que Samuel iba a la habitación de su hermano. No sabe lo que hace allí. Al quitar el polvo de los libros de Julien, se da cuenta de que faltan dos. Se pregunta si Sam se habrá aficionado a la lectura. «Sería asombroso, pero muy bueno. Significaría que está mejor, que se interesa por algo.» Respira aliviada. Un poco más tarde, encuentra el libro de Éric Faye en su cómoda, entre las camisetas. Duda si animarlo y felicitarlo. Podría estropearlo todo. Si quisiera que se supiese, no habría intentado ocultarle el libro. Ya le ha causado suficiente daño. En parte es culpa suya que Sam sea tan callado, tan acomplejado y retraído. La enfermedad de Julien acaparó toda su atención. Su hijo menor creció solo. No le quedaron más que las migajas. Migajas de cariño, migajas de presencia, de atención, de apoyo. A Samuel lo dejaron de lado. Ni ella ni Patrick se ocuparon de él lo suficiente. Margaux era consciente de lo injusto que era, pero no podía hacer nada al respecto. Con cada recaída de Julien, volvían a entregarse en cuerpo y alma a la enfermedad. Nada importaba excepto su lucha contra el cáncer. «Le he fallado a Sam otra vez», se decía descorazonada, cuando anulaba una salida, se olvidaba de preguntarle por sus notas o de apuntarlo a baloncesto. Desde que Julien murió, no sabe cómo hacer para acercarse a él, para pedirle perdón. Hoy se da cuenta de la profundidad del abismo que los separa y se dice que es demasiado tarde. Margaux no recuerda que Sam se hubiese quejado nunca de su comportamiento ni que tuviese una rabieta. Ni una sola vez en todos estos años. Hubiera sido preferible. Cualquier cosa en lugar del silencio en el que se refugió. Cuando le reprochan su pasividad, su rostro ni siquiera expresa nada.

Margaux sabe mejor que nadie el daño que hace la culpa. No hay nada mejor que una cárcel para estudiar sus diferentes formas, el deterioro que provoca. Hay una que mata a fuego lento, la que te corroe por dentro, la que enloquece, la que llama a la violencia, a la muerte. La suya es doble. Por su hijo desaparecido y por el que ha abandonado. «La culpabilidad traba e impide avanzar. A mí me paraliza, me aleja de la

persona que más quiero en el mundo», suspira.

Jean a Esther

Túnez-París, 26 de abril de 2019

Hola, Esther:

Este es mi monólogo: Nicole, la mujer del payaso.

Me encanta este pedacito de cielo en la esquina de mi ventana. Me da ganas de salir a pasear, de dejar este cuarto que huele a trapo de fregar. El mismo olor a humedad de algunos bares. Lo he intentado todo para hacerlo desaparecer. He aireado todo el día, he encendido velas, he comprado madera de cedro, he abusado del ventilador. Al final siempre vuelve. Cuando le digo a Max: «¿No lo notas? Huele desde la mañana», él cierra los ojos, inspira hondo, no nota nada. He dormido fatal. Y la cosa va a ir de mal en peor: esta semana, el vecino tiene turno de noche. Le he oído llegar a eso de las cuatro. Se hizo algo de comer, encendió la radio, muy bajito, se dio una ducha, al final del pasillo… No hay nada que hacer, por mucho que me diga: «Duerme, piensa en otra cosa», visualizo cada uno de sus gestos, como si estuviera al otro lado del tabique, delgado como papel de fumar. Se quita los zapatos, va a la cocina, abre el grifo, abre una alacena, luego un cajón, coge los cubiertos, arrastra la silla… Es para volverse loca. ¿Por qué mi cerebro no me obedece cuando le pido que vuelva aquí conmigo y que no pase el tiempo con el vecino? En las mañanas de cansancio, despotrico contra nuestros dos cuartos minúsculos, le digo a Max que quiero mudarme, que ya no aguanto más. Me pregunta adónde iríamos. No sé qué contestar. Él se eterniza fuera, harto de mis gimoteos. De qué me quejo, no estamos tan mal aquí. Los dos cuartos se comunican, el baño y la ducha común están limpios, podemos usar el ascensor. Al no pagar alquiler, podemos darnos algunos lujos. Vamos al cine y los fines de semana, al bufé libre en cualquier chino de Les Halles. Y me llega con Max para ser feliz. Cuando

sale, a veces aprovecho para airear su traje de payaso, la pajarita, el sombrero y los zapatos. Los tiendo sobre la cama. Me encantan sus colores brillantes, pasar la mano por los pantalones de terciopelo verde, la chaqueta de algodón y fieltro rojo, el sombrero, en el que cosí unos girasoles gigantes. Si hubiéramos tenido hijos, Max habría actuado de payaso para ellos y luego para nuestros nietos. Oigo pararse el ascensor en el quinto. Son ellos que vuelven.

Jean

Jean imagina a Esther menuda, morena, el pelo con corte cuadrado, el rostro afilado y un poco severo, con gafas. Un físico agradable, sin más. Poco importa porque esta es una Esther de su invención. Busca su primer *e-mail,* con las fotos de los miembros del taller. Juliette se parece a las descripciones de Nicolas. Una mujer guapa. Rostro cuadrado, morena, cabello desordenado, ojos negros, cejas espesas. Esther Urbain no figura en el directorio. Cuando les preguntó si preferían que les hiciera sus comentarios por teléfono o por correo electrónico, él eligió el correo electrónico por razones prácticas. Lo lamenta. Por teléfono, al menos, habría escuchado su voz. Busca una foto en internet, en la página de la librería C'est à Lire; teclea en Google «Esther Urbain», luego «François Perceval y Esther Urbain», «Hija de François Perceval». Encuentra imágenes del escritor, cuyo cabello parecía haber encanecido prematuramente, pero nada sobre su hija. No está en Facebook ni en Twitter ni en Instagram. No existe en la red. En algunas fotos de François Perceval, se ve en segundo plano a la misma mujer morena de pelo corto, pero nada indica que sea ella. En las redes sociales solo hay una Esther Urbain, una niña encantadora que explica en YouTube, en un vídeo fechado en 2017, «cómo ser tú misma».

Esther a Jean

Lille, 2 de mayo de 2019

Para Jean

«Amo y odio», mi monólogo fácil.

Me encanta la nieve. Odio los paraguas.

Me gustan los abrigos y las chaquetas rojas. No soporto a las chicas demasiado maquilladas o muy ceñidas. Me encanta *Busto de mujer*, una escultura de mi madre que instalé en mi habitación. Es mi madre cuidando de mí. Detesto la música folklórica. Me gustan Bach y Bowie. Odio hacer cola. Me gustan las dalias, me recuerdan a mi abuelo. Me espantan las flores azules y los ramos redondos. Me encantan los escritores. Aborrezco a los clientes «antes se escribía mejor», que solo leen a los clásicos. Me gustan las patatas fritas con queso maroilles y piña. Me repatean las endibias con jamón, y más aún la gente que se sorprende de que no me gusten: «Pero ¿por qué? Son riquísimas cuando están bien preparadas». Quiero a mis padres. Odio a mis padres. No hay derecho a morir así. Aprecio a la gente a la que le gustan los silencios. Aborrezco la música en los restaurantes. Me gusta la amabilidad. Me detesto cuando finjo no haber visto al sintecho sentado en la acera. Me gustan las personas que dudan. Odio a los extremistas de cualquier signo. Me encanta mirar el álbum de fotos donde estoy con mis padres. Odio la melancolía cuando me visita sin que la haya llamado, colándose como Pedro por su casa. Me gustan Chopin y The National. Odio las voces cursis. Me gusta tener razón. Detesto a los tacaños. Me gusta la gente valiente. Odio a los que se escaquean. Me gustan los wésterns. No soporto los musicales. Me gusta Jean Echenoz, odio los *feel good books*. Me gusta Nicolas de Staël y el Aduanero Rousseau. Odio a las personas que, en los museos, fotografían los cuadros sin mirarlos. Me gusta la idea de que algún día haré un largo viaje a Japón. No soporto el olor de los perros mojados. Me encanta la radio. Odio la televisión. Me gusto cuando me muestro tolerante. No soporto a la gente que come con la boca abierta. Me encanta Edward Elgar y Benjamin Biolay. Odio las historias de amor que acaban mal. Me gusta la niebla. Odio los cruceros. Amo el mal tiempo.

Esther.

Jean a Nicolas

París, 2 de mayo de 2019

Hola, Nicolas:

Aquí va mi monólogo: en la mente de mi padre.

Le oí decir: «¡Bah!, ya sabes que tu padre está bien en cualquier sitio», antes de que llegase a su habitación y cerrase la puerta tras ella. Al principio, no entendí si hablaba con Jean o con Pierre. Reapareció unos minutos más tarde, furibunda: «Pero ¿quién me manda a mí contarle nada? ¡Como si yo no me ocupase de nada! Así me lo paga, después de todo lo que he hecho por él». Cuando le pregunté por qué estaba enojada, me dijo: «Es Jean, me ha gritado por teléfono. No entiende por qué vendemos Honfleur con lo que te gusta esa casa. ¡Lo que yo piense da igual, por supuesto!».

No dije nada. Qué más da. Pronto estaré muerto. Lo que me intriga es la reacción de Jean. No se parecen en nada. Es demasiado tarde para cambiar a su madre. Mi hijo no es idiota, lo sabe muy bien.

Si pudiera retroceder cincuenta años, actuaría de otro modo. Vuelvo a ver la escena, éramos jóvenes, poco tiempo después de conocernos. Nos encontramos en el restaurante. Está sentada frente a mí. Me hace un comentario displicente, otro, una vez más. Me levanto, doy un puñetazo en la mesa y grito: «¡No! No me hables así». O mejor aún: «¡No me cabrees!». Saboreo el estupor y la cólera en su rostro. Me sostiene la mirada, duda en responder. Baja los ojos hacia su plato. Por supuesto, no ocurrió así. Cedí a sus caprichos, consentí sus reproches y sus recriminaciones sin rechistar. La nariz en el plato era la mía. Pensé que tenía suerte de que una mujer como ella se interesara por un tipo como yo. Era deslumbrante. ¡Y qué clase! Ojos muy azules, cabello rubio y largo, boca carnosa, voz suave, cinturita de avispa…, era mi ideal femenino. Yo no era un adonis precisamente. A los veintisiete años, ya estaba

perdiendo el pelo, tenía kilos de más, detestaba mis dedos rechonchos, que me acomplejaban, y mis dientes estaban amarillentos por el tabaco. Fumaba como un carretero. Tabaco negro. Cuando aquella princesa, la reina de las mujeres bandera, fruncía el ceño poniéndome morritos o cruzaba airada los brazos sobre el pecho, yo me reía. Lo encontraba encantador; ¡valiente idiota!, eso es lo que era, un tonto de capirote. Se mostró como era, dura y esnob, desde nuestra primera cita. Yo la quería para mí. Tenía dinero para comprarla. Su mal genio no me preocupaba. Seríamos felices, con el tiempo se dulcificaría, cambiaría. No se me ocurrió que, muy pronto, me despreciaría. Y mucho menos que sería incapaz de hacerle frente. «Esto no puede ser, tengo que hablar con ella», «No puede tratarme así delante de los niños, es inaceptable»: le di vueltas a estas frases cientos de veces. Pasaron los días, los meses, los años sin que nada cambiara. No sé por qué. Los primeros años, por miedo a perderla, pero ¿después?

Reconozco que me ha encantado que Jean se preocupase por mí y que le haya gritado a su madre. Es cierto, me hubiera gustado conservar la casa de Honfleur.

Jean

Nicolas a Jean

París, 5 de mayo de 2019

Mi carta «Diez años después».

Hola, Jean:

El 15 de febrero de 2019, hace diez años, enviaba mi primera carta a un desconocido. Tú. «Es absurdo, este taller es una gilipollez», eso es básicamente lo que me decía al escribirte, te lo puedo confesar ahora. Aquellos intercambios forzosos me recordaban los que mantuve a los quince años con mi corresponsal alemán. Pero, como ya sabes, no tenía elección, qué te voy a contar. No me arrepiento. Juliette volvió y gané un

amigo. Me pregunto cómo voy a celebrar nuestros diez años de amistad y colaboración. Invitarte al Camélia, por supuesto. ¿Y qué más? ¡Escribirte, obviamente! Es la ocasión de decirte lo mucho que me alegro de que nos hayamos conocido. Aprecio los momentos que pasamos juntos. Y sin ti no habría existido La Diferencia. Vale, tuve que darte un empujoncito, pero lo logramos. Me conozco, si no me hubieras apoyado, no habría llegado al final de la aventura. No está mal, ¿no?, un restaurante y dos tiendas de comestibles. Hemos insertado a quince personas discapacitadas. ¿Te das cuenta? Sí, ya lo sé, cómo no vas a darte cuenta. Ya me conoces. ¡Cuando me entusiasmo, me entusiasmo! No sé echar el freno y soy un bocazas. Menos mal que es por escrito y no tienes que oírme. Has visto igual que yo a esos chicos ganando autonomía, desarrollándose en el trabajo. Conmigo no ganas un céntimo, pero un éxito como este es mejor que la pasta, ¿no?

Hala, vuelvo a mis fogones. Estoy ensayando un nuevo plato en torno a lo insípido: saltamontes y hormigas ecológicas, trébol, *mousse* de soja.

Hasta luego, Lucas.
Nicolas

Jeanne a Juliette

Verjus-sur-Saône, 29 de abril de 2019

Juliette:

Todos esperamos algo o a alguien. Yo espero a mi hija. El joven Samuel espera a que sus padres lo miren. Usted espera a sentirse lista para volver a casa. Supongo que Nicolas espera su regreso. Esther podría habernos sugerido esta pregunta: «¿Qué espero?».

Me encantó el diálogo con su padre. Gracias.

Debo contarle algo. Desde hace años, tengo un abono para la ópera de Lyon. El pasado mes de septiembre dudé en renovarlo. Tengo que coger el coche para ir. Lyon está a treinta kilómetros, vuelvo a casa muy

cansada, el abono es una pejiguera… Un día en que probablemente estaba en forma, me rebelé. ¿Qué pasa? ¿Ya no sabía conducir? ¿Estaba enferma?, ¿fatigada? No. Me di cuenta de que la primera trampa de la vejez es rendirse. Estamos menos motivados, nos volvemos más timoratos, más perezosos, renunciamos. Basta con muy poquita cosa. Nos acurrucamos y nos vamos metiendo lenta pero decididamente en nuestro caparazón. El movimiento es casi imperceptible, pero es real.

Luchar contra la vejez es un combate cotidiano que podemos librar mientras gocemos de buena salud. Así que hice una lista de mis pequeñas capitulaciones, que hasta entonces me habían pasado inadvertidas. La constatación es abrumadora. Organizo menos cenas, voy muy poco al cine, ya no me entero de lo nuevo en música clásica y en jazz, cambio con menos frecuencia las sábanas y, por dejadez, me lavo la cabeza con un champú inadecuado para mi tipo de pelo (oh, perdón, Juliette, por compartir este tipo de mi intimidad con usted). Sigo con mi investigación. Descubriré más renuncias, no le quepa la menor duda. ¿Se da cuenta de que casi renuncio a una de mis aficiones preferidas? ¡Los conciertos!

Esta mañana he dado un largo paseo con Luc, el que tiene el bar del pueblo. Me encanta su vena lunática y su generosidad. En este momento, está tratando de convencer al alcalde y a los lugareños para que acojan inmigrantes en el pueblo. Hay viviendas vacías, argumenta, comercios cerrados por falta de inversores y clientes, los viticultores se las ven y se las desean para encontrar mano de obra, las personas mayores necesitan asistencia. Le digo que profundice en su proyecto, que lo redacte, que calcule costos, pero no me hace caso.

Espero que algún día venga a visitarme. Daremos un paseo. Cuando subamos a la cima de mi colina, le mostraré una vista sin contaminación visual, urbanizaciones ni zonas comerciales. Solo viñedos, bosques, aldeas y el horizonte hasta donde alcanza la vista. Por mi parte, estaré encantada de ir a París y cenar en el Camélia.

Afectuosamente,

Jeanne

Juliette a Jeanne

Malakoff, 6 de mayo de 2019

Hola, Jeanne:

A estas alturas, ya ha debido de terminar la lista de renuncias e incluso de poner orden en ella. He comprendido que no hay que bajar la guardia cuando se empieza a envejecer. Espero ser tan tenaz como usted en el futuro.

Como ya le he comentado, mis padres viven en una urbanización. Supongo que esas zonas residenciales estandarizadas tienen algo tranquilizador. Me sorprendió que, una vez jubilados, decidiesen comprarse un adosado en las afueras de Trouville en lugar de quedarse en el centro de la ciudad. Me hablaron maravillas de la seguridad, la cercanía de los vecinos, la cocina equipada, el jardincito que requería poco mantenimiento, el garaje bajo la casa, tan práctico, la «suite de matrimonio con vestidor y cabina de ducha italiana a ras de suelo». Pagaron por una casa de cine. A mí me gustan tan poco como a usted las urbanizaciones. Pero comprendo a mis padres, que creen haber hecho un gran negocio (supuestamente, los gastos de notario eran gratuitos), no les importa si su casa tiene personalidad o si es idéntica a la de sus vecinos. Eligieron el color de las contras (azul o beis), de la cocina (rojo o blanco) y la tonalidad del parqué (claro u oscuro). No pedían más. Mejor dicho, no pedían tanto. Están contentos con su adosado. Les parece práctico y confortable.

Voy mejor. Cuando estoy con mi chiquitina ya no tengo miedo de hacerle daño. Puedo hablar con ella, sonreírle sin forzarme, sin que me tiemble todo el cuerpo. Le digo que es una ricura, que estoy orgullosa de ella. Le hablo de sus ojos azules, iguales a los de su padre; de su pelo negro, igual al de su madre. Nunca sabrá si era el de su abuela o el de su abuelo materno, ¿y qué?

¡El sol está saliendo, Jeanne! También gracias a usted.

Con afecto,
Juliette

P. S.: Olvidé enviar mi última carta a Esther. ¿Sería tan amable de hacer una copia y remitírsela? Gracias de antemano.

A Jean le resulta difícil acometer el último ejercicio, proyectarse a diez años vista. Para no ofender a Esther, hace un esfuerzo. Pero la idea le parece ridícula. Escribirá la misma carta a sus dos destinatarios. Así matará dos pájaros de un tiro.

Dentro de unos días, almorzará con los dos fundadores de Telefonía y Digital para comunicarles que los deja. Las próximas semanas las dedicará a su abogado y a la marcha de la empresa. Desde que tomó la decisión, no piensa en otra cosa. Su dimisión es el acontecimiento más sorprendente y estimulante que le ha ocurrido en mucho tiempo. Su futuro se resume en esta despedida. Es vertiginoso. Prometió que no se lo diría a nadie hasta que no hubiesen concluido las negociaciones. ¿Y después? Un oscuro velo negro le impide la visión. En fin, no del todo. Cuando termine el taller, cenará en el Camélia. Se alegra de haber conocido a Nicolas. Los separan diez años como mínimo, no se parecen en nada, no tienen ningún punto en común; en muchos aspectos, son como Caín y Abel, pero se estiman. Mucho. Jean se pregunta si son ellos que han tenido suerte o si también les ha ocurrido a los demás; si las relaciones epistolares propician hasta ese punto la confianza y la simpatía; si todos han acabado cogiéndole gusto a escribirse, tuviesen o no alguna afinidad. ¿Poseen las cartas el poder de crear un vínculo especial entre los que las escriben? ¿Qué habría pasado si Nicolas y él se hubieran conocido en una cena? Nicolas habría gruñido bajo su barba de hípster: «¡Menudo imbécil! Es todo lo que detesto». Y su amistad habría nacido muerta. Con Esther es distinto. A menos que se produzca una feliz coincidencia, no hay razón para que se vuelvan a relacionar. Ya veremos. En principio, Esther le

gusta. Pero quiere conocerla en persona, hablar con ella. Aún no sabe cómo. «Después de todo, mi futuro próximo es bastante emocionante.»

Horizontes

Jeanne a Samuel

Verjus-sur-Saône, 30 de abril de 2019

(Esta es mi carta «Diez años después».)

Querido Samuel:

Feliz año nuevo 2029. ¡Qué largo camino recorrido desde nuestras primeras cartas! He tenido que dar miles de vueltas para sellar esta, apenas quedan estafetas de correos. Usted, que tanto dudaba de sí mismo, ha encontrado su camino. Ya ve, Samuel, nunca se sabe lo que nos deparará la vida. Creemos dominar el curso de los acontecimientos, presentes y por venir, pero cuando miramos hacia atrás vemos que el camino no se parece en absoluto, o casi nada, al que habíamos elegido, querido, imaginado, soñado o temido. Usted empezó a dar los primeros pasos el día en que hizo el duelo de su hermano y dejó de culparse a sí mismo. Celébrelo. Pero no piense que su éxito está asegurado, que las cosas están asentadas para siempre. No lo están. Si puede permitírselo y es lo que desea, conocerá otras grandes satisfacciones, también otras sorpresas desagradables. Solo deseamos las primeras, pero no van sin las segundas. Es el precio que hay que pagar. No baje la guardia, es el único consejo que puedo darle.

Jeanne

Samuel a Jeanne

8 de mayo

Jeanne:

He vuelto a ver a la señora Dablon. No llevé nada preparado. No me gusta pensar en mi futuro porque no tengo ganas de nada. Es extraño y flipante no imaginarse en ninguna parte. No parecía sorprendida de que llegase con las manos vacías. Me aconseja que me matricule en el bachillerato a distancia. Dice que no es fácil estudiar solo, pero que hacen un seguimiento y que estoy capacitado para hacerlo, que es cosa de fuerza de voluntad. Lo voy a pensar.

Mi carta «Diez años después».

El otro día fui a ver a mis padres. No sé cómo surgió en la conversación, pero hablamos de Julien. Nos dimos cuenta de que cada vez nos costaba más recordar su cara. Doce años no es tanto para que se nos borre, para que se olviden los detalles. Como el sonido de su voz. Mi madre ya no llora antes de irse a la cama, me lo dijo mi padre. De todos modos, ya no estoy con ellos para oírla.

Donde vivo, junto al mar, me mantengo alejado de las noticias, pequeñas y grandes. Elegí este lugar a propósito, porque aquí es posible. Hago todo lo que puedo para que nada me alcance. No lo consigo del todo. Veo que nuestra Tierra se está muriendo. El color sucio del cielo se confunde con el del horizonte. Es el mismo gris por todas partes, que nos impide ver, que nos pica en los ojos y la garganta. El mismo que hay después de un incendio, solo que este gris no lo disipa el viento. Yo lo llamo gris catástrofe. El mar deposita cada vez más basura. Algunas mañanas da la impresión de que no lo va a conseguir, que va a quedarse quieto de golpe. Es su forma de decirnos que va a tirar la toalla y que nos va a dejar plantados a nosotros y a nuestra mierda. Ya sé la frase que pronunciaré unos minutos antes de que el mar se muera: «Vaya, qué raro, no se oye el ruido de las olas». Habremos vivido ese período en el que no hay esperanza, no hay vuelta atrás. El daño está hecho. Es demasiado tarde para repararlo. ¿Cree que queda algún rincón que los hombres no hayan ensuciado?

Dentro de poco, eliminarán los pocos buzones que quedaban, así que esta será probablemente la última carta que le envíe. Menos mal, porque ha sido un

auténtico quebradero de cabeza encontrar un sello. Cuando pregunté, me miraron como a un bicho raro. Es igual, porque pronto nos veremos.

Samuel

Nicolas a Juliette

París, 30 de abril de 2019

Juliette, aquí tienes mi monólogo.

Es el amor de mi vida.

Me despertará de nuevo al amanecer porque estará muerta de hambre y tendré que ocuparme del desayuno ya. Me daré la vuelta bajo las sábanas, hundiré la cabeza en su pelo y posaré, qué delicia, una mano en sus nalgas. En invierno, cuando estemos muertos de cansancio, se acurrucará contra mí en el sofá. Veremos una serie en la televisión. Me quejaré de su chándal dado de sí y de sus gruesos calcetines de lana. De todos modos, seguirá estando guapa. Romperá otra pieza de la vajilla, echando pestes contra mis zapatos, con los que habrá tropezado en medio de la noche. Me recordará, con razón, que hago cocina, no una tesis de filosofía. Me entusiasmaré con sus últimos panecillos. Me tirará de la manga para evitar que le salte a la yugular al gilipollas con el que estoy condenado a cruzarme hasta el fin de mis días. Me reñirá por no haber empezado la última novela que tanto le gustó, y eso que se lo había prometido. Me pondré pesado porque se fue antes de tiempo y odio despertarme sin ella. En el avión, en el tren o en el coche, cuando vayamos de vacaciones de verano, me dirá, dándome un beso: «¡Qué contenta estoy!». Bailará sola en medio de la sala, con la música de fondo, la miraré, la encontraré sexi, tremendamente sexi. Seguirá preguntándome, cuando menos me lo espere: «¿No te parece que tenemos mucha suerte?». Esperará mi respuesta como si nuestra vida dependiera de ello. Como si me lo preguntara por primera vez.

N.

Juliette a Nicolas

Malakoff, 8 de mayo de 2019

Nicolas:

Mi monólogo:

Me pregunto cómo perdí mi cuerpo. Me miraba desnuda en el espejo. Sin placer ni disgusto. Un cuerpo extraño, que se mantenía a distancia. No era el mío. Qué sensación tan rara. Ni rabia ni orgullo. Había perdido toda consistencia, su carne, su densidad. Estudiaba mis senos, mis piernas, mi sexo, mis nalgas. ¿Y? Nada. Recordaba mis antiguos complejos, mi barriguita cada vez que me dejaba ir, mis hombros que no me gustaban, mis incisivos que se montaban. Ya no me concernían. Cuidaba de mi cuerpo. Conocía los gestos. Le daba de comer, lo lavaba, lo vestía, le daba calor, no me pertenecía. Desde que caí enferma, ya no me preocupaba de la mirada de los hombres, de mi cuerpo como objeto de deseo, como fuente de placer.

Cuando empecé a mejorar, mi cuerpo siguió al mismo ritmo. Recuperó los colores, la densidad, las formas. Reapareció, en su belleza y sus imperfecciones. Lo miraba, lo tocaba, lo acariciaba, lo sentía. Se volvió menos fantasmal.

Contra los medicamentos, la química, mi libido no había podido mucho. Ha vuelto. Su pasión y su impetuosidad me cautivan. Mi vida de monja recluida en su celda ha quedado atrás.

Me pregunto cómo he hecho para recuperar mi cuerpo.

Juliette

Jean a Esther y Nicolas

Bruselas-París, 7 de mayo de 2019

Esther y Nicolas:

Diez años después.

Veo la puesta de sol desde mi ventana. No pienso en la contaminación, en el aire sofocante. Olvido el

silencio, la soledad que encarcela, los robots que han invadido nuestras casas, los chips que han colonizado nuestros cuerpos. Olvido que mis actos y mis gestos se graban, se analizan, se clasifican. Olvido que todo sucedió muy rápido. Olvido que ya no tengo miedo, que estoy protegido. Me olvido de mis alarmas, de mis datos sanitarios, geográficos, psicológicos, de las pantallas por todas partes. Olvido que vendí mi alma al diablo, mi libertad a cambio de la seguridad. Me acuerdo de los árboles, de las llanuras infinitas, de los grandes ciervos en la nieve, de los lagos de aguas tranquilas, de la luminosidad de los cielos, de los murciélagos que se escondían en el cobertizo, de los ríos vistos desde el avión, que trazaban un surco limpio y perfecto a través de la inmensidad de la Tierra. Olvido que la Historia ha sido secuestrada. Me acuerdo de nuestros pasos en la tierra helada, de nuestros bastones que rompían el hielo, del mar virgen de nuestros errores, de las sorpresas que nos reservaba la vida, también de sus misterios, de los domingos ociosos en París, de la hojarasca empapada de agua, de una mujer orgullosa de su oficio de remalladora. De nosotros, cuando todavía era posible salvar la Tierra y nuestra piel. De mí, que me había jurado no convertirme en un viejo imbécil. Tengo sesenta y tres años. No me arrepiento de nada. Todo esto existió y lo he conocido.

Jean

Esther a Jean

Lille, 11 de mayo de 2019

Diez años después.

Querido Jean:

Ordenando unas cajas, me topé con nuestra antigua correspondencia. No sé si piensa en ello alguna vez. Yo sí, a menudo. ¡Qué idea organizar un taller de escritura epistolar! Finjo sorpresa, pero conservo un emotivo recuerdo de aquellos días.

Acabo de leer la última novela de su hija. Me ha gustado. ¿Y a usted? Se vende bien, para los tiempos que corren, por supuesto. Ya sabe que cada vez hay menos lectores. Son tiempos difíciles, pero ¿recuerda lo que le decía entonces? Me gusta mi trabajo.

Aquí, la canícula hace estragos. Los ventiladores, a toda potencia, luchan a muerte con el aire abrasador, mientras yo me asfixio soñando con lluvia helada y montañas nevadas. Debería haber instalado aire acondicionado. Las frutas y verduras escasean en los puestos de los mercados, los árboles se mueren de sed, el agua está racionada, este año el ayuntamiento no ha plantado flores en los jardines —para qué, si no hay insectos—. Los permisos para circular por la ciudad son cada vez más restrictivos, me cuesta una barbaridad conseguir uno. ¡Cuántas trabas! Pero ¿qué hacer? ¿Adónde ir? La Tierra es un horno.

Hace dos semanas, vinieron Nicolas y Juliette. Cenamos juntos. Nicolas visitó las nuevas tierras vitivinícolas de la región y degustó sus vinos. ¡Quién me hubiera dicho que un día la campiña de Lille estaría cubierta de viñas! Me dijo que había estado últimamente con usted, que estaba bien. Estoy muy ofendida: solo él ha tenido noticias suyas. Al parecer, ha comprado nuevos olivares en Croacia y su aceite ha vuelto a ganar un premio. Lo pido siempre en los ultramarinos.

Cierro la librería las dos primeras semanas de agosto y, como de costumbre, olvidé reservar para mis vacaciones. ¿Qué le parece si vamos juntos? ¿A Noruega? ¿A Suecia? ¿A Islandia? ¿A Groenlandia?

Esther

Jeanne a Juliette

Verjus-sur-Saône, 9 de mayo de 2019

Monólogo dedicado a Juliette

Cuando hago listas, pienso en Hadrien. Comprar comida para Robert y Alfred. ¿Por qué? ¿Qué habría sido de nosotros? ¿Nos hubiéramos aburrido al final? ¿Nos

pelearíamos? ¿Nos odiaríamos? ¿Por qué me gusta hacer listas? Libros Sacha. Como si fuera a olvidarme, como si no tuviera todo el tiempo del mundo. Bicarbonato sódico. Debería hacer la lista de todo lo que sería diferente si él estuviera aquí. Sufriría menos su ausencia, que me cogió por sorpresa. No cerraría los ojos implorando sentir por última vez su aliento en el cuello y sus brazos estrechándome fuerte. Me miraría más a menudo al espejo, me daría cuenta de que envejezco bastante bien. No tendría música de fondo, él la detestaba. Estaría más serena. Comprar escoba. Encargar tablas cercado. No pintaría una de las paredes de la sala de estar de amarillo India, sino de blanco. Aún haría el amor (o eso creo). Llamar a Darmian refugio Villeurbanne. Mis ventanas no se hallarían en un estado tan calamitoso. Ya no viviríamos aquí, porque él no soportaría los adosados. Zanahorias/manzanas/papel higiénico. No hablaría sola. Cerraría la puerta del cuarto de baño detrás de mí. Tiraría de la cadena cada vez. No tendría tanto miedo de caer gravemente enferma. Oftalmólogo. Telef. a Diane y los Fontanel para cenar en casa (¿24 o 30?) + garaje. No iría a tomar café todos los días al bar de Luc. Responder presupuesto cierre. De noche no trataría de conciliar el sueño imaginándome que Hadrien ha salido y que volverá enseguida. No habría tirado la toalla con Aurélie. Iría de vacaciones. ¿Copia llaves? No me habría inscrito en este taller. No habría escrito un monólogo.

Afectuosamente,
Jeanne

Juliette a Jeanne

Malakoff, 14 de mayo de 2019

Dedicado a Jeanne:
Monólogo sobre una cita fallida.

Cuando me despierto al amanecer, solo pienso en una cosa: volver a casa. Urgentemente. ¿Qué hago aquí? En

este cuartucho, sin mi familia. Cojo el bolso, meto la ropa en la maleta y me voy. Pero no sucede así. Debo aprender a prever, a reflexionar sobre las consecuencias de mis actos. Lo ocurrido era inevitable. Estoy frente a la puerta de mi edificio, como paralizada, plantada en la acera con mi maleta. ¿Es prudente aparecer sin haberlos avisado mientras todavía duermen? ¡Sorpresa, soy yo! ¿No podía haberlo pensado antes? ¿Qué haré después de cruzar la puerta? ¿Despertar a Nicolas? ¿Actuar como si no hubiera pasado nada? ¿Preparar el desayuno? ¿Ocuparme de Adèle, que se echará a llorar, reclamando a su padre o a Sylvie? Los tres tienen sus rutinas, que no conozco muy bien. Como un pulpo en un garaje, así me sentiría. Una extraña en mi casa. De ninguna manera, me niego a ponerme en semejante situación

Me quedo ahí, paralizada, mirando nuestras ventanas, fingiendo que todavía dudo, pero se acabó. En ese preciso momento comprendo que, antes de volver a casa, debo escribir a mis padres. No sé por qué, cuál es la conexión, pero no la cortaré. Hasta que lo haga, no podré cerrar el círculo.

No me había fijado en que Sylvie había puesto geranios en los balcones. Es bonito. Me entran ganas de llorar. Me gustaría volver a ser la que era, capaz de tomar decisiones sin hacer una montaña de un grano de arena. Me odio. Me he convertido en una miedica. Tengo que irme. No quiero que la portera o el quiosquero me vean con la maleta, no sabría qué decirles. Si hubiera dejado mi cerebro en modo de espera y no hubiera entrado en pánico en el último momento, ahora estaría en casa. Pero es demasiado tarde. ¡Taxi!

Juliette

Viajes

Samuel a Jeanne

11 de mayo

Hola, Jeanne:

Sé que le escribí hace apenas tres días, pero tenía que decírselo. Nunca me había fijado en que mi hermano tenía guías turísticas al final del último estante. Hay tres, las tres sobre Japón. Ayer por la mañana, las hojeé y me di cuenta de que Julien las había leído de cabo a rabo. Había subrayado los nombres de los templos, los museos, las calles, las islas. Todos los lugares que habría visitado si hubiese ido allí. Bueno, supongo. Es verdad que leía muchas novelas japonesas. Tendría que ver las guías, parecen de alguien que va allí todos los años. En mi opinión, ese era su secreto. Debía decirse que, si se curaba, haría ese viaje. Al final hay un vocabulario con palabras en japonés. Había subrayado algunas. Tal vez las conocía y no lo sabíamos. En una de las guías encontré un artículo que Julien había recortado del periódico, «El teléfono que hablaba a los muertos». ¡Es flipante! Intentaré resumírselo, porque me ha dado una idea. En Japón, en la región de Tohoku, el tsunami de 2011 se tragó a veinte mil personas, la mitad de ellas habitantes del pueblo de Otsuchi. Un tipo, Itaru Sasaki, instaló una cabina telefónica. Los cables del teléfono no están conectados a nada, por eso lo llaman *el teléfono del viento*. La construyó en su jardín después de la muerte de su primo, también de cáncer. Para seguir hablando con él. Luego vino el tsunami y se llevó a su mejor amigo. El día que encontraron su cuerpo, dos meses después, entró en la cabina para hablar con él. Los demás habitantes del pueblo lo imitaron y empezaron a hablar con sus seres queridos. También a escribirles,

porque puso a su disposición un «cuaderno telefónico». Va por el undécimo. En los cuadernos también dejan fotos. Se han publicado artículos periodísticos sobre la cabina y han viajado hasta allí extranjeros que quieren hablar o escribir a sus seres queridos. El corresponsal de *L'Obs* escribe que «el teléfono del viento es una especie de estafeta de correos para el más allá». Grabaron a la gente en la cabina e hicieron un documental. Un anciano le dice a su mujer: «Hoy hace frío, pero donde estás no tienes frío, eso espero. Vuelve pronto. Todos te están esperando. Voy a construir una casa en el mismo lugar para nosotros. Come. Sigue viva. En alguna parte. No importa dónde. Estoy tan solo». Un padre a su hijo muerto: «Han pasado cinco años desde la catástrofe. Si te llega esta llamada, escúchanos. A veces no sé por qué vivo. Déjame oírte decir "papá"». Esas historias me dan ganas de llorar. Parece que en Japón los vivos hablan con los muertos, los fantasmas dan señales a los vivos, cruzan las fronteras. A los japoneses eso no les asusta como a nosotros. Me gusta la idea.

Cuando terminé de leer el artículo, miré la fecha. Me dieron escalofríos. Era de tres semanas antes de la muerte de Julien. Pasé la noche en blanco, pensando, y después tomé una decisión. Al día siguiente, cuando nos sentamos a cenar les enseñé mis padres las páginas del periódico. Me temblaba la voz, estaba incómodo, me sentía muy estúpido, pero tenía que llegar hasta el final. «Es un artículo que encontré en su cuarto en una de las guías de Japón. Mirad cuándo se escribió. Me gustaría que fuéramos los tres. Creo que es lo que él quería».

No era capaz de pronunciar el nombre de mi hermano. Es absurdo. Es el tipo de bloqueo con mis padres que me desquicia. Para eso es el viaje. Para que nos encontremos los tres, quizá, y aprendamos a decirnos las cosas. A hablar de Julien, a recordar los buenos momentos sin hundirnos. A pasar página, también. Mi padre cogió el artículo. Mi madre se levantó para acercarse. Lo leyeron juntos, ella de pie, inclinada sobre él. Mi padre terminó antes que ella. No dijo nada, se levantó y se encerró en el cuarto de baño sin mirarme. Mi madre lloraba, se secaba los ojos

todo el tiempo, las lágrimas la molestaban para leer. Sabía que, si decían que no, no sería por una cuestión de dinero. Sería porque no lo entenderían, porque se negarían a entrar en mi delirio (que no niego que lo es) o porque tendrían miedo de algo tan morboso. Mis padres no son ricos, pero no gastan mucho y las vacaciones nos salían baratas, porque íbamos a casa de mis abuelos maternos a la Dordoña y para de contar. No nos atrevíamos a viajar al extranjero, por Julien. Mi padre salió del cuarto de baño. También había llorado. Me miró: «Si tu madre está de acuerdo, podemos ir este verano. ¿Tú qué dices, Margaux?». Ella me miró y me sonrió: «¿Un viaje a Japón con mis chicos? No se me ocurre nada mejor. ¿Dónde está exactamente esa cabina? ¿Nos dejas ver las guías?».

Me pregunté si los chicos de mi madre eran dos o tres. Lo lógico es que fuesen tres.

Samuel

Jeanne a Samuel

Verjus-sur-Saône, 16 de mayo de 2019

Querido Samuel:

He mirado en internet cómo es esa cabina telefónica. Es bonita, con su tejado verde y sus paredes blancas. Me lo imagino dentro… ¡Vaya! Ha demostrado mucho valor al proponerles ese viaje a sus padres. Se irá con ellos y luego estudiará el bachillerato. No dudo de que será capaz de hacerlo.

Lógicamente, esta es la última carta que le envío en el marco de nuestro taller. Si lo desea, podemos seguir carteándonos, yo estaría encantada. Cuénteme, al menos, su viaje a Japón. Háble me de la cabina del viento. Espero de todo corazón recibir noticias suyas.

La vida lo espera, Samuel. Se ha dado cuenta de que a veces hay que ser valiente, audaz, para conseguir lo que queremos. Manténgase firme frente a la evidencia.

Las semanas siguientes esperó en vano la respuesta de Samuel. Desde el fin del taller, es como si el joven hubiese guardado el bolígrafo, junto con sus mantelitos de papel, y olvidado a Jeanne. Estaba decepcionada. Se preguntaba si durante aquellos tres meses solo le había escrito porque no tenía elección. No, razonaba, es imposible. No estaba obligado a contarle su última iniciativa. Le habría gustado continuar con su correspondencia, que al menos le hubiese dicho adiós. «Es la última carta que le envío», escribió en el ejercicio de su carta «Diez años después». Al parecer, esa frase no era ficción.

Jeanne a Juliette

Verjus-sur-Saône, 17 de mayo de 2019

Hola, Juliette:

Esther quería que nos transportásemos a 2029. No pienso hacerlo. Tengo sesenta y siete años y hay perspectivas más agradables que imaginar mi vida frisando los ochenta. El tiempo corre que vuela y malditas las ganas que tengo de acelerarlo. En el mejor de los casos, estaré disminuida, en el peor, enferma o muerta. ¡Habla de un proyecto! Si nos volvemos demasiado hacia el pasado o nos proyectamos hacia el futuro, corremos el riesgo de rompernos la crisma. Disfrutemos el presente. Bastante tengo con rastrear mis pequeñas renuncias cotidianas e intentar remediarlas.

Me alegro de que sus padres estén felices en su adosado. Jamás me atrevería a reprocharles nada. A quienes critico es a los profesionales. A poco que se esforzasen en construir casas con personalidad, en respetar el paisaje, sus padres se sentirían todavía mejor. Posar la mirada en los árboles en lugar de hacerlo en un contenedor de basura, escuchar el trino de los pájaros en lugar del ruido de los coches, vivir en una casa bonita y que no sea un calco de la

del vecino es beneficioso para la salud.

Es la última semana de nuestro taller. Espero que me escriba su carta de «Diez años después».

Deseo agradecerle la confianza que ha puesto en mí. Espero que tengamos la oportunidad de vernos. La recibiré con mucho gusto. Estoy segura de que Adèle disfrutará aquí. Vengan los tres o las dos, como prefiera. Tengo espacio suficiente para alojarlos. No la molesto más.

Jeanne

Juliette a Jeanne

Malakoff, 21 de mayo de 2019

Diez años después.

Querida Jeanne:

Desde mi depresión hace once años, vivo en el presente con una conciencia, una agudeza inédita. Haber conocido el horror me hace apreciar cada momento de dicha y multiplica por diez la nostalgia tan pronto como termina.

«¿En qué piensas, mamá?», me pregunta Adèle cuando me ve soñar despierta. «En nada especial, mi cielo, estoy un poco cansada.» No es verdad, pienso en el miedo, cuando creía que mi muerte era inminente y la sentía rondando en torno a mí. He sobrevivido. Desde entonces, mi vida se ha revestido de otros colores, ha adquirido otra consistencia. Más densa, más sólida. Estoy viva, pero sé a qué se parece la muerte o, más bien, el terror que provoca cuando pasa rozando a nuestro lado y se burla al oído. Y ese sabor metálico en la boca, el cuerpo que ya no se domina, las piernas que flaquean, las manos que tiemblan, la mente que se aturde. Jamás lo olvidaré. Nadie está preparado para semejante experiencia. Nadie sale indemne.

Esta mañana, desde nuestro balcón, Nicolas y yo veíamos a Adèle ir al colegio en su primer día de clase después de las vacaciones. Se detuvo en la

acera, levantó la cabeza, sonrió, nos lanzó un beso antes de darse la vuelta y doblar la esquina. Cerré la ventana. Nos miramos. Nicolas me estrechó entre sus brazos. Lo besé, le dije lo mucho que lo quería. Pensábamos en lo mismo y no necesitábamos decírnoslo. En Adèle, nuestra única hija, en la canción de Michel Legrand, en mis padres, en los suyos, en todo aquello por lo que pasamos. Y también en el café que nos esperaba en la cocina. Y yo, no me pregunte por qué, en el muro de Berlín.

Con mis mejores deseos,
Juliette

P. S.: Ni se le ocurra decir que me molesta. Quíteselo de la cabeza. Si hubiese sido así, hubiera dejado de escribirle. Gracias por su invitación. ¿Y cuándo se anima usted a venir a París?

22 de mayo

Papá y mamá:

Os pido perdón. Os conozco lo suficiente como para saber que estáis preocupados. Lo que me ocurrió, la depresión posparto, no se lo deseo a nadie. Se supone que debo deciros que estoy mejor, que no he vivido todo esto en balde, que soy más fuerte. Pero no os lo diré. Porque prefiero la que era antes. Para convertirme en la que soy, he tenido que afrontar demasiado sufrimiento.

No habría podido veros en plena tormenta. Habría sido demasiado doloroso. No tenía nada que reprocharos, no tengo nada que reprocharos. Pero vosotros me habríais devuelto a mi nacimiento. Era suficiente para que quisiese manteneros lejos de mí. No podía añadir caos al caos. Lo siento muchísimo, porque no era culpa vuestra.

Llevé muy mal el embarazo y la llegada de Adèle. Con ella, mi nacimiento anónimo salió a la superficie. Ocupó todo el espacio. Por primera vez en mi vida, me derrumbé a causa de esa «madre» (¡qué difícil me resulta considerar a esa mujer como mi «madre»!) que no me dejó una palabra, un objeto, una carta de despedida al abandonarme. Adèle me devolvió a ese pasado. Era incapaz de ocuparme de ella, de quererla, de protegerla. No dormía, no comía. Aunque la quería, empecé a odiar a mi bebé.

Nada volverá a ser lo mismo.

Gracias a vosotros, disfruté de una infancia maravillosa. La mejor que pueda desear una hija. He tenido suerte. Muchísima suerte.

Saber que esperabais a que volviera a casa para volver a ver a Adèle porque, como le dijisteis a Nicolas, «es nuestra manera de decirle a Juliette que la queremos y la esperamos», me ha ayudado (muchísimo) en mi curación. No puedo ni imaginar cuánto os habrá costado.

Tengo todas las ganas del mundo de abrazaros y besaros.

Os quiere con locura,

Juliette

En el piso reina el silencio. Juliette alza la maleta para no hacer ruido contra el parqué. La puerta del dormitorio está entreabierta. Nicolas duerme. La luz apenas se filtra a través de las persianas. Es una noche oscura y sin luna. Nicolas le da la espalda. Duerme profundamente, lo adivina por su respiración lenta y regular. Está de pie junto a la cama. Se desnuda lentamente, una prenda tras otra, con el cuerpo tembloroso, sin dejar de mirar a Nicolas. Se acuesta a su lado, aprieta el pecho contra su espalda, enlaza las piernas con las suyas, acaricia su rostro, su cabello, su pecho, su vientre, su sexo. Nicolas agarra su mano, la besa, aspira su olor en la palma de la suya. Se da la vuelta, su aliento acaricia su rostro, reconoce su olor, romero en el cabello, rosa y sándalo en la piel. Percibe en la oscuridad sus grandes ojos abiertos, su amplia sonrisa, siente su corazón, que late al galope. Cuánto ha esperado este momento.

nico-esthover@free.fr, juju-esthover@free.fr, jeanne.dupuis5@laposte.net, jean.beaumont2@orange.com, samsam-cahen@free.fr

Asunto: Clausura de nuestro taller

Hola a todos:

Este correo electrónico marca el final de nuestro taller. Espero que les haya satisfecho, que hayan notado sus progresos a lo largo de las semanas. He leído sus cartas con enorme satisfacción. Se lo digo a todos sinceramente, no esperaba vivir un momento tan apasionante. Todos, sin excepción, han participado honradamente, han dado mucho de ustedes mismos. Hay una pregunta recurrente, que han formulado tanto por teléfono como por correo: ¿han tenido la suerte de caer con buenos corresponsales o habrían vivido una relación epistolar diferente pero igual de intensa con otros, por el hecho de escribirse en el marco de un taller que incita a llevarse bien? No lo sé. Yo diría, ahora que los conozco un poco, que sí, que hemos tenido mucha suerte. Pero no solo eso. Todos, de nuevo sin excepción, hemos sido solícitos, hemos confiado los unos en los otros. No es poca cosa para el éxito de un taller dedicado a la escritura epistolar. Ha habido desacuerdos, roces, agravios, pero fueron manejados con inteligencia. Hemos sido sinceros. Este ha sido nuestro mayor logro.

Gracias por haber confiado en mi alocado proyecto. Espero de todo corazón que los haya animado a seguir escribiendo a las personas que quieren, aunque vivan a dos pasos de ustedes.

Esther

Fui a buscar a Raphaël a la estación. Estaba deseando que llegara. El fin de semana no se presentaba divertido. Venía a ayudarme a seleccionar las cosas de mi padre o acabaría convirtiendo su piso en un santuario. Ya era hora de pasar página. «Tengo que vaciarlo y ponerlo en venta. No puedo hacerlo sola.» Raphaël había aceptado sin vacilar. Pia se había ofrecido amablemente a ayudarnos, pero decliné su oferta, preocupada por mi propia reacción. No sabía cómo iba a encajar el golpe o si iba a soportarlo.

Había reservado una mesa en Bloempot. Fuimos

directamente desde la estación al restaurante. Raphaël me encontró ansiosa. Le conté que mi taller de escritura acababa de finalizar y que no tenía noticias de Jean. Estaba arrepentida de no habérselo puesto fácil en mis cartas. Me había escrito que se sentía solo y pensaba evaporarse. Habíamos hablado del asunto medio en broma, pero a medida que pasaban los días, empecé a tomarme en serio lo que parecía un impulso repentino y transitorio. A Raphaël la historia de la evaporación le parecía una locura. Se rio. «¡Menuda majadería!». Lo miré hecha un basilisco. «¡Los datos hablan por sí solos!», le dije (los he olvidado desde entonces). Le hablé de ese fenómeno, corriente en Japón. «Temo por él», confesé. Guardó silencio un buen rato y luego me dijo: «Ese hombre te gusta, es evidente. Me parece estupendo, aunque yo diría que le falta un tornillo. Lo que también me parece es que ahora, desde la muerte de tu padre, tienes miedo por la gente que quieres. Temes que desaparezcan repentinamente. Tienes que parar con eso». Le dije que exageraba, que estaba equivocado. Me sonrió.

Al día siguiente nos levantamos temprano, tomamos un desayuno pantagruélico, como solíamos: café, zumo de naranja, tostadas con mantequilla semisalada, varias clases de mermelada, miel, onzas de chocolate negro, huevos revueltos, muesli. Y nos fuimos tan orondos. Había llevado un montón de cajas y bolsas de basura. Solo había vuelto a casa de mi padre una vez desde su muerte, para recuperar mis cartas. Era un piso muy bonito, con amplias y luminosas habitaciones y hermosos muebles del siglo XVIII. Tenía gusto. El parqué crujía bajo cada uno de nuestros pasos. Había hecho bien en decirle que no a mi hija. Cada objeto, o casi, me traía un recuerdo y liberaba en mí un torrente de lágrimas. A pesar de mi dolor, fui increíblemente eficaz. Apreté los dientes y procedí a un escrutinio despiadado. Por un lado, lo que tiraba, por el otro lo que donaba a los Traperos de Emaús. Una empresa de mudanzas se pasaría la próxima semana para llevar las esculturas de mi madre a casa de un amigo que las almacenaría en Dunkerque, en un granero contiguo a su vivienda. La mayoría de las piezas eran monumentales. Mi madre esculpía cuerpos de mujeres de senos generosos, muslos

anchos, gruesas nalgas. Sus figuras masculinas eran Hércules de músculos marcados, pecho sólido y sexo —no encuentro mejor palabra— prominente. Había estatuas de factura clásica y otras de extraordinaria contemporaneidad. Sus grandes gatos, magníficos e inquietantes, recordaban a los felinos del japonés Miyazaki. Pensaba repatriar dos a mi piso. Le regalé uno a Raphaël, su favorito. Me pregunté cómo habría evolucionado el arte de mi madre si hubiera vivido. Le insistí a Raphaël para que se quedase con cualquier cosa que le gustase. Es curioso, pero solo se llevó el paquete de cigarrillos que todavía estaba en el escritorio de mi padre, una cajetilla de Marlboro rojo. Y una foto de la biblioteca. Su madre y mi padre están sentados en un bote. Miran al objetivo y se ríen. Él debe de tener diez años; ella, ocho. Le pedí que me guardase los álbumes de fotos. Le dije que los recogería más adelante, cuando pudiera verlos.

Por la noche cenamos en mi casa y luego fuimos a tomar una cerveza a Wazemmes. Le hablé de Samuel. En una de sus cartas contó que vaciar la habitación de su hermano había sido una prueba más dolorosa que el propio entierro. Era una vida que desaparecía en pocas horas, enterrada en cajas precintadas con cinta adhesiva. Comprendía muy bien lo que había sentido, ese fulgor que se olvida rápidamente, salvo si te pegas un tiro: la insignificancia de nuestras vidas. Y la vanidad del hombre, que cree que son importantes.

Verse

Jean no ha vuelto a ponerse en contacto con Esther desde su última carta, que databa del 7 de mayo, hace poco más de un mes. Desde entonces, él y su abogado han estado negociando punto por punto las condiciones de su salida de Telefonía y Digital. No la llamó para darle las gracias. Ni siquiera después del mensaje que ella le dejó. Le gusta el timbre de su voz. Lo escuchó varias veces. No interpretó que se inquietaba. Creyó que telefoneaba para despedirse de él.

Jean quiere ver a Esther. Es lo único que le importa. Si no lo consigue, se encerrará en su piso, dormirá la borrachera, se tragará unos cuantos somníferos para alargar su sueño al máximo y que sea lo que Dios quiera. Ha reservado tres noches en el hotel Clarance de Lille. Esto es exactamente lo que le pide el cuerpo esta mañana, subirse a un tren, salir de París. Antes de conocer a Esther quiere verla en su salsa. Si va a la librería, corre el riesgo de ser reconocido por ella. Esther tiene su foto. «Venga, tío, a los cincuenta y tres años, es patético. ¿No se te ocurre nada mejor que jugar al escondite?», se sermonea, una vez sentado en el vagón. Al contrario, es divertido y estimulante, y se aplica con cinismo un viejo adagio: «El que tiene capa escapa».

Después de dejar su equipaje en el hotel, visita la ciudad. Probará suerte mañana. Cena solo en un cafetín ruidoso y acogedor. Las patatas fritas con queso maroilles no le gustan tanto como a Esther. Está encantado de tener todo el tiempo del mundo para él, de caminar por donde le plazca, sin rumbo.

Esa noche, duerme inquieto. El sol lo despierta temprano. Ha decidido empezar a correr. Sus buenos propósitos. Se pone unos *shorts,* sus Asics nuevas y va a correr por el parque de la Ciudadela. Su carrera es penosa, mucho peor de lo esperado. Hay una circunstancia atenuante: el calor aplastante. Compra los periódicos en el hotel, se ducha y desayuna en su

habitación. Introduce la dirección de la librería en su móvil y deja el hotel. Está ansioso. Al menos ver a Esther a través de las ventanas de la librería. Saber cómo es esa mujer tan especial, a la que le ha contado su vida durante tres meses, por la noche, subido a un avión.

La fachada es verde azulada. El letrero de «C'est à Lire» en letras amarillo curri. Jean no se detiene mucho rato. Si se queda inmóvil en la acera de enfrente, llamará la atención. El sol le impide distinguir el interior. Esperará a Esther en la plaza Dutilleul, donde suele almorzar. Si tiene suerte, vendrá. Jean, que tenía que leer su agenda varias veces para recordar sus citas, se acuerda hasta el menor detalle de todo lo que Esther le contó sobre ella. No se hace ilusiones. En su imaginación, Esther tiene un rostro, un cuerpo, un modo de caminar, una imagen, un atuendo, sin duda muy alejados de la realidad. Pero la reconocerá. Se sentará en un banco, abrirá un libro. Y Jean sabrá que es ella.

Hace tiempo remoloneando por el barrio y dando un paseo por la alameda. Descubre el aliso verde de las regiones subalpinas y el roble rojo americano y se sorprende de ver distintas variedades de plantas suculentas en una ciudad del norte. Jean escoge un lugar un poco apartado, desde donde puede observar todas las idas y venidas de la gente. Hacia el mediodía, aumenta el número de viandantes. Parejas, grupos de chicas alegres y dicharacheras, madres con niños, dos chicos estudiosos, hombres de negocios que se comen un sándwich a toda velocidad sin apartar los ojos del móvil, pero ninguna mujer sola con un libro. Hay una, pero demasiado joven para que sea Esther. Jean no espera más. Decide volver a la librería, cuando la ve cruzar la calle y dirigirse hacia la plaza. Es imposible no verla. Es alta y delgada, su rostro de madona está cuajado de pecas. La melena larga pelirroja cae sobre su chaqueta roja. Viste unos vaqueros e, inaudito con este calor, botas negras de tacón. Camina con paso firme, directamente hacia Jean. Se gira en el último momento y se sienta en un banco justo detrás del suyo. «Esta mujer está ahí para romper el corazón de tipos como yo», piensa, sin atreverse a darse la vuelta. No es como se imaginaba, pero está seguro de que es

Esther. Lo recuerda todo. El pelo rojo de su madre, su preferencia por las chaquetas rojas, su negativa a prestar atención a las previsiones meteorológicas. «Cuento hasta ciento veinte y me giro —decide—. Si la mujer pelirroja con botas de piel incongruentes está leyendo, es que es ella.» Entonces se levantará e irá hacia ella.

Jeanne ha recibido un paquete de Juliette con una nota:

> Hola, Jeanne:
>
> En primicia, mi última golosina. Espero que el transporte no la haya chafado. Es el *brioche* Jeanne, hojaldrado, con uvas confitadas, nueces tostadas y capuchino, corteza ligeramente caramelizada.
>
> He vuelto a casa.
>
> Juliette

Como todas las mañanas, Nicolas consulta el libro de reservas. Se fija en el nombre de Jean Beaumont. Una reserva para dos personas, para esta noche, viernes 20 de septiembre. A principios de mayo, los dos hombres pusieron fin a su correspondencia sin despedirse. Juliette había vuelto a casa y Nicolas no volvió a pensar en él. Jean negoció su salida, tomó un tren a Lille y se olvidó de Nicolas. Durante sus vacaciones de verano en Noirmoutier, Nicolas se prometió que llamaría a Jean para invitarlo al Camélia. El comienzo de la temporada está muy avanzado y Nicolas no lo ha hecho todavía. De todas formas, es demasiado tarde, Jean ha tomado la delantera. El chef no acostumbra a saludar a sus clientes hasta el final del servicio, pero tratándose de Jean hace una excepción. A las ocho y media, notifican a Nicolas su llegada. La puntualidad de Jean no le sorprende. Deja la cocina y se reúne con él en la recepción. Lo imaginaba más alto. Se sonríen desde lejos, un poco cortados y emocionados. Piensan lo mismo. Que fácil es confiarse por escrito a un desconocido, pero qué difícil en la vida real.

Nicolas estrecha la mano de Jean y le propina una palmada en la espalda: «¡Cuánto me alegro de conocerlo!». En las fotos no había notado que los ojos de Jean eran tan azules. La mujer que lo acompaña se vuelve hacia él. La conoce…, es Esther.

Esther y Jean han elegido el menú degustación. No han probado su «qué sé yo primaveral, yemas de esparraguitos verdes, erizos de mar, tarama-citronela, fuera de temporada».

Al día siguiente, en el desayuno, Nicolas se ríe solo.

—¿Qué te pasa? —le pregunta Juliette.

—Te comenté que Jean había hecho una reserva en el Camélia para ayer, ¿no? Pues ¡adivina con quién vino!

—No tengo ni idea.

—¡Con Esther!

—¿Esther la del taller? ¿Están juntos?

—Sí. Desde hace tres meses. Fue a verla a Lille y ¡bang!

—Qué bien, ¿no?

—Genial, querrás decir. Tendrías que haberme visto la cara cuando me di cuenta, te habrías reído como ellos. Al final, no he conocido al Jean Beaumont deprimido. Nos invitan a Lille. ¿Qué te parece?

—Me encantaría. ¿Has oído a Adèle? Voy a ver si está despierta. ¿Se ha mudado a Lille?

—No. Viven entre Lille y París, pero es él quien va y viene. Ya no trabaja.

—Sigue dormida. ¿Tuviste oportunidad de hablar con ellos?

—Sí. Esperaron a que cerrase.

—¿Fue agradable?

—Mucho. Hubo un primer momento de incomodidad, pero no duró mucho. No conocía antes a Jean, pero me da la impresión de que el haber dejado de trabajar y enamorarse lo ha transformado. Era el típico individuo que te fastidiaba el día con una carta. Como dijo Esther: «Eso prueba que Jean tiene cierto talento».

—¿Habéis hablado del taller?

—Sí. Le dije que Jeanne había venido a pasar un fin de semana a París y que la habíamos invitado al Camélia. Esther se alegró muchísimo. Opina que Jeanne sufre de soledad, al contrario de lo que quiere hacer creer. Me recordó que no nos habíamos escrito nuestras cartas de «Diez años después». No entiende que se nos haga raro seguir escribiéndonos después de tu vuelta.

—¿Organizará otro taller?

—No se lo pregunté. Pero dijo que le gustaría reunir nuestras cartas y enviárselas a un editor, si le damos permiso. Según ella, somos «unos monstruos maravillosos», son las palabras que usó anoche. Dice que el taller tuvo consecuencias significativas en nuestras vidas.

—¿Tú se lo darías?

—¿Por qué no? ¿Y tú?

—Vaya… Pues no lo sé.

El teléfono del viento

15 de septiembre

Hola, Jeanne:

He vuelto de Japón. Teníamos los billetes para el 18 de agosto, los vuelos eran un poco más baratos en la segunda quincena. Cuando mis padres vieron el precio del viaje, incluso haciendo dos escalas, pensé que cambiarían de opinión y que no iríamos. Pero fuimos. ¡Fue genial! Llegamos a Tokio, donde nos quedamos cuatro días en casa de un antiguo colega de mi padre. Vivía algo lejos de los sitios de interés e hicimos un montón de viajes en autobús, pero, aun así, fue muy *cool*. Es la ciudad que más me gustó. A mis padres les gustó más Kioto. Mi madre y yo flipamos con los restaurantes de barra giratoria. Subimos a lo alto de las torres, recorrimos el barrio de la eléctrónica, pateamos los grandes almacenes, las tiendas de *kawaii*, las salas de juegos, fuimos a un montón de parques, templos y a un cementerio que mi madre se empeñó en visitar. Una semana antes de ir, no sabía nada de la relación que los japoneses tienen con sus muertos, pero, buscando direcciones en internet, encontró blogs que hablaban del tema. No había manera de que se interesara por otra cosa, aunque no nos lo dijera. Después, en un cementerio de Kioto, me confesó que le gusta la idea de que los vivos hablen con sus muertos, las estatuillas vestidas de rojo a las que se hacen ofrendas, que están por todas partes en los cementerios y que velan cada una por un muerto. Hay altares, linternas, torres con campanas, tablillas de madera donde escriben sus oraciones. A lo mejor, lo que voy a decir es una tontería, pero ese cementerio me pareció muy… vivo. Allí no solo se respiraba la desgracia. Por supuesto que estaban tristes, pero también en paz. Te daban ganas de creer en los espíritus, en las señales. Mi madre y yo nos

parecemos en eso, nos gusta la idea de los muertos con un pie en la vida. En Francia queremos llorar a nuestros muertos, recordarlos, arreglar sus tumbas, pero no queremos que vengan a molestarnos, nos da canguelo. Mi padre nos acompañó, pero no era lo suyo. Después fuimos a Kioto en el Shinkansen, el tren bala. Habíamos alquilado un apartamento por medio del amigo de mi padre. No era grande, pero era bonito. Ojalá tuviésemos uno así en Villejuif. A lo mejor el nuestro lo decoramos a la japonesa. A mi padre le encantó visitar los templos. Yo me aburrí enseguida. Están bien, pero visto uno, vistos todos. A medida que pasaban los días todo se hacía menos tenso con mis padres, aunque no hablábamos de Julien, no fuese a ser que uno de nosotros se echase a llorar y chafase el viaje. Por la forma en que nos hablábamos, debíamos de parecer extraños que acababan de conocerse. Una mañana les dije que pensaba hacer el bachillerato a distancia. No me preguntaron nada sobre las citas con la señora Dablon. Me preguntaba si mi padre lo habría olvidado. Creo que les dije eso para darme importancia, para que estuvieran contentos conmigo. Ya sé que es una bobada, pero el caso es que se hizo realidad una vez que lo dije. Y entonces la idea me gustó sin más. A ellos les di una alegría. Mi padre me dijo que tenía colegas que podrían ayudarme.

Luego tuvimos que ir a Otsuchi. Ya sé que habíamos venido para eso, pero creo que cada uno por su lado pensó que la idea era estúpida. No nos atrevimos a decírnoslo, así que nos subimos a un tren. Al llegar, dimos una vuelta por el pueblo, pero teníamos una idea fija: Julien y el teléfono del viento. Preguntamos el camino. Hacía mucho calor, pero había viento. Mostré las fotos del artículo y la gente me indicó enseguida la cima de una colina, un poco más lejos. Caminé delante de mis padres y, de repente, la cabina apareció delante de mí. Blanca, con su tejado verde, plantada en medio del campo. Vi el viejo teléfono negro en el estante, el cuaderno al lado. Mi madre llegó detrás de mí, miró la cabina y le dio la risa floja. Levantó la cabeza hacia el cielo. Había nubes. Mi padre caminó alrededor de la cabina y me dijo: «Es increíble, este teléfono en medio de la nada. No sé qué quieres hacer ahora, Sam. Yo necesito

un poco de tiempo antes de entrar en la cabina. Me sentaré por ahí… Mira, la voy a dibujar». Lo vimos alejarse. Estábamos contentos de que la cabina le diese ganas de dibujar. Le pregunté a mi madre si quería ir primero. Sabía que no iríamos juntos, no estábamos preparados. Era demasiado difícil, nos daba mucha vergüenza. Habíamos guardado la distancia demasiado tiempo para ser capaces de algo así, hablar y llorar juntos a un muerto. Me dijo: «No, ve tú si quieres. Pero, si prefieres esperar, no hay problema, tenemos todo el día por delante. No quiero estropear este momento». No me atreví a preguntarle qué quería decir con eso. Lo que haría que su paso por la cabina tuviera éxito o fracasara. Estaba listo. A mi manera. Para decir las cosas sin pensar. Entré en la cabina y cerré la puerta detrás de mí. Adiviné que mis padres me miraban. Les di la espalda, cerré los ojos. Olía a madera, a hierba, a humedad. Descolgué el teléfono, lo apreté contra la oreja. Por supuesto, Julien no iba a empezar a hablar conmigo. Me acordé de los que habían entrevistado en el periódico. Había uno que decía: «Déjame oírte decir "papá"». Otro: «Quiero oír tus respuestas, pero no oigo nada». Todos esperaban, pero sabían que a cambio solo habría silencio. Sin embargo, había una atmósfera extraña en la cabina. A lo mejor por todas esas personas que se recogían en ella, en aquel refugio que acogía la esperanza y el dolor, la vida y el más allá, las palabras que se confiaban a nuestros muertos. Le juro que es verdad, Jeanne. Cualquiera podía sentirlo.

Puede que, si mis padres no hubieran estado tan cerca, hubiera llorado. Contuve las lágrimas. Pero hablé con él, con Julien, de todo el lío que tenía en mi cabeza. «¿Ves?, hemos hecho el viaje. Al venir hasta aquí, te hemos traído. Espero haber entendido que eso era lo que querías. Leo tus libros y los pongo como estaban cuando los acabo. Eras algo borde conmigo, ¿sabes? Pero lo entiendo. Seguramente yo hubiera hecho lo mismo si hubiera pillado tu cáncer. Hay momentos en que los dos estábamos bien, no sé si te acordarás. En casa del abuelo y de la yaya, tengo buenos recuerdos. Nuestras cabañas, cuando jugábamos al escondite y al fútbol con papá. La piscina cuando abrían los toboganes, los cuentos con mamá. Me

gustaría que me hicieses una señal, para decirme que estás bien ahí donde estás. O mejor, házsela a nuestros padres. He decidido que ya no voy a sentirme culpable de tu muerte. Es absurdo. Estoy seguro de que estás de acuerdo. Ahora te escribiré una nota en el cuaderno. Bueno, es para ti y también para nuestros padres.»

Escribí: «Aprenderemos a vivir sin ti. Con tres en vez de cuatro. Te echaré de menos toda la vida».

Salí. Se había acabado.

Mi padre dibujaba. Mi madre se acercó a mí. Le dije que había escrito una nota en el cuaderno del teléfono y que podía leerla. Me preguntó si me había hecho bien. Le dije que sí. Me sonrió. Entró en la cabina. Descolgó el teléfono. Me senté en el banco, miré el paisaje. Me sentía en paz. Me hubiera gustado ver al dueño de la cabina, pero no vino. Mi madre estuvo allí mucho tiempo, por lo menos veinte minutos. Cuando salió, se sentó a mi lado y no nos miramos. Me cogió la mano, la puso contra su mejilla y me dio las gracias. Me di la vuelta. Mi padre estaba en la cabina, pegando su dibujo en el cuaderno. Llevaba consigo un rollo de celo. Así que lo tenía todo previsto. Creo que no intentó hablar con Julien. Salió enseguida y me dijo que podía ir a ver el dibujo si quería. O sea, que volví. Había dibujado la cabina, con los árboles alrededor. Yo estaba dentro, pero no solo. Julien estaba detrás de mí y me abrazaba. Nos había vestido igual, con la ropa que yo llevaba aquel día. Sonreíamos. La diferencia entre los dos era que yo tenía el contorno de la silueta muy marcado, mientras que el de Julien era más borroso. Hay una foto de los dos, cuando éramos pequeños, que estamos en la misma posición. La había olvidado. Me pregunté dónde estaría. Mi madre no había escrito nada. Fotografié el dibujo con el móvil.

Antes de viajar a Japón, estuve a punto de coger una novela de Julien de un escritor japonés. Me parecía lógico, pero respeté lo que me había propuesto, leer sus libros uno tras otro de izquierda a derecha. Así que me llevé *El mundo según Garp*, de John Irving. Leí la escena del accidente en el avión de vuelta, cuando Garp está en el coche con sus dos

hijos, Walt y Duncan. Walt muere. Duncan ya no tiene un hermano. Me pareció una señal.

Espero que esté usted bien.

Samuel

Agradecimientos

Quiero dar las gracias especialmente a Éric y a Lou. Y también a mi madrina, Anne-Marie, a Geneviève Metge y a Florentine Rey, escritoras y animadoras de talleres de escritura en Lyon en Paragraphe. A Nathalie González, por su apoyo. Por último, a mi querida editora, Caroline Lépée.

El testimonio citado en la página 66 procede del libro *Tremblements de mères. Le visage caché de la maternité* (ed. L'Instant présent).

El artículo «Le téléphone qui parlait aux morts», citado en la página 287, está tomado de *L'Obs* (14 de junio de 2019).

La pregunta «¿Contra qué lucho?» la he tomado de *Garçon, de quoi écrire*, de Jean d'Ormesson y François Sureau (ed. Gallimard/Folio).

Título original: *Les lettres d'Esther*

Edición en formato digital: 2021

Les lettres d'Esther by Cécile Pivot
© Calmann-Lévy, 2020
© de la traducción: M.ª Dolores Torres París, 2021
© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.)
Madrid, 2021
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.contraluzeditorial.es

ISBN ebook: 978-84-18945-03-8

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.
Conversión a formato digital: REGA